

**Salvador
Elizondo**

Farabeuf

A thick red horizontal bar at the top of the page has several drips of red paint falling down. The drips vary in length and thickness, with the longest one on the left. At the bottom of the page, there is a large, irregular red puddle on the left and a few smaller red spots on the right.

Farabeuf, de Salvador Elizondo, es un hito de fuego en la literatura contemporánea, una antorcha hiriente que ilumina el aterrador instante (la agonía de un torturado y destazado moribundo oriental) captado supuestamente durante una revuelta del año 1900 en Pekín por un fotógrafo que puso la plancha en las manos del doctor H. L. Farabeuf.

Esta primera obra maestra de Elizondo (no es la única), larga y justamente celebrada y traducida desde 1965, es como todos sus textos un producto de estilo y factura absolutamente atípicos y ajenos al de toda la literatura contemporánea en lengua española, y a lo mejor en muchas otras.

No hay en este vasto aullido, de rara erudición estética y científica, de sostenido vigor verbal y aliento poético estremecedores, ningún intento de alocución edificante o condena moral del hecho atroz que se describe. Farabeuf es sólo una desnuda, descarnada, fría y trágica mirada sobre ese páramo funesto que pareciera simplemente, sin más trámites, decirnos: "esto es el hombre", ésta es una tarea de un grupo de humanos.



eBooks con estilo

Salvador Elizondo

Farabeuf

ePUB v1.0

Alias 01.01.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *Farabeuf*
Salvador Elizondo, 1965.

Editor original: gosubusk (v1.0)
ePub base v2.0

A Michèle

Toute nostalgie est un dépassement du présent. Même sous la forme du regret, elle prend un caractère dynamique: on veut forcer le passé, agir rétroactivement, protester contre l'irréversible. La vie n'a de contenu que dans la violation du temps. L'obsession de l'ailleurs, c'est l'impossibilité de l'instant; et cette impossibilité est la nostalgie même.

E. M. Cioran,
Précis de Décomposition

Capítulo I

¿Recuerdas...? Es un hecho indudable que precisamente en el momento en que Farabeuf cruzó el umbral de la puerta, ella, sentada al fondo del pasillo, agitó las tres monedas en el hueco de sus manos entrelazadas y luego las dejó caer sobre la mesa. Las monedas no tocaron la superficie de la mesa en el mismo momento y produjeron un leve tintineo, un pequeño ruido metálico, apenas perceptible, que pudo haberse prestado a muchas confusiones. De hecho, ni siquiera es posible precisar la naturaleza concreta de ese acto. Los pasos de Farabeuf cubriendo la escalera, arrastrando lentamente los pies en los

subiendo la escalera, arrastrando lentamente los pies en los descansos o su respiración jadeante, llegando hasta donde tú estabas a través de las paredes empapeladas, desvirtúan por completo nuestras precisiones acerca de la índole exacta de ese juego que ella estaba jugando en la penumbra de aquel pasillo. Es posible, por lo tanto, conjeturar que se trata del método chino de adivinación mediante hexagramas simbólicos. El ruido que hacían las tres monedas al caer sobre la mesilla lo hace suponer. Pero el otro ruido, el ruido quizá de pasos que se arrastran o de un objeto que se desliza encima de otro produciendo un sonido como el de pasos que se arrastran, escuchados a través de un muro, bien puede llevarnos a suponer que se trata del deslizamiento de la tablilla indicadora sobre otra tabla más grande, surcada de letras y de números: la ouija. Este método adivinatorio, tradicionalmente considerado como parte del acervo mágico de la cultura de Occidente, contiene, sin embargo, un elemento de semejanza con el de los hexagramas: que en cada extremo de la tabla tiene grabada una palabra significativa: la palabra SÍ del lado derecho y la palabra NO del lado izquierdo. ¿No alude este hecho a la dualidad antagónica del mundo que expresan las líneas continuas y las líneas rotas, los *yang* y los *yin* que se combinan de sesenta y cuatro modos diferentes para darnos el significado de un instante? Todo ello, desde luego no hace sino aumentar la confusión, pero tú tienes que hacer un esfuerzo y recordar ese momento en el que cabe, por así decirlo, el significado de toda tu vida. Alguien, tal vez ella, balbució o profirió unas palabras en una lengua

incomprensible inmediatamente después de que se produjo el tintineo de las monedas al caer en la mesa. El nombre de ése que está ahí en la fotografía, un hombre desnudo, sangrante, rodeado de curiosos, cuyo rostro persiste en la memoria, pero cuya verdadera identidad se olvida... El nombre fue lo que ella dijo... tal vez...

—“Es usted una persona en extremo meticulosa, doctor Farabeuf. Esa meticulosidad ha contribuido, sin duda, a hacer de usted el más hábil cirujano del mundo. ¿Está usted seguro de no haber olvidado nada? Cualquier indicio de su presencia en esta casa puede tener consecuencias terribles e irremediables. Debe usted cerciorarse, con la meticulosidad que le caracteriza, de que no falte uno solo de los instrumentos. Repase usted en su mente la lista del instrumental. Para ello puede usted emplear diversos métodos. Puede usted, por ejemplo, repasar cada uno de los instrumentos en orden descendente de tamaños: desde el enorme fórceps de Chassaignac o el speculum vaginal N° 16 de Collin, hasta los pequeños catéteres y sondas offálmicas o las tenacillas para la hemóstasis capilar o las afiladísimas agujillas hipodérmicas o de sutura. Puede usted cerciorarse, también, aplicando este método inversamente, es decir, por orden ascendente de tamaños. Es preciso, sobre todo, que no deje usted nada olvidado aquí. ¿Ha revisado ya la mesilla de hierro con cubierta de mármol que se encuentra adosada al muro debajo del cuadro alegórico? Remueva usted los algodones sanguinolentos y las gasas manchadas de pus; una aguja

imprescindible, una pequeña sonda nasal de gran utilidad puede estar oculta entre ellos. Repase usted, uno a uno, sus instrumentos de trabajo; los que usted mismo ha inventado y diseñado y que le han dado justo renombre en todo el mundo, así como aquellos que se deben al ingenio de sus colegas más notables. No se distraiga usted, doctor, al hacer este inventario mental. No preste ninguna atención a esa bella mujer desnuda representada en el cuadro que tiene ante los ojos. Tenga cuidado, sin embargo, de no bajar la vista al suelo; los periódicos viejos que allí han sido extendidos podrían distraerlo igualmente. Usted quizá ya sabe por qué. Va usted a salir de aquí dentro de algunos minutos y tal vez no vuelva nunca más a esta casa. Hoy ha tenido que desviarse considerablemente de su ruta habitual al salir de la Escuela de Medicina para venir hasta aquí. Ha vacilado usted antes de atreverse a entrar en esta casa en la que vivió tantos años. Al llegar la primera vez ante la puerta no entró y volvió sobre sus pasos para dirigirse nuevamente al Carrefour a esperar el autobús que lo llevaría a su casa en el otro extremo de la ciudad. Pero volvió usted al poco tiempo y helo aquí a punto de marcharse ya, tal vez para siempre. Es por ello que debe usted asegurarse de que no deja nada olvidado. Piense detenidamente... las diferentes cuchillas para amputación cuyo filo extremo es uno de sus orgullos... los escalpelos con sus diferentes formas de mangos que tan perfectamente se adaptan a la mano que los empuña... los aguzados bisturíes cuyo solo peso basta para producir delicadísimos tajos... la sierra de dorso móvil que tan buenos resultados le ha dado

aplicada sobre el fémur... o su propia sierra universal de seguetas intercambiables, útil, sobre todo, cuando se trata de hacer saltar los brazos conservando la articulación de la cabeza del húmero en la cavidad glenoide del omóplato... la cizalla, también de su invención, de incalculable valor para allanar los bordecillos que deja la sierra después de la sección de un hueso o en los astillamientos traumáticos tan molestos siempre al desarrollo de una intervención nítida, perfecta... los diferentes *clamps* y ligaduras, algunos de ellos de bronce bruñido con tornillos de presión a los lados, otros de hule rojizo y otros, en fin, de hule ambarino... las cánulas... las tortuosas sondas que permiten penetrar a través de las fosas nasales hasta las cavidades craneanas del occipucio o que permiten, por la boca, explorar los meandros del oído interno... No olvide usted, especialmente, sus complicados gatillos, entre todos los instrumentos de su invención, los que más le honran ya que aúnan la rapidez instantánea, sí, ins-tan-tá-nea, a la precisión y a la limpieza del tajo en el descabezamiento de los huesos alargados... y la sierra de cadenilla de Gigli, otro complicado producto de la inventiva médica mediante la que se ha solucionado para siempre el molesto problema del serrín óseo que tantas grandes reputaciones había comprometido... ¿Está usted seguro de que no falta nada? ¿Lleva usted todos, pero absolutamente todos los instrumentos debidamente envueltos en los pequeños lienzos de lino, cuidadosamente guardados dentro del viejo maletín de cuero negro?...”

Al traspasar aquel umbral —¿quién lo hubiera traspuesto bajo la lluvia, viniendo desde aquella encrucijada?— se confundía el recuerdo con la experiencia (esto quizá debido a la tenacidad de esa lluvia menuda que no cesaba de caer desde hacía muchos días). La vida quedaba sujeta a una confusión en medio de la que era imposible discernir cuál hubiera sido el presente, cuál el pasado. Al traspasar el umbral de aquella casa lujosa y decrepita a la vez, un transeúnte que se hubiera detenido a contemplar la fachada rugosa de aquella casa, proyectada de acuerdo con la más pura tradición del *modern style*, pletórica de cornisas voluptuosas pringadas de salitre, de humo, de niebla y de lluvia, sí, se hubiera detenido como para inquirir a las piedras carcomidas de aquel alféizar tallado en la forma de unas enormes fauces —el del lado izquierdo, en el que habían arraigado los líquenes grisáceos— cuál era el verdadero significado de aquella cita concertada a través de las edades, de aquel momento que sólo ahora se realizaba. Es un hombre —el hombre— que desciende apresuradamente de un pequeño automóvil deportivo de color rojo, con las manos enguantadas y los ojos ocultos detrás de unas gafas ahumadas, se dirige a la reja, empuja la verja de hierro para abrirla y penetra en aquel meandro de setos de boj, descuidados, crecidos más allá de su armonía original hasta convertirse en construcciones tortuosas que se confunden con los arabescos vegetales que ornan la arquitectura de la casa. “Cómo está descuidado...” piensa para sí al cruzar entre esos setos abandonados al capricho de su

propio crecimiento. Es un anciano —el hombre— que llega a pie bajo la lluvia viniendo desde el Carrefour, enfundado en un grueso abrigo de paño negro, en la solapa del que están cosidos, al igual que en la solapa de su chaqueta, los listoncillos de tres condecoraciones. Sostiene en una mano un maletín de cuero negro y en la otra un viejo paraguas a través del cual se cuele el agua cayéndole en gruesos goterones sobre los hombros del abrigo impregnados de caspa seca. Tú recuerdas sus gestos llenos de fatiga, ¿no es así? Recuerdas su paso artrítico cruzando aquella calle embaldosada; ¿recuerdas el sonido lento —como el sonido que hace la ouija cuando empieza a moverse—, el sonido árido de sus anticuados botines ortopédicos sobre los peldaños de la escalera desierta de aquella casa —3 rue de l'Odéon—, recuerdas la inquietud que emanaba de su respiración jadeante cuando se detenía apoyado en el barandal de la escalera, en cada uno de los descansos alfombrados de *pelouche* color vino, a recobrar el aliento mientras acariciaba nerviosamente las perillas de bronce de los remates? De seguro que has retenido todo esto en tu memoria. Vuelve tu mirada en torno a estas paredes. Has vuelto después de algunas horas —tú, yo—; has vuelto después de muchos años —él, ella—. Has venido porque ella —la mujer— te ha llamado hace apenas media hora. Descolgaste el auricular del teléfono y sin darte tiempo de decir una sola palabra escuchaste su voz lejana que te imploraba venir en su ayuda, que te pedía vinieras a su lado mediante el proferimiento de una fórmula convenida. ¿Acaso lo has olvidado? No esperabas ya esa llamada y sin embargo la

campanilla del teléfono sonó cuando tú sabías que sonaría. Ahora has venido en busca del recuerdo de la Enfermera —la mujer— siempre vestida de blanco. No importa ya para nada tu identidad real: tal vez eres el viejo Farabeuf que llega hasta esa casa después de haber hecho saltar dos o tres piernas y brazos en el enorme anfiteatro de la Escuela de Medicina, o tal vez eres un hombre sin significado, un hombre inventado, un hombre que sólo existe como la figuración de otro hombre que no conocemos, el reflejo de un rostro en el espejo, un rostro que en el espejo ha de encontrarse con otro rostro. Eso es todo. Lo que importa ahora es recordar aquel ámbito. Tú lo recuerdas, ¿no es así? Pero tu memoria no alcanza más allá de aquel rostro. Quisieras olvidarlo. Quisieras olvidar la sensación que producía aquel objeto oceánico, putrefacto, entre tus dedos. Es preciso que yo lo reviva todo en tu memoria renuente; cada uno de los detalles que componen esta escena inexplicable. No debes olvidarlo porque sólo así será posible llegar a tocar el misterio de aquellos acontecimientos singulares que algo o alguien, tal vez una mano que se desliza sobre un vidrio empañado, trata de borrar. No... es preciso no sólo recordar el rostro de aquella mujer vestida de blanco —o de negro quizá— sino también las circunstancias y los objetos que la rodeaban en el momento en que decidió entregarse, urgida por la excitación que le había provocado la contemplación de una imagen que había tenido ante los ojos durante largo rato mientras caía la lluvia —se supone— antes de llamar por teléfono y proferir la fórmula convenida: una imagen imprecisa en la que se representaba,

borrosamente, un hecho incomprensible, o tal vez terriblemente claro. No habrás olvidado, estoy seguro de ello, aquel salón enorme, que sólo por su enormidad, duplicada en la superficie de aquel espejo con historiado marco dorado, parecía lujoso y espléndido, pero que en realidad estaba minado y manchado por el tiempo y por todas las cosas que a lo largo de los años se habían reflejado en él. La luz imprecisa, turbia de polvo, del atardecer se filtraba por las dos ventanas que daban a la calle por encima del jardincillo abandonado. En contraluz no era posible precisar el estado exacto del terciopelo de los cortinajes que bordeaban los marcos de aquellas ventanas. Sabíamos, sin embargo, que era un terciopelo desvaído por la luz de los años, unas colgaduras fúnebres con los visos rotos por su propio roce, deshilachados en su parte inferior de arrastrarse pesadamente por aquel piso de *parquet* que la lluvia, que a veces se colaba a través del marco de la ventana, había carcomido y hecho áspero. Fue justamente sobre esa parte del piso, podrida por el agua, junto a los flecos sucios de las cortinas de terciopelo desvaído, que una mosca —de seguro que recuerdas esto, ¿no es así?— cayó muerta, después de revolotear insistentemente cerca de la ventana, después de golpear repetidas veces los cristales empañados. Hubieras corrido al subir por aquella escalera, posando apenas tus manos enguantadas en el gastado barandal de la escalera. Hubieras acariciado apenas, al llegar a los descansos de aquella escalera crujiente, las perillas de bronce de los remates, pero al llegar ante la puerta cerrada de aquel salón te hubieras detenido un instante para verte de

aquel salón te hubieras detenido un instante para percatarte de que existía una presencia que te aguardaba y que te acogería más allá de aquel quicio y tu memoria hubiera evocado el tumbo de las olas, creyéndote, por un momento, a la orilla del mar. Unos pasos, el ruido producido por dos tablitas de madera que se rozan, por unas monedas que caen sobre una mesa, te hubieran proporcionado la seguridad que buscabas. Pero la puerta y los muros que eran demasiado gruesos y todos los ruidos que se escuchaban eran ruidos lejanos y sin sentido para ti en aquel momento.

Tres yin... una línea rota... al arrancar el bledo sale también la raíz... la perseverancia trae consigo la buena fortuna...

“Es preciso entrar en ese salón sin decir una sola palabra”, pensó el hombre al llegar al final de la escalera.

Abriría la puerta inmediatamente después de que se produjera el ruido de las tres monedas al caer sobre la mesa y la vería de espaldas. En sus ojos se habría grabado la imagen de ese momento, de ese espacio donde la luz mortecina del atardecer se iba coagulando en torno a los objetos como la sangre que brota apenas de la incisión hecha en el cuerpo de un cadáver y vería todas las cosas que allí se encontraban como si fuera la primera vez que entraba en el salón. Junto a la puerta del pasillo la mesilla de hierro con la cubierta de mármol. Encima de la mesilla, colgada del muro, la copia, al tamaño, de un famoso cuadro en el marco del cual relucía una plaquita de bronce con el título grabado en letra inglesa: incomprendible por estar escrito

un disco grabado en una lengua desconocida. Entre las dos ventanas el tocadiscos que giraba en la penumbra difundiendo insistentemente el estribillo de una canción anticuada y obscena. Iría hasta la mesilla sobre la que dejaría sus guantes después de habérselos quitado cuidadosamente. Era preciso no decir ni una sola palabra. Absorbería mentalmente cada uno de estos objetos poniendo toda su atención en ellos, en la luz que los iluminaba, y olvidaría momentáneamente el rostro de esa mujer que lo esperaba inmóvil sin volverse hacia él, que lo esperaba sin que él conociera su verdadero rostro, su rostro de aquel momento que tal vez fuera para entonces —si las monedas habían caído en la disposición de tres *yang* o de dos *yang* y un *yin*— el rostro de otra y no de la que él había conocido, esa mujer cuya voz lo había llamado angustiosamente a su lado por teléfono.

Apoyado a un lado de la pequeña mesa con cubierta de mármol, podía ver su rostro reflejado en el enorme espejo que pendía de la pared opuesta y podía ver el reflejo de la figura de la mujer, de espaldas al espejo, en la misma forma en que esta representación hubiera surgido en la mente de alguien que pretendiera describir el momento de su llegada a aquella casa. Perdió entonces la noción de su identidad real. Creyó ser nada más la imagen figurada en el espejo y entonces bajó la vista tratando de olvidarlo todo.

—Doctor, no ponga usted demasiada atención a lo que dicen esos periódicos esparcidos en el suelo... sólo están allí para que

el parquet no se manche

el parquet no se manche.

Ella hubiera escuchado el golpear de la lluvia contra los cristales. Los primeros goterones hubieran producido exactamente el mismo ruido que una mosca que choca reiteradamente contra la ventana tratando de escapar, o lo hubiera escuchado al unísono con aquella canción absurda que parecía repetir la misma frase para siempre y lo hubiera sentido trasponer el umbral de aquella puerta a sus espaldas y llegar cautelosamente, temeroso de manchar con el barro adherido a sus zapatos el *parquet* del salón, pisando cuidadosamente los periódicos viejos que ella había extendido desde la puerta de entrada al salón hasta donde empezaba el pasillo. Pero no hubiera vuelto la mirada hacia él. Miraba fijamente el fondo de aquel pasillo, adentrándose con el pensamiento en esa penumbra en la que su ansiedad había imaginado la existencia de un ser, el que ella hubiera querido ser, de las cosas que ella hubiera querido saber y que algunos minutos antes había tratado de concretar, trazando con el índice de la mano derecha un signo incomprensible sobre el vidrio empañado de una de las ventanas, la del lado derecho viendo hacia el exterior, un signo que ella hubiera deseado ser y comprender; porque en esa capacidad de comprender lo que ella hacía al azar y sin sentido, por un capricho, residía la concreción y el significado del ser que ella se imaginaba, un ser anticuado, cruel, bello, vestido siempre de blanco, que se acoge a una caricia sangrienta y en cuyas manos lívidas persiste para siempre la sensación de una materia viviente, viscosa, que se

puere lentamente entre las puntas de los dedos, un ser inolvidable que todo lo que toca lo vuelve inolvidable y que se cuele, de tan inolvidable, en la memoria y en los recuerdos de quienes nunca lo hubieran conocido.

—En efecto —dijo el Maestro—, se trata o bien de una *Asteria rubens* o bien de una *Asteria aurantiaca*...

Si te hubieras vuelto hacia mí en ese instante no te hubiera reconocido tocada con aquella cofia, manchado tu uniforme blanco de enfermera con la sangre de algún desconocido al que hubieras amado en tu memoria. Sí, era un hecho que lo amabas, imaginado en ese éxtasis sanguinario que hubieras querido presenciar o que hubieras querido olvidar. Ambas cosas eran ahora imposibles porque al volverte, turbada por mi presencia en aquella casa, hubieras sido otra, inolvidable como el hombre que te había estado contemplando fijamente, en tu desnudez, desde la turbia atmósfera de aquella fotografía borrosa que alguien, tal vez un antiguo inquilino, había olvidado en algún resquicio mohoso de aquella casa, entre las páginas amarillentas de un libro, muchos años atrás y que, entonces, en un instante de locura, nos imaginó en su futuro, contemplando nuestra propia imagen, uno, en la superficie de un espejo y otro, en el fondo de su propio deseo insatisfecho.

¿Quién es ése que en la noche nos invoca para su imaginación como la concreción de nuestro propio deseo insatisfecho?

¡Quién, en la tarde lluviosa, nos llama mediante una operación

¿Quién, en el mundo entero, nos hizo mediante una operación mágica que consiste en hacer, por un impulso cuya explicación todos desconocen, que una tabla más pequeña se deslice sobre otra tabla más grande con un orden y un sentido, deletreando vacilantemente un nombre, una palabra que nada significa? ¿O es que acaso tú te hubieras llamado R...E...M...E...M...B...E...R?

Ese libro... ¿recuerdas?... el libro que alguien dejó olvidado en esa casa y entre cuyas páginas amarillentas encontraste dos cartas; una que describía un incidente totalmente banal ocurrido en la playa de un balneario lujoso y otra, redactada febrilmente, un borrador tal vez, muchas de cuyas líneas eran ilegibles y que hablaba de una curiosa ceremonia oriental y proponía, al destinatario, un plan inquietante para conseguir la canonización de un asesino... ¿recuerdas ese libro?

Aspects Médicaux de la Torture Chinoise... Précis sur la Psychologie... no, Physiologie... y luego decía algo así como: renseignements pris sur place à Peking pendant la revolte des Chinois en 1900... el autor era H. L. Farabeuf... avec planches et photographies hors texte... Esto es lo que yo recuerdo...

¿Quién hubiera podido imaginarnos con tanta realidad como la que hemos podido cobrar ahora? Tanta que este espejo ha llegado a reflejarnos y en él se han encontrado nuestros rostros tantas veces. Tú recuerdas todo esto, ¿no es así? Hemos

jugado, innumerables veces, a encontrarnos de pronto en el espejo. Hubiéramos pasado a formar parte de una realidad ajena a nuestra vida si en verdad allí nos hubiéramos encontrado. Hemos jugado a tocar nuestros cuerpos sobre esa superficie fría, a besarnos en la imagen reflejada sin que nuestros labios se tocaran jamás. Algo indeterminado nos lo hubiera prohibido. Esa mujer figurada en el cuadro que representa la virginidad del cuerpo se anteponía siempre que yo hubiera deseado romperte como una muñeca de barro mientras que la otra mujer —una figuración alegórica de la Enfermera, sin duda— parecía ofrecer al mundo el ánfora de su cuerpo en un gesto lleno de presagios. No en balde su cuerpo se apoyaba sobre un altorrelieve que representaba el connubio cruento de un sátiro y un hermafrodita o una escena de flagelación erótica. Nos besábamos virtualmente sobre la superficie de azogue de aquel espejo enorme, propiciando con ello la materialización de aquel que un día nos concibió exactamente en estas actitudes: tú ante el espejo, de espaldas a él; yo ante el cuadro incomprensible e irritante que sólo incidentalmente —un detalle mínimo dentro de la espléndida composición— representa una escena de flagelación erótica esculpida en el costado de un sepulcro clásico o de una fuente rectangular, tallado en un estilo reminiscente del de Pisanello o del de Della Robbia, de cuyo fondo un niño trata, indiferente a las dos magníficas figuras alegóricas, de extraer algo. Trata tal vez de sacar de esa fosa un objeto cuyo significado, en el orden de nuestra vida, es la clave del enigma que todas las tardes una mujer vestida de blanco pronone a la

que todos los días me hago cuenta de cómo preparo a la ouija o trata de dilucidar mediante los hexagramas del *I Ching*, sentada en el fondo del pasillo. Nunca he logrado desentrañar este misterio sin embargo...

Tu mano se perdió en los resquicios enlameados, tortuosos de las rocas de aquella playa para extraer de las comisuras resbaladizas, surcadas de pequeños cangrejos, una estrella de mar...

—¿Una estrella de mar...?

—Sí, un objeto putrefacto que luego, con asco, lanzaste a las olas, ¿recuerdas...?

No recuerdo nada. Es preciso que no me lo exijas. Me es imposible recordar. Es necesario que no me atormentes con esa posibilidad, con la probabilidad de esa mentira que hemos forjado juntos ante aquel espejo enorme que nos reflejaba entre sus manchas y grietas. Es necesario que no me atormentes con esa posibilidad de la memoria. Sólo se ha grabado en mi mente una imagen, pero una imagen que no es un recuerdo. Soy capaz de imaginarme a mí misma convertida en algo que no soy, pero no en algo que he sido; soy, tal vez, el recuerdo remotísimo de mí misma en la memoria de otra que yo he imaginado ser. Es por ello que yo no puedo recordar. Sólo puedo escucharte, oír tu evocación como si se tratara de la descripción de algo que no tiene nada que ver conmigo. Es preciso, lo sé, que yo te crea cuando me hablas de todo lo que hemos hecho juntos. Estoy dispuesta a creerte, pero no puedo recordarlo porque para ti yo

no soy yo. Soy otra que alguien ha imaginado. Soy, quizá, la última imagen en la mente de un moribundo. Soy la materialización de algo que está a punto de desvanecerse; un recuerdo a punto de ser olvidado...

Eso es lo que tú hubieras querido ser, mas la memoria no hubiera logrado retenerte de tan fugaz. De pie, inmóvil, en mitad del salón, te has desplazado con el deseo de ser otra, hacia el fondo del pasillo en donde inquieres siempre una misma pregunta haciendo caso omiso de ti misma; un cuerpo abandonado ante el espejo, de frente a un cuadro incomprensible, de espaldas siempre a quien te mira en esa fuga de ti misma que no admite mostrar tu rostro, porque cuando el recién llegado se dirige a ti giras lentamente hasta quedar de nuevo colocada de espaldas a él. Te vuelves. Corres hacia la ventana tratando nuevamente de huir de su mirada. ¿Quién, cuando nos imaginó en esa suspensión de todo movimiento, hubiera presentido este súbito rompimiento de la quietud? Tu mirada está fija en ese fondo de luz de la ventana y al pasar frente al recién llegado tu pie roza la base de fierro de la mesilla y tu mano la suya.

¿La hubiera retenido un instante en su mano?

Corres como tratando de reconstruir, en ese momento único, una larga carrera a la orilla del mar, hasta detenerte bruscamente sin haber llegado al reborde de la ventana porque un recuerdo impreciso te ha asaltado de pronto. El recuerdo de algo que no

habías experimentado en tu vida, sino en la vida de la Enfermera. Te detienes ante la ventana, a unos pasos del reborde. Suena en tus oídos una frase que se repite tediosamente como el tumbo de las olas y tratas al mismo tiempo de descifrar ese signo que tu dedo, impulsado por el deseo incontenible, trazó en el vidrio empañado. Crees de pronto haber descubierto su significado y balbuceas un nombre sin terminar de decirlo porque en ese momento, de pie ante la ventana del lado derecho del salón, alguien te ha recordado a su vez, alguien que desde la calle y bajo la lluvia, quieto como una mancha negra dibujada en el vidrio, contempla fijamente la ventana del lado izquierdo e intuye tu presencia detrás de la fachada rugosa y carcomida, una fachada del más puro estilo *art nouveau*, de aquella vieja casa.

¿Por qué te has detenido?, ¿por qué se ha congelado este momento?, ¿por qué lo has invocado mediante aquel garabato que tu mano trazó al azar sobre el vidrio empañado? Si hubieras llegado hasta donde ibas, si hubieras logrado borrarlo con la palma de tu mano, la vida, tal vez, hubiera proseguido y nada se hubiera detenido. Alguien, en aquella inmovilidad tan súbita, barruntó tu cuerpo impreciso detrás de la ventana...

Hay miradas que pesan sobre la conciencia. Es curioso sentir el peso que puede tener una mirada. Es curioso comprobar cómo el afán de retener un recuerdo es más potente y más sensible que el nitrato de plata extendido cuidadosamente sobre una placa de vidrio y expuesto durante una fracción de segundo a la luz que penetra a través de una combinación más o menos complicada

de prismas. Esa luz se concreta, como la del recuerdo, para siempre en la imagen de un momento. Una imagen borrosa, la nitidez de cuya verdadera significación, comprendida en la soledad y en el silencio, es capaz de hacerte gritar en mitad de la noche. Ese grito no es más que la máscara de tu verdadero dolor. Un dolor agudísimo, mil veces más agudo que el lento desmembramiento que ellos, con la lentitud del hielo que se resquebraja al sol, pero súbito como el vómito de un moribundo, van tajando en el cuerpo del supliciado.

—La fotografía —dijo Farabeuf— es una forma estática de la inmortalidad.

Luego depositó cuidadosamente el viejo maletín de cuero negro sobre la cubierta de mármol de la mesa. Sus ojos se posaron un instante sobre el cuadro suspendido ante sus ojos, pero la alegoría allí representada no pareció llamarle mucho la atención. Fijó la mirada apenas en la desnudez de la mujer que aparece del lado derecho del cuadro, pero en el acto bajó la vista y siguió extrayendo cuidadosamente cada uno de los instrumentos, envueltos en pequeños lienzos de lino, del fondo del viejo maletín de cuero negro.

Te habías detenido. Lo que era inexplicable era que, a pesar de tu inmovilidad (—un hecho concreto, irrefutable, pues sólo la quietud no admite dudas—), en ese momento que no ocupaba ningún lugar en la extensión del tiempo, se manifestó de una manera inconfundible la existencia de un movimiento, pues

cuando tú te detuviste bruscamente, alguien (acaso fuera yo mismo) escuchó con toda claridad un ruido como el que produce una tablilla de madera al deslizarse lentamente, impulsada por una fuerza imponderable, animada tal vez por un deseo secreto, movida por un ansia de comprobación más que de inquisición, sobre otra tablilla de madera. O como el sonido que producen tres monedas al caer sobre una mesa. Y ese sonido era la manifestación incontestable de un movimiento, el único en esa quietud y en ese silencio que todo lo abarcaban aparentemente.

—Fotografiad a un moribundo —dijo Farabeuf—, y ved lo que pasa. Pero tened en cuenta que un moribundo es un hombre en el acto de morir y que el acto de morir es un acto que dura un instante —dijo Farabeuf—, y que por lo tanto, para fotografiar a un moribundo es preciso que el obturador del aparato fotográfico accione precisamente en el único instante en el que el hombre es un moribundo, es decir, en el instante mismo en que el hombre muere.

Usted es, y todos lo sabemos, querido maestro, el autor de este pequeño *précis* que tanto ha dado qué hablar en los círculos de su especialidad. Una obrita inquietante en verdad. La Facultad, desde luego, no ha participado en ninguno de los aspectos del escándalo que se ha producido. Son las gentes de letras y en especial los *dreyfusards* los que han acudido apresuradamente a abrevar en las fuentes de esa sabiduría malsana que usted,

querido doctor, no sin cierto ingenio y buen humor, ha hecho brotar en el yermo de la filosofía médica de nuestro tiempo. Particularmente su exhaustivo análisis del *Lengn-tch'é*, con las magníficas fotografías que lo acompañan, debidas —como todos lo saben— a su pericia técnica en el arte de Daguerre, merecerán, en años futuros, sin duda alguna, un lugar de honor en la historia de las curiosidades médicas. Es un hecho que desde los cursos del gran Claude Bernard que produjeron la *Introducción al Estudio de la Medicina Experimental* no se había producido, en el seno de nuestra Facultad cuando menos, un texto teórico tan importante como el suyo. Sólo es de lamentarse el uso tan inapropiado que los literatos están haciendo de él. Si no fuera por esto, su candidatura, querido maestro, seguramente se vería bien acogida.

Lo que nos esperaba más allá, en el tiempo futuro, hacía que ese paseo a la orilla del mar tuviera un sentido especial. Para recordarlo hubiera sido preciso que nos hubiéramos tomado de la mano. Esto le hubiera dado a nuestra experiencia la concreción que tienen las cosas cuando acontecen tal y como deben acontecer en la imaginación popular, en la imaginación de aquellas gentes ociosas que caminaban despreocupadamente por el muelle y que sin quererlo, a veces, alcanzaban a vislumbrarnos mientras íbamos por la arena sintiendo a nuestro lado romperse las olas. Para ser verdaderos es preciso que seamos tal y como nos imaginan los desconocidos. Sin embargo nosotros caminábamos apartados el uno del otro. Tú íbas

delante de mí; por eso pudiste correr sin que yo lograra detenerte. Pensé por un momento que la plenitud de ese mar grisáceo te había sobrecogido y que intentabas alejarte del embate de las olas, pero luego caí en la cuenta de que, en realidad, estabas huyendo de mí, de mi proximidad que te hostigaba. Echaste a correr. Ignoraste, al pasar frente a él, al niño que construía un castillo de arena. Hubiera estado dentro de tu carácter que te hubieras detenido, que lo hubieras acariciado, que le hubieras dirigido algunas palabras de encomio. Eras, para entonces, otra que yo no conocía. Es por eso que al cruzarnos con aquella mujer vestida de luto hiciste algún comentario que yo no pude oír claramente, pero ignoraste al perro que la seguía. Yo hubiera querido detenerte cuando corriste alejándote de mi lado y luego, de pronto, te detuviste bruscamente. Te agachaste y entre los guijarros redondos de aquella playa encontraste una estrella de mar que me mostraste diciendo: “Mira, una estrella de mar”, y ese ser putrefacto tenido delicadamente entre las yemas de tus dedos te contagió una ansiedad como si tus manos hubieran tocado un cadáver antes de que tu corazón se hubiera dado cuenta de ello, ¿recuerdas...?

Hay en todo esto una circunstancia curiosa; un efecto que no puede ser explicado ni por la más extravagante teoría acerca de la técnica fotográfica. Cuando escalamos aquel farallón y nos sentamos sobre las rocas a contemplar el vuelo de las gaviotas y de los pelícanos, yo te tomé una fotografía. Estabas reclinada contra las rocas desgastadas por la furia de las olas. Se trataba, simplemente, de un paisaje marino, banal por cierto, en cuyo

primer término tu rostro tenía la expresión de estar haciendo una pregunta sin importancia. ¿Por qué entonces, cuando la película fue impresa, aparecías de pie frente a la ventana de este salón?

No hubiera presentido la presencia de aquel hombre; un hombre cuyo significado se hallaba suspendido en el momento de aguardar inmóvil el impulso definitivo de su voluntad para franquear aquel quicio y que a su vez me imaginaba de espaldas a la puerta. Lo esperaba, sin embargo, sin sentirlo cabalmente. Es por eso que me había colocado de espaldas a la puerta, tratando de descubrir en el fondo de aquel pasillo oscuro la imagen que mi deseo invocaba. No en vano había yo contemplado durante tantas horas aquella fotografía borrosa cuya visión había despertado en mí a otro ser desconocido —tal vez presentido— que medraba en las sombras y pasaba las horas invocando una imagen que era, en realidad, solamente mía y que la Enfermera había abandonado en esa zona que abarcaba todas las cosas y los rostros que yo había olvidado definitivamente al concretarse esa imagen en lo que yo hubiera querido ser; lo que había sido ella según yo la concebía: el testigo de un rito sanguinario y solemne que ya había olvidado en el fondo de lo que hubiera sido mi memoria si hubiera sido la Enfermera y que se había extraviado en el momento exacto en que yo había cobrado esa imagen para mí. Pensé entonces que yo estaba hecha con las memorias que ella había olvidado y que ella era la reencarnación de mis olvidos, recordados de pronto al ver aquella fotografía: que yo era la materialización de sus

recuerdos o acaso un ser hecho de olvido que alguien estaba recordando dándole con ello una materia que tal vez pesaba y ocupaba un lugar en el espacio.

¿Cómo, si no, te hubieras sentido tan penetrada por ese cuerpo que te era ajeno?

Pero... ¿de quién es ese cuerpo que hubiera amado infinitamente y cuya carne hecha jirones había cobrado tanta realidad dentro de aquella casa, cuya memoria todo lo impregnaba, manchando ante nosotros aquellos periódicos viejos extendidos sobre el *parquet*?, ¿quién hubiera transformado la banalidad de un acontecimiento, de un encuentro imprevisto semejante, en una imagen borrosa, en una presencia irrealizada que todo lo llenaba de sangre?, ¿quién hubiera puesto en tu mano, enfundada en un terso guante de hule color de ámbar, esa cuchillaafiladísima que entonces apuntabas hacia mi garganta?, ¿quién se hubiera dejado penetrar ante aquella presencia que todo lo invadía con su éxtasis?, ¿quién se hubiera dejado matar por el roce de un muñón tumefacto, si lo que éramos ante aquel espejo era la imagen de una mentira ociosa, de una ilusión sin sentido forjada por la pericia siempre precaria, pero a veces certera, de un mago inepto tratando torpemente de imponer nuestra presencia intangible, de sugestionar con nuestra irrealidad a un grupo de dementes o de idiotas en una función de festival de manicomio barato?

A Son Em. T. Rev., Lut... ci-joint coupures (Ch'eng pao, jan. '901..., Shun tien sh' pao, No. Chin. Daily News, trad. Shang Yü: Princeps mongol, exigen que... Fu Chu... sea quemado... pena demasiado cruenta... infinita misericordia... Chu lí... muerte lenta... et caet... pour profiter de cette heureuse circonstance et faire parvenir le zèle de notre haute mission aux buts voulus et donc si sagement préétablis par la Providence Divine qui mène toujours les affaires de ce monde selon le meilleur dessein pour que chaque démarche de notre Société s'accomplisse ad majorem D. G., tel qu'en ce cas dont l'utilisation ingénieuse rendra possible, d'une fois pour toutes, l'établissement de la Foi et des Evangiles dans le Royaume Central, tâche à laquelle se sont consacrés, depuis des siècles, tant de nos compagnons-en-armes... (*ilegible*)... même leur sang et leur vie... deux étapes du plan: 1° —... publication du petit tract sur les divers procédés, ceci pour atteindre les gens de lettres, puis, 2° — publication des documents photographiques dans la presse Catholique en déguisant habilement le caractère, plutôt politique de ces événements et en réhaussant leur caractère, disons, religieux et mystique, jusqu'à faire apparaître cet individu comme un apôtre et un martyr de la Foi. En attendant mon retour en Europe, je me chargerai de recueillir le plus grand nombre de renseignements sur la vie privée du dit F. Ces renseignements pourront aussi être "justifiés" et réacomodés pour servir (*tachado: a nos...*) aux fins de la Sainte Compagnie avant de les faire parvenir à Rome; celle-ci étant une tâche à laquelle ie nourrais me consacrer pendant la

traversée, de telle façon que mon bateau, arrivant à Barcelone vers la fin avril, je pourrais soumettre à Votre Em. T. Rev. à Monserrat, le brouillon de mes notes après avoir pris contact avec certains émigrés habitant le quartier chinois du dit port, dont je pus apprendre les signalements ici à Peking et dont la nature de leurs connaissances sur l'application et la sublimation des procédés classiques pourrait, peut-être, être fort profitable. Entretemps il faut veiller avec grand soin à ce que l'indiscrétion ou la malveillance de nos ennemis acharnés ne fasse aboutir nos démarches à un échec pareil à celui de l'affaire des *tai ping* qui tant a fait reculer l'avance de notre Sainte Religion en Chine par la maladresse avec laquelle nos frères, les D. O. M., ont mené la question. Je vous prie, Em. T. Rev., de me faire parvenir votre acquiescement, dans le chiffre convenu: *Gratias agamus Domino Deo nostro*, au nom, comme toujours, de M. Paul Belcour, Grand Hôtel des Wagons-Lits, Peking, aussitôt que possible.

Al calce y continuando a la vuelta del pliego, la siguiente anotación:

Post Script.— Depuis quelques semaines j'ai pris contact avec Soeur Paule du Saint Esprit selon les instructions de V. Em. T. Rev. Bien qu'elle se rende fort serviable, je me suis absteint de lui faire connaître notre projet sur le supplicié. En ce moment elle travaille comme infirmière à l'hôpital militaire, attachée aux Services Médicaux de la Force Expéditionnaire. Inutile de dire qu'elle maintient incognito son vrai état et se fait appeler Mlle.

Melanie Dessaigues, de Honneur, Calvados. Le moment arrive, je crois que cette personne pourra nous être très utile. Étant donné que la prise des plaques était une opération plutôt difficile à soustraire de l'attention publique, je me suis présenté à elle comme photographe-correspondant de la revue scientifique *La Nature* de Paris, dont le directeur, M. de Parville, étant étroitement lié à la Cause, comme V. Em., T. Rev. le sait bien, n'hésitera pas à attester de la véracité de cette attribution. Je prévient V. Em. T. Rev. de ceci en cas ou Elle déciderait établir liaison entre cette personne et moi. Il ne faudra, sous aucun prétexte, lui révéler ma vraie identité avant que je n'aie une assurance absolue sur la sienne et sur le rôle qu'elle joue dans les événements qui à présent se déroulent en Chine.

Al margen, escrito de la misma mano, pero a lápiz:

Transcrit au chiffre *Misereatur vestri omnipotens Deus*, le 29 janvier 1901, au soir.

Y un poco más abajo, nuevamente en tinta y con letra de imprenta: H. M. S. ADEN (P. & O.) Via Port Said – le 30 jan.

El magnicidio, querido maestro, cometido o propiciado aun en aras de ideales sublimes, no deja de ser un delito grave. ¿Estaba usted al corriente de los pormenores y de los preparativos que precedieron al asesinato del príncipe Ao jan Wan? ¿Se trata de un documento auténtico o simplemente pretendía usted, mediante el encubrimiento de su verdadera identidad y mediante una intriga jesuítica descabellada, acostarse con una monja en el más recibo de los estiles de los novales celestos? ¿Emidió

MAS MANIDO DE LOS ESTUOS DE LAS HOVERAS GARANES: ¿EXPRIU usted efectivamente esa carta cifrada? ¿Quién era el destinatario? ¿Quién era la llamada Mélanie Dessaignes? ¿La reconocería si la viera de pronto, vestida de blanco, con los vuelos grises de su cofia cayéndole sobre la espalda, sentada en el fondo de un pasillo oscuro?, ¿o vestida de negro, reflejada en la superficie manchada de un espejo enorme, de pie ante una ventana —sí, la del lado izquierdo desde la calle—, fija su mirada en un signo incomprensible que con la punta del dedo había trazado sobre el vidrio empañado? ¿La reconocería usted si una tarde, una de esas tardes en las que acostumbra trabajar a solas en el Gran Anfiteatro de la Facultad, sus ojos la encontraran de pronto, desnuda, tendida en una plancha de mármol, con la boca entreabierta y los ojos fijos en esas escenas que un famoso pintor trazó sobre la bóveda del anfiteatro, escenario de sus más sorprendentes experiencias? ¿La reconocería usted, maestro, en el momento preciso en que la gran cuchilla convexa de Larrey trazara, guiada por su mano, una incisión de sangre lentísima, casi coagulada a lo largo del pliegue inguinal para practicar una experiencia *supra cadaver* tendiente a batir su propia marca en la amputación de la pierna de la cadera: 1 minuto 8 segundos? ¿La reconocería usted en esa actitud de entrega, en ese abandono que va más allá de la vida, en ese solo instante en que, como en el coito, la desnudez y la muerte se confunden y en que todos los cuerpos, aun los que se enlazan en un abrazo inaplazable, exhalan un efluvio de morgue, de carroña conservada asépticamente, en que la gasa

impoluta recibe sin que apenas nos demos cuenta de ello, como si fuera el escupitajo de un verdugo, una violenta salpicadura de pus?

Capítulo II

¿Recuerdas...?

La noche era como un largo camino que se adentraba en la casa invadiendo todos los rincones, llevando la penumbra hasta el último resquicio, asustando lentamente a los gatos, ¿recuerdas? Estoy seguro que sí. En vano has tratado de olvidarlo. Todos los días, al dormirte, piensas en ello tratando de olvidarlo. Inclusive, has llegado a ser la víctima de varios charlatanes que te ofrecían el olvido de ese momento, un olvido patentado y garantizado. ¿Acaso no compraste un día, en una nequeña tienda del barrio

judío, un folleto que se llamaba *Las Aguas del Leteo, método antimnemónico basado en los últimos descubrimientos de la ciencia cabalística*? Yo he visto ese folleto entre tus cosas, entre las cosas que guardas con recelo, temerosa de que ellas delaten ese compromiso ineludible que has concertado con tu pasado, con un pasado que crees que es el tuyo pero que no te pertenece más que en el delirio, en la angustia que te invade cuando miras esa fotografía, como lo haces todas las tardes hasta que sientes que tu pulso se apresura y tu respiración se vuelve jadeante. Aspiras a un éxtasis semejante y quisieras verte desnuda, atada a una estaca. Quisieras sentir el filo de esas cuchillas, la punta de esas afiladísimas astillas de bambú, penetrando lentamente tu carne. Quisieras sentir en tus muslos el deslizamiento tibio de esos riachuelos de sangre, ¿verdad?...

—¡Qué pálida estás! —dijo cuando la vio, inmóvil en aquella actitud indescifrable.

—Es preciso, maestro, que obtenga usted la cifra original o que reconstruya de memoria la clave *Gratias agamus Domino Deo nostro*. Ello puede permitirnos descifrar ese documento...

Sí, yo encontraba tu rostro de pronto, como surgiendo de los gruesos cortinajes de terciopelo desvaído y parecías estar del otro lado de la ventana. Cuando nos encontrábamos súbitamente un grito trémulo se ahogaba entre aquellas paredes manchadas de humedad. ¿Quién gritaba en la noche? Tu rostro, en el

espejo, sangraba cuando yo lo veía desde el ángulo opuesto del salón, apoyado, inerte, sobre la cubierta de mármol de la pequeña mesa de hierro en la que él había depositado los instrumentos de cirugía que brillaban, para entonces, con los últimos reflejos de la tarde. La luz débil del crepúsculo se filtraba como una bruma luminosa a través de los vidrios empañados de las ventanas que daban al jardincillo abandonado.

Ahora lo recuerdo... una mosca golpeó contra el cristal de la ventana.

Hubiéramos jugado a encontrar nuestros rostros en el espejo; comunicarnos así; hacer que nuestras miradas se encontraran sobre aquella superficie manchada y, en cierto modo, lujosa, bordeada de ornamentos áureos y que refulgía contra el papel manchado cuyo diseño se había escurrido por el trasudamiento del agua, reflejando de una manera imprecisa y turbia un cuadro de grandes proporciones que representaba una alegoría cuyo significado aún hoy, en este instante, nos es totalmente ajeno...

Has caminado ya; saliendo del espejo ante mis ojos, has cruzado esta estancia umbrosa. Lo sé aunque no pueda verte. Has caminado a lo largo del salón oloroso aún a los desinfectantes que él depositó sobre el mármol amarillento de la mesilla de hierro. Has caminado hacia el ángulo opuesto del salón sin mirarme al pasar frente a mí, como temiendo distraerte de esa faena equívoca que todas las tardes, a la misma hora, has

realizado desde hace meses, desde hace años, ¿recuerdas...?'

Lentamente, como quien teme turbar la precaria suspensión del polvo en los haces de luz dorada que se filtraban a través de los desvaídos cortinajes de terciopelo, hubieras caminado, sí, lentamente, hacia aquella ventana o hacia aquella mesilla de hierro en que los instrumentos ensangrentados yacían abandonados al óxido paulatino de los años y al pasar frente a la mesilla para dirigirte al otro extremo de aquel salón lúgubre, habitado en ese instante tan sólo del sonido moribundo de tus pasos, tu pie hubiera golpeado distraídamente la base de hierro de la mesilla, produciendo un ruido impreciso que, a espasmos, se hubiera adentrado en el oscuro corredor, diluyéndose poco a poco en toda la casa hasta perderse luego en el último cuarto, hasta trasponer la última puerta, hasta turbar la superficie del agua estancada en ese depósito situado al fondo del pasillo en el que unos algodones impregnados de ácido crómico difundían, sí, lentísimas manchas anaranjadas mientras giraban como lotos putrefactos, despidiendo veneno en un estanque de agua amarillenta, turbia...

Hubieras corrido. Hubieras corrido hasta alcanzar aquel eco metálico y en cierto modo informe para aprisionarlo dentro de tu cuerpo, en el meandro tortuoso de tu oído y no dejarlo escapar hacia la noche. Lo hubieras alcanzado y como si fuera una fálena lo hubieras retenido en la crispada prisión de tu puño hasta hacer sangrar la palma de tu mano con el filo de tus uñas. Pero algo te

nubiera detenido. Algo te detuvo. Una mirada... un recuerdo, sí, lejanísimo como el aullar de la sirena, como el sonido que producen *esas* palomas, ese sonido que llegaba en pequeños airones vibrantes desde la plazoleta de donde nosotros lo habíamos traído arrastrando, de donde nosotros habíamos traído su recuerdo. Esto tú lo sabes. Tú sabes que todo lo que yo digo es absolutamente cierto, ¿no es así?

Tal vez. Ahora recuerdo las planas manchadas de un periódico viejo que formaban un camino desde la puerta hasta el pasillo...

Al pasar ante aquella puerta tus dedos se crisparon involuntariamente. Parecían, en esa contracción, renovar la angustia del secreto sanguinario que nos había unido durante tanto tiempo. Tú lo comprendiste así y volviste la mirada al quedarte quieta en el umbral del espejo que reflejaba una puerta. Esa puerta se abría ante un largo pasillo oscuro en cuyo fondo tu mirada estaba fija tratando de mirarme, de descubrir en ese vislumbramiento la identidad de esa forma mía, revestida de un uniforme anticuado, tocada de aquella cofia de la que pendía un vuelo de lana gris. Yo trataba de descifrar el enigma de los instrumentos de cirugía depositados sobre el mármol amarillento de la mesilla y que los años habían ido corroyendo y oxidando sin que nadie jamás se hubiera atrevido a moverlos de allí.

... la fascinación de aquella carne maldita e inmensamente bella.

Si no hubiera sido porque aquel sonido turbador se perdió entre

las sombras del fondo de aquel pasillo antes de que hubiera podido aprisionarlo para siempre, antes de que yo hubiera podido impedir que llegara hasta la noche, no me hubiera vuelto en torno al llegar al umbral de aquella puerta reflejada en el espejo. Algo, quizá una mirada cruel, me contuvo y me hizo volverme hacia aquel camino que acababa de andar. Algo, tal vez el recuerdo de un momento lejanísimo —sí, tal vez el recuerdo de...— me asaltó súbitamente y volví la mirada hacia aquellos vestigios de luz mortecina que apenas se filtraban a través de los pliegues del polvoriento y desvaído cortinaje de terciopelo. Hubiera yo gritado, tal vez, si la presencia mutilada de aquel recuerdo, de aquel ser presentido, no hubiera ahogado el espanto en mi garganta con sólo su mirada. Hubiera gritado, sí, si mi voz, proferida como una iniciación definitiva de la noche, hubiera bastado para borrar aquel recuerdo o esta imagen. ¿Recuerdas...?, dijo volviéndose hacia mí desde el otro extremo del salón y posando cuidadosamente aquel instrumento manchado de sangre coagulada sobre la cubierta de mármol de la mesilla; ¿recuerdas...?, me ha dicho mirándome fijamente, como tratando de evocar la imagen de mi recuerdo con su propia mirada profunda, fija a través de los muros y a través de esa puerta reflejada en el espejo, fija en la imagen del suplicio voluptuoso que inunda el mundo como un misterio exquisito y terrible. ¿Recuerdas...?

¿Hay algo más tenaz que la memoria?

Cuando se ha detenido ante la puerta reflejada en el espejo ha caído la noche, de pronto, como una red de plomo que todo lo aprisiona. El otro la contempla apoyado en la mesilla de mármol mientras juega distraídamente con un viejo bisturí manchado de sangre, oxidado por la humedad del ambiente, corroído por los años. Ella se ha quedado inmóvil frente al espejo en el que se refleja una puerta detrás de la cual guardan celosamente un secreto. Él la mira con tanta pasión que su cuerpo desmaya y se incorpora en un solo movimiento que es como una convulsión solemne y fátidica. A lo lejos se escucha —¿por qué?— un ruido aéreo, como el de una alarma, como el ulular de las sirenas o como un graznido espasmódico. Ha caído la noche, de pronto, como una lluvia intempestiva: *con una lluvia intempestiva*. Él le dice: ¿Recuerdas...?, y ella se queda quieta, congelada en ese quicio figurado en la superficie del espejo suntuoso y manchado en el que se refleja una puerta tras la cual él y ella ocultan un secreto pulsátil de sangre, de vísceras que si no fuera por esa puerta y por ese espejo que la contienen, su mirada todo lo invadiría con una sensación de amor extremo, con el paroxismo de un dolor que está colocado justo en el punto en que la tortura se vuelve un placer exquisito y en que la muerte no es sino una figuración precaria del orgasmo.

El recuerdo no hubiera abarcado aquel momento. Más allá del suplicio la memoria se congelaba. Por eso, antes de liberarlo de aquellas amarras tensas, antes de desanclarlo como se desancla un barco al capricho de la marea, se habían entretenido todavía

algunos minutos —él y ella— para tomar las fotografías. Lo habían fotografiado desde todos los ángulos. “Hay que ayudar a la memoria”, dijo, “... la fotografía es un gran invento.” Y entonces empieza a caer la tarde. Las placas no dan de sí. Hubo que descargar el aparato para poder utilizar esa nueva película alemana muchísimo más sensible.

—¿Recuerdas ...?

—Sí, un segundo...

Un pájaro escapado de la jaula. Súbitamente liberado como si la muerte lo hubiera tocado en un abrir y cerrar de ojos. El obturador había producido un clic característico. Hubiera sido el único ruido perceptible ante aquel misterio silencioso. Cuando se retiraron jadeantes de aquel lugar el viento empezó a jugar con el papel metálico en que venían envueltas las placas fotográficas, arrastrándolo por los adoquines, haciéndolo chispear con la luz de los faroles que parecían incendiarlo fugazmente.

—Hubiéramos fotografiado a los perros.

—Era difícil fotografiar a los perros; nunca se quedan quietos y las placas no son lo suficientemente sensibles. Había poca luz, ¿recuerdas?

Quedaba el cuerpo; su cuerpo. Allí, apoyado en el marco de esa puerta que se refleja sobre el enorme espejo. Sostiene en las manos un objeto cuya realidad es tan incierta que nadie osaría definirlo. ¿Se trata acaso de un trozo de coral o de un

instrumento de cirugía corroído por el óxido rojizo como sangre vieja? Dice una palabra sin sentido, apenas audible en la sombra, como si esa penumbra se abatiera con la misma intensidad sobre los objetos visibles y sobre los sonidos. La noche cae con furia sobre nosotros, como tratando de ocultar, como si tratara de conservarlo para sí, ese misterio nuestro, cultivado pacientemente, a lo largo de los días, a lo largo de las noches en vela junto a aquella puerta pintada de blanco como una puerta de hospital, a lo largo de los instantes en que esperábamos con ansiedad el efecto que surtiría aquella droga que Farabeuf había traído en una pequeña cápsula de vidrio, mientras propiciábamos con nuestras miradas ardientes la cicatrización de aquellos muñones sonrosados, la canalización de aquellas llagas purulentas que goteaban como diminutas clepsidras sobre la gasa manchada y ávida que al cabo de poco tiempo se saciaba de pus y comenzaba a trasudar hacia las sábanas de seda sobre las que yacía el cuerpo inerte, mudo, al que la Enfermera reconfortaba, no más que con su mirada, cada vez que cambiaba los vendajes... ¿recuerdas?

La droga... he ahí un dato de extrema importancia... el Maestro ha mencionado insistentemente la existencia de una cierta cantidad de “rebanada de cuervo”, como él la llama, entre las cosas guardadas en el desván...

Trato de recordarlo, pero mi memoria sólo abarca ese momento en que tú me mostraste por primera vez las fotos del hombre.

Insistes en hacer aflorar el recuerdo. ¿Cómo podría olvidarlo! Era el atardecer. Caminábamos por la playa hablando de cosas banales. Nos cruzamos con una mujer vestida de negro que era seguida por un perro, un *caniche*. Un niño construía un castillo de arena. La marea subía perceptiblemente. Nos alejamos hacia el farallón y nos sentamos sobre las rocas a contemplar el juego de las olas y el vuelo de los pelícanos que caían pesadamente sobre los peces. Sí, lo recuerdo todo perfectamente. Recuerdo el grito de las gaviotas y el ruido que hacían los pelícanos al tocar la cresta de las olas. Y los tumbos del mar. Cada vez más violentos, apresurando la noche que allí, junto a las olas, tardaba siempre más en caer. Luego volvimos desandando el camino. Cruzamos, sin darles importancia, las ruinas del castillo de arena. Cuando entramos había sobre la cómoda un sobre amarillo y afuera seguían gritando las gaviotas. Cuando abriste el sobre y me mostraste aquel rostro inesperado y extático, había caído la noche. Era como si esa mirada llevara la noche consigo a todas partes. Yo lo recuerdo todo. Perfectamente. Y tú, ¿lo recuerdas?

—Sí, recuerdo tu cuerpo surcado de reflejos crepusculares que parecían escurrimientos o manchas de sangre. Tus palabras entrecortadas eran como gritos arrancados en un suplicio milenar y ritual, y tu mirada, entonces, era igual a la de aquel hombre de la fotografía. ¿Es preciso ahora olvidarlo todo...?

—¿Eres tú capaz de olvidarlo?

—El olvido no alcanza a las cosas que ya nos unen. Aquel placer, la tortura, aquí, presente, ahora, para siempre con

nosotros, como la presencia del hombre que nos mira desde esa fotografía inolvidable...

—Sí, desde entonces nuestras miradas son como la de él.

“Originalmente podía verse, en segundo término, al fondo, el letrero de la sucursal de Pekín de *Jardine Matheson & Co.*, pero lo recorté porque me parecía que desentonaba con el carácter más solemne de la escena principal que había captado en aquella fotografía...”

Has caminado ya; saliendo del espejo has cruzado este salón oliente aún a los desinfectantes que él dejó olvidados sobre el turbio mármol de la mesilla. Has caminado lentamente hacia el pequeño armario que está junto al tocadiscos sin mirarme al pasar frente a mí. Has abierto uno de los cajoncillos y has sacado una vieja fotografía, manchada por la luz del tiempo. Mientras tanto él se preparaba para salir y, dejando olvidados ciertos instrumentos sobre la mesilla, guardaba cuidadosamente los demás en el viejo maletín de cuero negro. Largo rato te has quedado mirando ensimismada aquel rostro difuso grabado en la fotografía. Luego te dirigiste al teléfono.

Yo te miro desde el fondo del pasillo sin saber qué decir. He dispuesto los instrumentos convenientemente. Todo es cuestión de un instante y el dolor es mínimo. Yo sé que estás dispuesta. Descubre tu brazo y apóyalo contra mi regazo. Cuando yo te diga, empezarás a contar, uno, dos, tres, o si prefieres, puedes

también hacerlo en orden descendente a partir de cien: cien, noventa y nueve, noventa y ocho, y así sucesivamente, sin apresurarte...

R... E... M... (Farabeuf) llegó media hora después de que había empezado a llover. A través del ruido de la lluvia oía sus pasos en la escalera. Salvaba penosamente los peldaños gastados, jadeando, como si aquel maletín de cuero negro pesara mucho. En cada descanso se detenía unos instantes para recobrar el aliento, su mano posada en la perilla de bronce que remata los tramos del barandal. Una vez repuesto recogía el maletín que había dejado en el suelo y proseguía su ascensión penosa mientras sobre su frente escurrían las gotas de lluvia que luego se embebían en el cuello de su abrigo sucio de caspa. Adivinaba yo sus movimientos por el sonido de sus pasos que se acercaban poco a poco a donde nosotros estábamos y al mismo tiempo te miraba, absorta en aquella inquisición terrible (*cien...*), desde el fondo de aquel pasillo oscuro (*noventa y nueve...*), sin saber qué decir (*noventa y ocho...*), esperando tan sólo que la mano de Farabeuf (*noventa y siete...*) al tocar en la puerta (*noventa y seis...*) rompiera aquel encantamiento maligno (*noventa y cinco...*) en el que te anegabas como en un mar, ¿verdad? (*noventa y tres...*).

Te has saltado el noventa y cuatro. Debes concentrarte más. Trata de hacer memoria.

Sólo recuerdo que aquel día su bata blanca estaba manchada de

SUBO RECORDANDO que aquella día su bata blanca estaba manchada de excrecencias mortuorias.

(*Noventa y dos...*)... La experiencia de entonces era una sucesión de instantes congelados; (*noventa y uno...*) sus pupilas nos habían fotografiado, (*noventa...*) paralizando nuestros gestos (*ochenta y nueve...*) registrando nuestro silencio (*ochenta y ocho...*) como si ese silencio hubiera sido algo más vívido (*ochenta y siete...*) y más tangible que nuestras palabras (*ochenta y seis...*) y que nuestros gritos (*ochenta y cinco...*).

Y la lluvia, ¿recuerdas? (*ochenta y seis...*) cayendo intempestiva afuera, (*ochenta y siete...*) lejos de nosotros (*ochenta y ocho...*) y sin embargo impregnándolo todo (*ochenta y nueve...*) con su golpe líquido. (*Noventa...*) Sabíamos que la lluvia caía afuera (*noventa y uno...*) lejos de esa voluptuosidad que nos mantenía unidos (*noventa y dos...*) en torno a esa ceremonia (*noventa y tres...*), unidos tal vez para siempre (*noventa y cinco...*)... Sabíamos que caía sobre Farabeuf que en aquel momento (*noventa y seis...*) cruzaba lentamente la calle (*noventa y siete...*) bajo su paraguas inútil. (*Noventa y ocho...*)

... Y aquel espejo enorme, ¿recuerdas?, enmarcado lujosamente, en el que tu rostro hubiera querido reflejarse a pesar de la muerte que ya estaba contigo entonces; tan en ti que si te hubieras asomado a su superficie manchada hubieras visto aparecer, detrás de tu mirada, una calavera radiante y

espléndida, pero no supiste decir las palabras que hubieran sido precisas para evocarte a ti misma muerta en ese futuro estático, quieta como el agua de un charco en que se reflejan las estrellas, infinitamente quieta como hubieras querido regalárte me muerta.

En fin de cuentas, para entenderlo hubiera sido necesario leer una pequeña notificación aparecida en el *Nort China Daily News* del 29 de enero de 1901, p. 3, col. 7, o bien esos periódicos amarillentos y sucios: un número del *Ch'eng pao* y otro del *Shun tien sh' pao* que datan todos del *yeng yué* de 1901 y en los que se resaltan algunos hechos curiosos relacionados con la muerte violenta de un alto dignatario de la corte afecto a los “diablos extranjeros”.

Es preciso no dejar nada al azar. ¿Está usted seguro, doctor, de que ha recogido todo, absolutamente todo —inclusive el trozapubis, pulido y reluciente que compró en Frankfort... y los gatillos de su invención que mandó fabricar en Edinburgo, con John McClough, Ltd., y que le han dado una fama universal? ¿Está usted seguro de haberlo guardado todo en ese maletín gastado de cuero negro que tanto le pesa al cruzar con su paso artrítico la rue de l'École de Médecine? ¿Está usted seguro de haber envuelto cada uno de esos curiosos instrumentos en los pequeños lienzos de lino hábilmente preparados por “Mme. Farabeuf” (née Dessaignes, de Honfleur) con los restos de las sábanas sobre las que usted, maestro, y ella consumaban el acto llamado carnal o *coito* cuando apenas era un interno en el Hôtel

Dieu —antes todavía de ser auxiliar de la clase de Anatomía Descriptiva bajo el gran Larrey, antes de que tomara el gusto de aplicar sus propios métodos a toda aquella carroña tendida bajo la bóveda decorada con el lujo austero de aquellas mujeres quietas, infinitamente quietas, tan quietas como cadáveres vistos en un espejo, que Puvis de Chavannes había pintado allí? ... ¿todos los instrumentos los guardó usted en ese maletín negro?, ¿el basiotribo de Tarnier que sirve para extraer el feto, tajado en pedazos, del interior del llamado “claustró materno”? ¿Está usted seguro, doctor Farabeuf?, ¿todos sus complicados instrumentos...?

*Noventa y siete... noventa y seis... noventa y cinco...
noventa y tres...*

Hemos jugado a encontrar nuestras miradas sobre la superficie de aquel espejo —nos hemos comunicado, hemos tocado nuestros cuerpos en aquella dimensión irreal que se abría hacia el infinito sobre el muro manchado y surcado de pequeños insectos presurosos. Y antes de aquel encuentro inexplicable me hubieras dicho que no bastarían todos los espejos del mundo para contener esa sensación de vértigo a la que te hubieras abandonado para siempre, como te abandonas a la muerte que reflejan los ojos de este hombre desnudo cuya fotografía amas contemplar todas las tardes en un empeño desesperado por descubrir lo que tú misma significas. Es por ello que quisieras que todos los espejos reflejaran tu rostro, para sentirte más real,

ante ti misma, que esa mirada demente que ahora ya siempre te acecha.

Empezó a llover y tú corriste hacia la ventana por ver un signo que quizá habías trazado sobre el vidrio empañado y sin llegar hasta el reborde viste la silueta de Farabeuf que cruzaba penosamente la calle, cargando su viejo maletín de cuero negro en el que guarda celosamente sus instrumentos de tortura, los relucientes separadores que aplica en las comisuras de la herida y el aparato singular con el que...

Sí, entonces comenzó a llover y yo había escrito un nombre que ya no recuerdo, con la punta del dedo sobre el vidrio empañado. Era un nombre o una palabra incomprensible —terrible tal vez por carecer de significado—, un nombre o una palabra que nadie hubiera comprendido, un nombre que era un signo, un signo para ser olvidado.

... noventa y dos... noventa y uno... noventa...

¿Y aquel espejo enorme? Hubo un momento en que reflejó su imagen. Se tomaron de la mano y durante una fracción de segundo pareció como si estuvieran paseando a la orilla del mar, sin mirarse para no encontrar sus rostros, para no verse reflejados en esa misma superficie manchada y turbia que reflejaba también, imprecisa, mi silueta como un borrón blanquecino, inmóvil en el fondo de ese pasillo oscuro por el que Farabeuf habría de pasar apenas unos instantes después, con las

La abuela había de pasar apenas unos instantes después, con las manos en alto, enfundadas en unos guantes de hule, oloroso a un desinfectante impreciso que infundía una sensación inquietante y que pronto lo impregnaba todo en aquel ambiente de luz mortecina.

Tienes que concentrarte. Ésa es la regla de este juego. *Fije usted en su mente las preguntas que desea hacer; apoye suavemente las yemas de los dedos sobre el indicador; repítase a sí mismo la pregunta mentalmente varias veces hasta que note usted que el indicador se mueve lentamente sobre la superficie de la tabla indicando con el extremo afilado la respuesta que usted desea obtener. Si la primera vez no obtiene resultados satisfactorios, vuelva a iniciar la operación colocando el indicador en el centro de la tabla mágica.* Ya lo ves, tienes que concentrarte.

—Habías hecho una pregunta, ¿recuerdas?

—Sí, recuerdo que había hecho una pregunta. Eso es todo. Una pregunta que he olvidado...

Es preciso recordarlo ahora. Aquella respuesta, aquel nombre hecho de sílabas difusas, breves, como pequeños gritos, como esos chirridos que producen los muebles en la noche. Es preciso recordarlo ahora. Aquella pregunta lenta y larga, repetida en un susurro imperceptible sobre aquella tabla cubierta de letras y de cifras; aquella pregunta hecha de sonidos como de lluvia afuera que tú hiciste, mientras yo trataba de descifrar aquel signo que

poco a poco se borraba y que tenía un significado capaz de trastocar nuestras vidas, si bien yo no lo comprendía, y que alguien había escrito con la punta del dedo sobre el vidrio empañado a través del cual alguien contemplaba —sí, contemplaba— el caminar artrítico de Farabeuf cruzando la calle hacia la casa bajo la lluvia. Era preciso recordarlo ahora, aquí.

Algo había en todo ello que recordaba el mar... algo en aquel nombre indescifrable...

—Pero tú no hubieras corrido, cruzando la superficie del espejo para ir hacia la ventana...

—Caminábamos tomados de la mano. A nuestro lado los pelícanos y las gaviotas caían pesadamente sobre las olas para devorar a los peces. Era el atardecer, un atardecer gris, ¿recuerdas?

—Sí, recuerdo.

—Luego cruzamos a un niño que construía un castillo de arena. La marea iba subiendo lentamente hacia nosotros. El niño apenas nos miró cuando pasamos a su lado. Era un niño rubio que construía un castillo de arena a la orilla del mar mientras nosotros caminábamos hacia el farallón...

(—¿Hacia aquel farallón...?)

“¿Hacia aquel farallón?”, me preguntaste al pasar frente al niño. Después, muy cerca de nosotros, un pelícano cayó al agua y tí

Después, muy cerca de nosotros, un peñoncillo cayó al agua y tu te asustaste.

Sí, se asustó al ver que Farabeuf sostenía ante sus ojos miopes aquella hoja inmensamente afilada, en la penumbra. Tal vez había cesado de llover y los últimos rayos del sol se filtraban a través del desvaído cortinaje de terciopelo y caían sobre la hoja de acero con la que Farabeuf amaba amputar los miembros tumefactos de los cadáveres en el anfiteatro enorme decorado con pinturas que representaban mujeres legendarias esperando una barca a la orilla del mar...

Sí... en la playa. Hubo un momento en que tú te agachaste y tomaste en tus manos una estrella de mar muerta. “¡Mira — dijiste—, una estrella de mar...!”

—Mira... —dijiste mostrándome aquella imagen terrible—. Mira —decías poniéndola ante mis ojos y yo trataba de recordarla y de olvidarla al mismo tiempo.

—Mire usted... —dijo el maestro Farabeuf reteniendo con firmeza entre sus dedos los separadores manchados de excrecencias y de sangre medio coagulada mientras con la otra mano, blanquísima y afilada, iba señalando con la punta de un canalizador los órganos y los tejidos que su destreza iba descubriendo poco a poco en el interior de aquel hombre a quien alguien había asesinado en la noche. —Mire usted... — iba diciendo.

Noventa y uno...

“Mira”, le dijo ella una vez que habían llegado a la cima de aquel farallón. “¡Mira los pelícanos!”, y él se había vuelto hacia el mar, dándole la espalda y sonriendo hacia las olas de ver el torpe movimiento de aquellos enormes pájaros sobre la cresta de las olas.

Doctor Farabeuf, tenemos entendido que es usted un gran aficionado a la fotografía instantánea...

Noventa y dos...

“Mira...”, le dije mostrándole ese cuerpo desgarrado, tratando de vencer su cuerpo con aquella visión sanguinaria, hasta que sentí que se rompía como una muñeca de barro, hasta que sentí que su cuerpo se abandonaba a mí en aquel océano de sangre que latía afuera, más allá de la ventana abierta, fuera de sus ojos cerrados que no veían otra cosa que ese cuerpo surcado de riachuelos de sangre, esa carne que tanto hubiera amado en su delirio.

Noventa y tres...

Cuando cerré los ojos la fascinación de aquella carne maldita e inmensamente bella se había apoderado de mí.

(“Y entonces el la tomo en sus brazos...”)

Noventa y cuatro...

“Y entonces me abandoné a su abrazo y le abrí mi cuerpo para que él penetrara en mí como el puñal penetra en la herida...”



Mire usted, ponga atención, meta la punta de la cuchilla sobre la parte central del labio derecho de la incisión longitudinal y, a partir de allí, incida usted hacia abajo y hacia la derecha haciendo al mismo tiempo una incisión cutánea oblicua que se curve convexamente para hacerse transversal al nivel mismo de la extremidad inferior de la incisión longitudinal y que se termine en la parte posterior del brazo. Esta incisión oblicua convexa hecha en su derecha no debe interesar más que la piel, no solamente si ha cruzado los vasos axilares en el caso del brazo derecho, sino también en el caso de que no haya hecho usted más que descubrir el deltoides en el caso del brazo izquierdo. En el caso de la segunda incisión será exactamente lo mismo y deberá hacerla absolutamente simétrica a la primera, después de haber traído la cuchilla por encima del miembro y haber llegado

a la parte terminal reteniendo con su mano izquierda los tegumentos que van quedando sueltos... ¿ha comprendido usted el procedimiento hasta aquí?

¿De quién es ese cuerpo?

Es preciso recordarlo ahora, aquí; la identidad de ese cuerpo mutilado que de pronto había surgido ante nuestros ojos y que nosotros hubiéramos querido apresar en un abrazo inútil de muñones descarnados que nada alcanzaban a asir de otros cuerpos íntegros, pero deseosos de perderse en esa agonía lenta, hipnótica, inmóvil y erecta. Por eso hay que repetirse mil veces la misma pregunta: ¿de quién era ese cuerpo que hubiéramos amado infinitamente?

Es preciso recordarlo ahora, aquí, paso a paso, cada uno de los detalles, sin omitir uno solo de ellos. Hasta el más mínimo gesto, el más tenue matiz de una mirada lanzada al azar hacia el cielo o encontrada de pronto sobre la superficie de un espejo, todo, absolutamente todo, puede tener una importancia capital. Es preciso recordarlo todo, ahora, aquí.

Un empeño te anima: buscas en los resquicios de la muerte lo que ha sido tu vida. Por eso las tres monedas, al caer, turban la realidad. Tres *yang*: nueve en el cuarto lugar del hexagrama *kuai*; El Hombre Desollado. La piel ha sido arrancada de sus muslos. He aquí a un hombre que sufre de una inquietud interior y que no puede permanecer en donde está. Quisiera avanzar por

y que no puede permanecer en estado como ¿cuánta vez por encima de todo, por encima de su propia muerte. Si lanzaras de nueva cuenta las tres monedas y cayeran tres yin en el sexto lugar, tal vez comprenderías el significado de esa imagen, la verdad de ese instante: *Cesa el llanto, llega la muerte.*

Algo más se te olvida. ¿Recuerdas el golpear de aquella puerta abatida por la brisa?, ¿recuerdas aquellos golpes secos, escuetos, contra el marco, que te producían tal sobresalto en esos instantes en que estabas a punto de entregarte? A veces te volvías, pero otras veces lo olvidabas. Ahora es necesario que lo recuerdes; es necesario que recuerdes cuántas veces lo olvidaste. ¿Cuántas veces nos percatamos de que aquella puerta golpeaba tenazmente contra su marco abatida por el viento? ¿Cuántas veces golpeó la puerta sin que nosotros, que estábamos allí, entregados a esa ceremonia que figura la agonía de un supliciado, nos hubiéramos dado cuenta?

Ahora puedes dejar de contar.

Capítulo III

Para poder resolver el complicado *rebus* que plantea el caso, es preciso, ante todo, ordenar los hechos cronológicamente, desposeerlos de su significado emotivo, hacer, inclusive, antes de ese ordenamiento en el tiempo, un inventario pormenorizado de ellos, independientemente del orden en el que tuvieron lugar en el tiempo. Olvidemos por ahora nuestras propias indefinidas personas. Tenemos una vaga constancia de la existencia de un número indeterminado de hombres y de un número impreciso de mujeres. Uno de los primeros y otra de las segundas han realizado o suscitado la realización del acto llamado carnal o

realizado o sugerido la realización del acto llamado *canal o coito* en un recinto que bien puede estar situado en la casa que otrora sirviera para las representaciones del Teatro Instantáneo del Dr. Farabeuf o bien en una casa situada en las proximidades de una playa, sobre una cama cerca de cuya cabecera, sobre una mesilla de noche en la que asimismo se encontraban unos frascos conteniendo desinfectantes o drogas analgésicas, o bien sobre una pequeña consola de hierro con la cubierta de mármol en la que igualmente se encontraban depositados algunos instrumentos quirúrgicos, algunos algodones manchados con excrecencias cruentas, uno de los dos, muy probablemente el hombre, había dejado olvidada, cuando menos por lo que se refiere a su propia memoria y durante el tiempo que pudo haber durado el acto anteriormente nombrado —canónicamente un minuto nueve segundos de acuerdo con el precepto *ab intromissio membri viri ad emissio seminis inter vaginam*, un minuto ocho segundos para los movimientos propiciatorios y preparatorios; un segundo para la *emissio* propiamente dicha—, pero no por la mujer durante esa misma duración, canónicamente casi instantánea de un segundo según el precepto “... *quo ad feminam, emissio seminis inter vaginam coitum est*”, una fotografía que representa la ejecución capital de un magnicida mediante el suplicio llamado *Leng Tch'e* o de los Cien Pedazos. Las circunstancias que conducen lógicamente a hacer esta composición de lugar pueden resumirse más o menos de la siguiente manera: un hombre y una mujer han salido a dar un paseo por la playa al atardecer. De esto existen pruebas de

relación verbal ya que ambos han mencionado en repetidas ocasiones, y cada uno por su parte, ciertos hechos coincidentes como, por ejemplo, el encuentro que tuvieron durante este paseo con una dama de edad, vestida de negro, que caminaba por la playa seguida por un perro de la raza llamada *French poodle* o *caniche*, así como el espectáculo, por muchos conceptos significativo, de un niño rubio que construía, durante el trayecto de ida del hombre y la mujer, un castillo de arena que ya habría sido arrasado por la marea durante su trayecto de regreso. Esto se deduce del hecho de que ambos coinciden en la afirmación de que de regreso a la casa en la que algunos minutos más tarde había de realizarse el acto infamante anteriormente mencionado, aquel niño rubio ya no se encontraba en la playa y la construcción que había erigido había desaparecido casi por completo, no quedando de ella sino unos montículos informes que seguramente, para el momento en que se produjera el fenómeno consignado en los cánones mediante la fórmula “... *emissio inter vagina*”, habrían desaparecido por completo disueltos en la marejada. Ellos mismos han declarado que durante el trayecto de retorno pudieron percatarse —aunque sólo fuera por la contingencia circunstancial de un hecho en el que se combina un fenómeno de traslación rápida de un cuerpo en el espacio con la recolección de un ejemplar biológico, un zoofito oceánico, seguramente del grupo de los equinodermos, seguramente del orden de los astérides, probablemente una *Asteria rubens* o quizá una *Asteria aurantiaca*— de que “... la marea, al subir, había derribado el castillo de arena y sólo

quedaban vestigios informes de esta construcción, apenas discernibles...”, pero lo suficientemente concretos como para deducir de su apariencia, en el caso de que la construcción terminada no hubiera sido vista durante el trayecto de ida hacia los farallones, la existencia anterior de una escultura de arena que representó un *krak* o fortificación medieval como las que en ruinas abundan en el norte de África y en las costas e islas del Mediterráneo oriental y que la imaginación caprichosa de un niño había intuido, ya que es altamente improbable suponer que hubiera realizado este juego escultórico con conocimiento de causa o pretendiendo realizar una reconstrucción fidedigna a partir de alguna teoría erudita sobre la arquitectura de este tipo de edificaciones. Prosiguiendo su *promenade*, el hombre y la mujer se dirigieron, después de haber pasado de largo ante el niño que estaba aún dando los toques finales al castillo de arena, hacia un farallón en la cúspide, cima o promontorio en el cual se sentaron durante algunos minutos para contemplar el mar. Durante este corto descanso el hombre tomó una fotografía de la mujer en el momento en que ella hacía una pregunta o hacía notar un hecho inusitado cuya verdadera naturaleza, si bien sabemos que es intrascendente, ignoramos. Después de esto iniciaron el retorno a la casa, trayecto durante el cual pudieron percatarse de la elevación creciente de la marea así como de la destrucción paulatina del castillo de arena, a pocos pasos de cuyas ruinas informes la mujer recogió una estrella de mar, la existencia de la cual, por demás evidente, subrayó haciendo mención del hecho de que dicha estrella era visible a la vez que

MEMORIA DEL HECHO de que una escultura era visible a la vez que tangible, dirigiéndose al hombre antes de lanzarla, indiferentemente pero no sin haber experimentado entre sus dedos una sensación inquietante y vagamente repugnante, a las olas. Llegado ese momento se suscita un hecho curioso y, hasta cierto punto, inexplicable: la mujer echa a correr a lo largo de la playa. El hombre no pretende, de inmediato, seguirla, pero ella, una vez que se ha alejado de él, se detiene bruscamente volviéndose hacia el hombre que ha quedado atrás, que la mira fijamente y que, cuando el rostro de la mujer, que se ha vuelto bruscamente hacia él y encuentra el rostro del hombre, éste, por un momento, no la reconoce porque piensa que se trata de otra mujer.

Este hecho, entre todos los que pueden haber ocurrido, nos sigue pareciendo inexplicable, si bien no debemos dudar de que haya ocurrido. Como quiera que sea, en nuestro afán por elucidar este misterio sólo hay un indicio que nos puede ayudar: la fotografía hecha por el hombre en la cima del farallón, ya que ella permitiría saber quién era la mujer del trayecto de ida, aunque no nos permitiría saber quién era la mujer del trayecto de regreso que sería, qué duda cabe, la mujer que excitada sexualmente por la fotografía del *Leng Tch'é* se entregó al hombre mediante el acto llamado carnal o *coito*, inducido, como es de suponerse, por la insistente presentación a la mirada de ella de una copia fotográfica que reproducía, a mayor tamaño del de la placa de nitrato de plata original, y con gran precisión de detalle, un antiguo *cliché* sobre vidrio, impresionado en una

techa que conocemos con toda exactitud ya que sabemos, por una circunstancia fortuita —pero no; debida tal vez a esa lluvia insistente que ha estado cayendo— que el suplicio llamado *Leng Tch'é* figurado en esa fotografía, empleada como imagen afrodisiaca por el hombre en la mujer, fue realizado, según un viejo ejemplar del *North China Daily News*, encontrado en un desván de la casa y empleado para proteger el *parquet* en esta tarde lluviosa, el 29 de enero de 1901, época en que las potencias europeas habían ocupado militarmente ciertas ciudades de la costa nororiental de China para garantizar la seguridad de sus nacionales después de la cruenta rebelión de los miembros de la sociedad *I jo t'uan* mejor conocidos como los *Boxers*...

—No se puede negar que tiene usted el don de la recapitulación de los hechos. La claridad de su pensamiento es asombrosa. Los hechos, según la relación que de ellos ha hecho usted, encajan perfectamente unos dentro de otros, como las partes de una máquina, como el puñal en la herida digamos o como las esferas que componen el clatro, ¿no es así? Su pensamiento es lúcido. Yo me atrevería a llamarle después de esta descripción tan cristalinamente pormenorizada, “El Geómetra”, ¿le parece a usted bien? Sin embargo ha hecho usted abstracción de un dato que no carece por entero de cierta importancia; imagino que lo habrá usted hecho *ex profeso*, para simplificar el curso de su admirable lógica y apresar con mayor claridad y prontitud sus espléndidas conclusiones. Se trata de un hecho que por ningún concepto debe ser dejado de lado al

hacer cualquier apreciación acerca de la existencia, propia o ajena, ya que de él deriva un sinnúmero de posibilidades capaces de trastocar radicalmente el sentido de nuestro pensamiento; me refiero al hecho posible, aunque desgraciadamente improbable, de que nosotros no seamos propiamente nosotros o que seamos cualquier otro género de figuración o solipsismo —¿es así como hay que llamar a estas conjeturas acerca de la propiedad de nuestro ser?— como que, por ejemplo, seamos la imagen en un espejo, o que seamos los personajes de una novela o de un relato, o, ¿por qué no?, que estemos muertos. Usted ha hecho abstracción de esta posibilidad, ¿no es cierto? Es preciso que me diga usted si es que me he equivocado o bien si es posible desentenderse de esta posibilidad enojosa y llegar a las mismas conclusiones demostrables a las que usted, sin duda, con la lucidez que le caracteriza, llegará aun a pesar de la posibilidad de que usted mismo, cuando ignora la posibilidad de ser un “solipsismo”, un nombre mencionado en una carta encontrada entre las páginas de un libro viejo, no sea sino eso: un solipsismo más, la creación de un novelista fantasioso e inhábil, “... un nombre escrito sobre el agua”. ¿Acaso me equivoco?

Es un hecho, por ejemplo, que alguien —la mujer— ha planteado una interrogación turbadora respecto al hecho de que durante un incidente que por muchas razones guarda similitud mecánica con el incidente de la playa, el hombre miraba fijamente algo que estaba reflejado en un espejo.

¿Por qué cuando tomaste mi mano en la tuya tus ojos estaban fijos en el reflejo de aquel cuadro? Hubieras querido conocer el significado de aquellas mujeres emblemáticas que reclinadas en los bordes marmóreos de un sepulcro clásico ofrecían, una, cubierta con espléndidos ropajes —del lado derecho del cuadro—, una mirada enigmática, llena de lujuria etérea; la otra, desnuda, cubierto el pubis con un lienzo blanco, que en un ademán sagrado, con el brazo levantado parece ofrecer a la altura una pequeña ánfora. Las letras que forman el nombre del autor y el título ambiguo de aquella pintura bellísima e incomprensible se reflejaban invertidos en el espejo... ¿por qué tus ojos en los que ardía la fiebre provocada por esa sensación que mi mano había producido en la tuya se posaban inmóviles sobre esa escena representada allí y cuyo significado ignoramos?

¿Ve usted? La existencia de un espejo enorme, con marco dorado, suscita un equívoco esencial en nuestra relación de los hechos.

Atengámonos pues al análisis mecánico de las direcciones en que todos los movimientos, todos los gestos que fueron efectuados o figurados durante aquel instante, fueron realizados. Volvamos nuevamente sobre nuestros pasos, confrontemos la declaración de los protagonistas con nuestra propia experiencia visual de sus actos si es que podemos visualizarlos en nuestra imaginación. Según la declaración de la Enfermera, la mujer, al dirigirse hacia la ventana, siguió una trayectoria que iba de

izquierda a derecha. Dicha trayectoria la Enfermera no la percibió sino reflejada en el espejo desde el pasillo en el que se encontraba sentada ante una mesa, consultando la ouija o tratando de formar un hexagrama mediante el estudio de la disposición de las monedas al caer. En tal caso, ¿a qué se debe que en su descripción de la copia del cuadro —se trata en realidad de una famosa tela del Renacimiento veneciano— la otra mujer (o tal vez la Enfermera misma) la haya descrito de tal manera que el emplazamiento de los dos personajes principales de la pintura —que representan simbólicamente “el amor sagrado” y “el amor profano”— se encuentra trastocado. El personaje que en realidad está a la derecha ha sido visto por ella colocado del lado izquierdo de la tela y *vice versa* en lo que toca al personaje que en realidad aparece del lado izquierdo de la pintura. Esto quiere decir que de acuerdo con las leyes de la óptica clásica, la Enfermera no pudo haber presenciado ese hecho substancial en el que los otros, el hombre y la mujer que figuran en su mente la llamada “imagen de los amantes”, o sea la imagen que en su recuerdo representa el instante en el que la mano derecha de ella entra en contacto con una de las manos del hombre que junto a la pared, a un lado del cuadro cuya imagen reflejada en el espejo contemplaba, ese instante en que las manos entraban en contacto no pudo ser reflejado por el espejo ya que éste sólo podía reflejar el otro lado de la mujer, o sea su lado izquierdo que era el que daba hacia la superficie del espejo. En el caso de esta “imagen de los amantes” o bien se trata de una mentira o bien de una hipótesis de la Enfermera. o

... como se trata de un hecho fundado en la experiencia de los sentidos, lo que equivaldría a proponer una identidad definitivamente inquietante: o sea que la Enfermera, sentada en el fondo del pasillo, ante una mesa, consultando la ouija o el *I Ching*, y la mujer que cruza velozmente la estancia frente al hombre que contempla el reflejo de una pintura de Tiziano en el espejo, y que al pasar junto a la mesilla en la que algunos minutos después, o quizá muchos años antes, eran depositados algunos instrumentos quirúrgicos, golpearía la base de hierro de esta mesilla con la punta del pie produciendo un ruido metálico, son la misma persona que realiza dos acciones totalmente distintas: una de orden pasivo: contemplar el reflejo de sí misma en un espejo, y otra de orden activo: cruzar velozmente la estancia en dirección de la ventana, simultáneamente...

—Nos aburre usted con sus descripciones pormenorizadas de la situación en la que nos encontramos. La situación es un hecho, no una idea que puede ser llevada y traída. Olvida usted sus orígenes, maestro. Hubo un tiempo en que usted y sus compañeros compusieron una canción obscena. Era usted un estudiante de medicina pobre, venido de la provincia. No debe usted olvidar eso. No pretenda ahora desvirtuar la imagen que nos hemos hecho de su juventud mediante todos esos discursos tediosos acerca de la óptica clásica. Aténgase usted a su maravillosa habilidad práctica, reconocida en todo el mundo. Debe usted atenerse al don de exposición preciso y sintético en la descripción de sus carnicerías que ha hecho de su *Précis de*

la descripción de sus camisas que ha hecho de su *Recis de Manuel Opérateur* el texto clásico en su género, estudiado acuciosamente en todas las facultades del mundo. ¿Qué importa, después de todo, la identidad de esa mujer que cruzó el salón para dirigirse hacia la ventana? Sabemos, ante todo, que se trata de una mujer amada por un hombre, ¿no basta este dato intangible para definir con mayor precisión su identidad que si conociéramos su nombre?

(Pero —pensó la mujer en el momento de detenerse bruscamente y en el momento de discernir una silueta borrosa que apenas lograba definirse claramente en los vidrios empañados—, ¿quién es ese hombre que se ha detenido frente a la casa bajo la lluvia y que clava la vista en estas ventanas? Su mirada es tan presente en la penumbra...)

En aquel momento empezó a caer la noche. Esta impresión había cobrado evidencia con la mirada de aquel hombre (“...de aquel desconocido”) inmóvil, con la vista fija en la ventana y que, tal vez, evocaba un recuerdo lejano al cual ahora nosotros estábamos íntimamente ligados. Su presencia es como la inminencia de la llegada de la noche. Algo en su mirada que parecía sondear el recuerdo nos iba quitando la luz para darnos, en vez de ella, la sombra. ¿Quién es ese hombre que lleva la noche consigo dondequiera que va? Su presencia es como la premonición súbita de las sílabas de un nombre que hemos olvidado, unas sílabas rápidas pero informes.

No es del todo infundado suponer que *ese* hombre haya sido usted, maestro Farabeuf, pues existe constancia de que al llegar al Carrefour se entretuvo usted en el café La Pergola donde pidió una copa de calvados que apuró nerviosamente. Luego salió usted y dio vuelta a la derecha para seguir por la rue de l'Odéon. ¿Se detuvo usted acaso frente al número 3 de esa calle?

Permítanos ayudarle, querido maestro. Es necesario que recobre usted la imagen de su juventud. Es así como podremos apresar los datos más certeros. No olvide usted que en “sus tiempos” la lluvia empañaba los cristales igual que en nuestros días. La vida, ese proceso que se suspende y que a la vez se sintetiza en la apariencia de esa carroña que usted, querido maestro, está acostumbrado a manipular y a tasajear yerta, verdosa, inmóvil y exangüe, sobre todo cuando se trata de los cadáveres de hombres y mujeres que han sido muertos violentamente, *caro data vermibus* en fin, ¿es acaso diferente ahora de lo que era entonces? Usted está en contacto con esa esencia inmutable hasta cierto punto que es el cuerpo —maloliente o perfumado, terso o escrofuloso—, pero siempre el mismo en realidad; los órganos, para los efectos del interés que en usted provocan, son iguales ahora que entonces y la lluvia que empaña los cristales o que empapa los hombros de su abrigo es ¿o no? la misma lluvia que caía en Pekín aquel día en que usted, acompañado de su amante (sí, doctor Farabeuf, *de su amante*), con grandes trabajos, tratando de que su aparato fotográfico no se mojara,

profiriendo las mismas imprecaciones e interjecciones que profieren en nuestros días, aun en los lugares públicos, los obreros y la gente de la clase inferior adicta a los partidos radicales, se abrió paso a codazos y empujones entre una muchedumbre estupefacta hasta conseguir profanar y perpetuar esa imagen única en la historia de la iconografía erótico-terrorística; usted que se deleita disminuyendo, mediante sus afiladas cuchillas, la extensión del cuerpo humano, usted querido maestro, que en una noche de delirio concertó un convenio singular con una puta vieja a quien los estudiantes de medicina llamaban *Mademoiselle Bistouri* o bien “La Enfermera” por su marcada proclividad, como el personaje de Baudelaire, a acostarse indiscriminadamente con preparadores de anfiteatro y manipuladores de cadáveres.

No puedes decir que se trataba de una “investigación” simplemente. Algo había en todo ello que te ha turbado desde aquel día —aquel 29 de enero—, ¿recuerdas?

¿Piensas acaso que aquellos hombres que se afanaban silenciosos en torno a él estaban realizando una “investigación” semejante a las que se realizan en la carroña de los asesinos guillotinado y de los asesinados en la noche, en el Gran Anfiteatro?

Durante todos estos años yo he tenido la paciencia de hacer un acopio exhaustivo de todos los detalles que contribuyeron a realizar ese acto que consiste en suspender el curso de una acción extrema. y sin embargo no acierto a comprender cómo

podiste tener la presencia de ánimo para organizarlo todo con tanta perfección. Es preciso que me ayudes a comprender cómo pasaron las cosas. Muchas veces pienso que no he pasado nada por alto, absolutamente nada, pero hay resquicios en esta trama en los que se esconde esa esencia que todo lo vuelve así: indefinido e incomprensible.

—¿Ve usted? Esa mujer no puede estar del todo equivocada. Su inquietud, maestro, proviene del hecho de que aquellos hombres realizaban un acto semejante a los que usted realiza en los sótanos de la Escuela cuando sus alumnos se han marchado y usted se queda a solas con todos los cadáveres de hombres y mujeres. Sólo que ellos aplicaban el filo a la carne *sin método*. En ellos descubrió usted una pasión más intensa que la de la simple investigación, y es por eso que valió de su uniforme azul y sus polainas blancas, abriéndose paso a codazos y a empujones se colocó usted frente al “hecho” para crear en medio de él un espacio de horror después de haber colocado pacientemente su enorme aparato fotográfico, perfectamente emplazado mediante niveles y plomadas. Hubo algo, no obstante, que en el primer encuadre le desagradó cuando se asomó por primera vez al vidrio despolido con la cabeza cubierta por una franela negra: el letrero en inglés de una casa comercial que aparecía en el fondo de la composición. Pero al cabo de una breve reflexión llegó usted a la conclusión de que en realidad ese letrero no importaba, pues era posible recortar posteriormente el cliché a la medida de sus deseos: ¿no es así?

posteriormente el cierre a la medida de sus deseos, ¿no es así? No trate usted de confundirnos. Se puede decir que nosotros estamos en posesión de todos sus secretos y entre ellos uno es de suma importancia para usted. Suponemos que ya sabe de lo que se trata, ¿o no?

—Según el reporte meteorológico del *North China Daily News*, que por una circunstancia *apparentemente* fortuita hemos podido consultar, llovía; era un día nublado y lluvioso típico del norte de China en invierno. De acuerdo con la situación geográfica y la época del año, el *British Photographer's Yearbook* para el año 1900, segundo año de su publicación, recomienda, en el caso de emplearse la emulsión más sensible que existía en aquel entonces —marca Blitz, fabricada en Alemania—, una exposición mínima, dadas las condiciones fotométricas hipotéticas ideales, de un segundo. Esto, además de ser un lapso significativo quiere decir que usted, querido maestro, en ese lapso de tiempo diminuto, congeló el “suplicio” para traer consigo, como lo hacían los demás soldados de la Fuerza Expedicionaria con los paipai, los “clatros” —esas esferas talladas unas dentro de otras—, los chales de seda natural, las figuritas de jade, los abanicos de rajás de bambú, un *souvenir*: una fotografía que tiempo después descuidadamente dejó usted olvidada junto con algunas preparaciones anatómicas conservadas en fórmol, unos libros y algunos instrumentos enmohecidos, en los desvanes de una casa, con la intención —sí, con la *intención* cabal, de que algún día fueran encontrados. No pretenda que ignora el respecto a su verdadera identidad

pretenda engañarnos respecto a su verdadera identidad mediante esos trebejos inútiles o haciéndose pasar por empresario de un curioso espectáculo ambulante. Haga memoria; trate de recordar. ¿Está usted seguro del contenido de ese baúl olvidado? ¿No concibe usted la posibilidad de haber dejado en aquella casa algo más cuya existencia bastaría para trastocar *todas* las conjeturas acerca de quién es usted? ¿Unos borradores, o las cartas mismas quizá, dirigidas a una persona a quien usted, señor abate, daba el tratamiento de Eminencia Reverendísima y que luego le fueron devueltas para no comprometerlo con los radicales, eh?

Aquella tarde, por ejemplo, Farabeuf llegó frente a la casa. Su mirada recorrió en un instante la fachada. Al levantar la vista para ver nuevamente la placa de fierro esmaltada con el número tres, una gota de lluvia cayó en uno de los cristales de sus anteojos y la visión de aquel cuerpo inmóvil detrás de los cristales de la ventana se turbó desvaneciéndose lentamente. Cruzó la calle en dirección de la verja. El maletín comenzaba a pesarle demasiado. Al traspasar la puerta cerró el paraguas y comenzó la lenta ascensión de aquella escalera empinada, haciendo resonar sus pasos sobre los escalones desvencijados en los que las suelas de sus botines ortopédicos iban dejando una huella de humedad hasta que llegó jadeante al primer descanso. Allí se detuvo, apoyado en el barandal, después de depositar el maletín en el suelo, a recobrar el aliento. Su respiración se oía como un gemido entrecortado, apenas

perceptible, pero presente y real, a lo largo de los corredores, a lo alto de aquel cubo oscuro en el que apenas se distinguían los objetos, los accidentes de esa decoración derruida, precaria, jadeante en un esfuerzo por persistir como la respiración de Farabeuf. “¡Cómo cambian las cosas!”, pensó antes de volver a empuñar el maletín. Al hacerlo, los instrumentos cuidadosamente envueltos en los lienzos de lino produjeron un tintineo apagado. Sólo Farabeuf se percató de ello y, sin embargo, no hubiera podido jurar que ese ruido remotamente metálico había sido producido por él mismo en el interior de aquel viejo maletín de cuero negro o —¿acaso no hubiera sido posible?— si había sido producido en el interior de alguno de los salones de aquella casa. Era indudable que se trataba de un ruido, sí, remotamente metálico, producido tal vez accidentalmente por el roce de algo impreciso y humano contra algo definido e inanimado, por la caída de unas monedas sobre una mesa, por el deslizamiento de una tablilla. Farabeuf conjeturaba acerca de estas posibilidades mientras ascendía ya, apoyándose pesadamente en el barandal de bronce, el segundo tramo de aquella escalera tortuosa, empinada, oscura...

Estoy seguro de que tú lo recuerdas. Estoy seguro de que tú eres capaz de evocar con todos sus detalles esos minutos.

Sí, recuerdo. La lluvia había cesado, pero cuando oímos sus pasos desde la escalera, comenzó a llover nuevamente y todos nos quedamos quietos, fijos en mitad de un gesto inconcluso como si la voluntad de un tormentero nos hubiera oscurecido en

COMO SI LA VOLUNTAD DE UN TAUMATURGO NOS HUBIERA ESCULPIDO EN esa quietud en la que sólo lo que nos era verdaderamente ajeno proseguía dentro del curso de la vida. Una mosca volaba zumbando cerca de la ventana. La tablilla de la ouija se hubiera movido, animada por una fuerza imponderable, señalando erráticamente las letras negras, o las monedas hubieran caído en una de las cuatro disposiciones posibles: tres *yang*, dos *yang* y un *yin*, tres *yin* o dos *yin* y un *yang* al tiempo que el fonógrafo adosado al muro, entre las dos ventanas, repetía para siempre un mismo grito cuyo significado ponía en evidencia, aunque de una manera indirecta, la esencia trinitaria de algo que iba a acontecer: el encuentro con Farabeuf, expresado en la raíz matemática, fundada en los trigramas combinados, del procedimiento adivinatorio.

Farabeuf, mientras tanto, mientras ascendía fatigosamente aquellos peldaños y después de haber formulado una reflexión por demás vulgar acerca de los efectos que produce el transcurso del tiempo sobre los objetos inanimados, concluyó una meditación acerca de la persistencia del recuerdo, iniciada con anterioridad a la meditación acerca de los efectos del transcurso del tiempo. “En efecto, existe algo más tenaz que la memoria —pensó—: el olvido.” Una conclusión sorprendente y contradictoria si se tiene en cuenta que inmediatamente después de formulada, la misma mente que la había formulado se vio asaltada, de improviso, por un recuerdo: el recuerdo de lo que sucedió aquel día.

Explíquese y expláyese, maestro.

Pekín, día lluvioso; época del *ta han* del trigésimo séptimo año del ciclo sexagenario del *niou* o del Buey, bicentésimo sexagésimo primero de la instauración de la dinastía Ch'ing o Manchú, vigésimosexto año del reinado del Emperador Kuang-hau, regencia de la Emperatriz Viuda Tzu-hsi...

Ese tipo de detalles ofrece poco interés.

Está bien, trataré de ser sinóptico. Era un día lluvioso. Pekín. 1901. Enero de 1901. Empezaba a caer la tarde. Por aquel entonces sólo había dos cosas que me interesaban: la cirugía de campaña y la fotografía instantánea. Fueron éstos los intereses que me llevaron a China con la Fuerza Expedicionaria. Como es sabido, supongo, ¿no?, sigo conservando el interés por la cirugía; la fotografía ya no me interesa si bien llegué a conseguir placas verdaderamente excelentes. Algunas de ellas, recuerdo, fueron elogiadas por mi maestro y colega el gran Marey, otras fueron publicadas en el suplemento a la edición de Germer Baillère de la obra monumental de Muybridge sobre la locomoción humana.

—No nos interesan sus antecedentes bibliográficos. Queremos saber lo que sucedió en Pekín. ¿Cómo logró usted esas placas? Ya sabe a cuáles nos referimos...

—Aquella expedición era de poco interés desde el punto de vista médico. Es cierto que el acuartelamiento de las tropas

presentaba problemas de orden sanitario, sobre todo después de que el sitio del Barrio de las Legaciones había sido levantado y que las tropas tuvieron que ser acantonadas en el Barrio Tártaro. Fueron unos marinos ingleses los que me dieron el dato. Lo habían leído en el periódico inglés. Decidí aprovechar la oportunidad. Lo primero que hice fue documentarme. El doctor Matignon, médico de la Legación, antiguo residente en China, me explicó los orígenes y el procedimiento con todos sus detalles. Debo decir que el procedimiento carece por completo de sutileza. Mucho se ha hablado del refinamiento de los chinos en estos aspectos, al grado de que la expresión “tortura china” se ha convertido en sinónimo de refinamiento cruel, sin embargo yo creo que la cirugía occidental, aun en condiciones de la mayor adversidad —recordemos si no lo que han sido los campos de batalla del setenta o inclusive del catorce-dieciocho— en que, lo digo con toda modestia, bastaba un parpadeo para hacer la amputación de una pierna en la cadera o la amputación del maxilar superior —una de las más grandes proezas de la cirugía de campaña. El *Leng Tch'é*, por el contrario, es la exhibición tediosa de una inhabilidad manual extrema; sobre todo si se tiene en cuenta que las ligaduras aplicadas previamente al paciente —para llamarlo de alguna manera— para retenerlo atado a la estaca, producen una distensión tal y muchas veces el rompimiento traumático de las fías y tendones que circundan las articulaciones, que cualquier cirujano de provincia de aquí no tendría más que apoyar el filo de la cuchilla —una cuchilla alarocada ligeramente curva y aguda como la

—una cuchilla alargada, igualmente curva y aguda, como la clásica de Larrey para la amputación de la mano, o la mía para la resección de la rótula en un tiempo que fabrica Collin—; decía yo que no es necesario sino aplicar el filo de la cuchilla justo en la articulación para que a la más leve presión ¡paf!... de un lado salte el miembro amputado y del otro quede un muñón de bordes limpios y perfectos. No hay peligro de hemorragia pues las ligaduras hechas de cáñamo chino —*canabis sinensis*— actúan de la misma manera que el collar hemostático de Lhomme. Con todas estas ventajas los chinos hacen verdaderas carnicerías. Sus suplicios no tienen ni siquiera la nitidez y la perfección de tajo de nuestra guillotina. Esto se debe sobre todo al empleo de sierras como se puede ver en la fotografía. Un buen cirujano, en realidad no las necesita jamás cuando se trata de hacer amputaciones en la coyuntura de las articulaciones. Si el empleo de una sierra es indispensable no hay ninguna mejor que mi propia sierra de cadenilla o la sierra filiforme flexible de Gigli para las pequeñas amputaciones —sobre las falanges, por ejemplo— o mi gran sierra de hoja móvil —una innovación verdaderamente revolucionaria en la historia del instrumental quirúrgico— para las grandes. Uno de los principios fundamentales de la cirugía —como de la fotografía— es la nitidez. Las sierras, a no ser que sean manipuladas a una rapidez extrema y en una sola dirección y no en ambos sentidos, producen desgarraduras, bordes irregulares de los cabos óseos que dificultan la sutura de los labios del muñón y, sobre todo, como siempre lo he dicho, producen lo que es el peor enemigo

de un buen cirujano: rebaba de cartilago y serrin óseo. Es preciso tener presente una cosa: con una cuchilla suficientemente afilada se puede cortar cualquier cosa. Con una cuchilla suficientemente bien afilada se puede cortar en dos, inclusive, otra cuchilla. El filo de la cuchilla hace la grandeza del cirujano. Dad a Vesalio o a mi maestro, el gran Larrey, una cuchilla sin filo y os percataréis de que toda su habilidad no sirve para nada...

—Sí, pero es preciso, maestro, que nos describa usted ahora el procedimiento *fotográfico*...

—El procedimiento fotográfico tampoco presenta mucho interés. Ahora, sobre todo, es posible fotografiar cualquier cosa. Hasta en la oscuridad. En aquel entonces también era posible, aunque con mayor dificultad. Conocéis sin duda el retrato de Baudelaire hecho por Carjat treinta y ocho años antes de la expedición a China. En mi caso todo fue cuestión de paciencia y de disponer las cosas con precisión, de calcular la exposición, de tener en cuenta todos los factores que intervenían en la operación, en el procesamiento de las placas. Sabéis sin duda que la temperatura atmosférica afecta, acrecentándola o disminuyéndola según sea el caso, la sensibilidad de las emulsiones hechas a base de nitrato de plata. El periódico inglés era el único que en aquellos lugares publicaba previsiones meteorológicas. Conseguí hacerme del ejemplar de aquel día así como de ejemplares de los días anteriores para calcular el promedio y así poder determinar la sensibilidad, si no exacta, sí segura de las placas de acuerdo con la temperatura. Tomé todas las disposiciones. Llegué al lugar

indicado, coloqué mi aparato —una magnífica Pascal de modelo muy reciente entonces, con un objetivo excelente—, encuadré pacientemente alejando a los curiosos que se mostraban interesados en mi aparato o que inadvertidamente se interponían entre éste y mi sujeto “*Chandzai ipién*”, gritaba con la cabeza cubierta por el paño de franela negra, “*Chandzai ipién...*” Los curiosos se hacían a un lado sumisos; después de todo nosotros éramos la fuerza de ocupación en una ciudad franca...

En el segundo descanso de la escalera Farabeuf volvió a depositar su maletín en el suelo y apoyado en el barandal se enjugó la frente perlada de sudor con un enorme pañuelo de seda y luego siguió subiendo jadeante.

Y tú, al detenerte bruscamente antes de llegar al reborde de aquella ventana, te volviste hacia la puerta. Tus ojos estaban inmensamente abiertos y tu boca también entreabierta, suspensa en el acto de hacer una pregunta; una pregunta acerca de la posible identidad de alguien. ¿O se trataba acaso de una frase, acompañada de un gesto de tu mano que señalaba, para llamar la atención hacia él, con el índice, un signo trazado sobre la humedad de los cristales?

La perilla de bronce de la cerradura giró lentamente. “¿Quién?”, parecías estar diciendo cuando volviste apenas la cabeza hacia la puerta sin atreverte cabalmente a mirarla de frente. Farabeuf entró, pero no dijo nada. Su presencia allí se convirtió de pronto en un hecho sobrentendido. Con peso fatigado cruzó la

en un hecho sobreenfático. Con paso taugauo cruzó la estancia hasta llegar a la mesilla con cubierta de mármol; uno de sus pies, calzado con un botín anticuado, chocó inadvertidamente contra la base de hierro de la mesilla produciendo un ruido que se perdió luego en el fondo de la casa. Del borde de la cubierta de mármol colgó el paraguas que goteando lentamente iba dejando manchas de agua en las páginas de los periódicos viejos extendidos sobre el *parquet* desde la puerta de entrada hasta el pasillo. Colocó después cuidadosamente el maletín sobre la cubierta de mármol... Sus manos parecían haberse hecho agilísimas en ese momento. Lo mirábamos de soslayo, pero pudimos ver cómo las articulaciones hinchadas de sus dedos artríticos adelgazaban, dándole una apariencia afilada y certera a las puntas entre las cuales iban surgiendo, uno a uno, los instrumentos que sacaba del fondo del maletín, retenidos suavemente, con la delicadeza con la que se manipula una flor rara o un insecto curioso traspasado por un alfiler. Las hirientes cuchillas, las tenacillas, los canalizadores, los espejos vaginales, relucían en aquella penumbra dorada, surcada apenas por los últimos rayos del sol. Todas aquellas filosísimas navajas y aquellos artilugios, investidos de una crueldad necesaria a la función a la que estaban destinados, adquirirían una belleza dorada, como orfebrierías barrocas brillando en un ámbito de terciopelo negro, fastuosos como los joyeles de un príncipe oriental que se sirviera de ellos para provocar sensaciones voluptuosas en los cuerpos de sus concubinas, o para provocar torturas inefables en la carne

anónima y tensa de un supliciado cuya existencia estaría determinada por el olvido tenaz, a lo largo de un milenio, de quienes un día habrían de contemplar, súbitamente, en un momento único, su imagen desvaída, estática y extática, congelada para siempre en una apariencia borrosa, en una fotografía manchada por el tiempo. Entre todos estos instrumentos Farabeuf eligió una enorme cuchilla cuyo filo acercó a sus ojos miopes para admirarlo ensimismado durante algunos instantes, depositándola luego sobre el mismo lienzo del que la había desenvuelto y que estaba colocado junto a los demás instrumentos que cada vez brillaban menos, conforme iba cayendo la noche. Farabeuf extrajo entonces un par de guantes de hule que dejó descuidadamente sobre la mesilla. Sacó luego un pequeño frasco azul que retuvo en la mano después de haberlo destapado. Con una voluta de algodón empapada en el líquido que contenía el frasco se limpió cuidadosamente las manos hasta las muñecas, operación que repitió sobre los guantes de hule una vez que se los había puesto. Éstos se adaptaban a sus manos afiladas con una tensión que les daba una apariencia siniestra, como si fueran las manos de un cadáver. Alzadas en un gesto hierático y ritual, sosteniendo en la derecha el afiladísimo bisturí que había seleccionado, Farabeuf se dirigió hacia el pasillo, con la cuchilla en alto: un gesto religioso, inexplicable y como premonitorio de un crimen, dejando por donde iba un rastro de emanaciones de quirófano. Iba al encuentro de la Enfermera que lo aguardaba inmóvil en el fondo de aquel pozo de sombra, dispuesta a un sacrificio inconfesable.

Al llegar ante ella Farabeuf inclinó la cabeza. Ella, que estaba vestida con su viejo uniforme blanco y tocada con la cofia de velos grises que apenas dejaba ver su cabellera lacia y rubia, sin levantar los ojos, se puso de pie y se dirigió hacia él que, indicándole la manija de la cerradura con un gesto brusco de la cabeza, hizo que ella abriera la puerta pintada de blanco de ese cuarto y siguiéndola entró tras de ella. La puerta se cerró. Pasaron algunos instantes; un minuto nueve segundos. De pronto se oyó ese grito, su grito, un grito que hizo caer la noche definitivamente y que despejó el cielo. Como un rostro visto a través de la ventanilla de un tren en marcha, al producirse el grito de aquella mujer, tú pudiste ver, fugazmente, la amplitud magnífica de un cielo estrellado, y escuchaste, viniendo de la ventana que da sobre el jardín abandonado, con toda claridad, ¿no es así?, el tumbo acompasado de las olas, ¿recuerdas?

Capítulo IV

El olvido es más tenaz que la memoria.

Mire usted, ponga atención, es preciso que no olvide usted este delicado procedimiento. Es preciso que lo recuerde usted con todo detalle.

Tienes que concentrarte. Ésa es la regla del juego. Tienes que concentrarte para que ahora jamás lo olvides. Escucha bien esa música. Es preciso que la recuerdes. Es preciso que ese momento se fije en tu memoria. Es preciso que ahí, congelados,

inmóviles, nos retengas para siempre como has retenido el rostro que viste aquella tarde, ¿recuerdas?

... Ahora recuerdo, no sé por qué, un paseo que tal vez nunca dimos, por un parque, a la orilla de un estanque, en una ciudad lluviosa que no conocemos. Las palomas, al volar, producían un silbido agudo que nos inquietaba, algo como el aviso de una catástrofe, el llamamiento hacia un espectáculo desquiciante...

Ha cruzado esta estancia; su cuerpo se distingue apenas en la sombra. Hay una mirada que desde el fondo del pasillo sigue su movimiento, intuido vagamente en la imagen que devuelve el espejo. Al llegar a la mesilla su pie roza la base de hierro de ésta en la que están figuradas las garras de un tigre que retienen una esfera y este golpe produce un ruido metálico que se fuga poco a poco hasta el fondo de la casa; un ruido que se olvida fácilmente. Nosotros mismos nos quedamos encerrados dentro de ese olvido hermético, infranqueable, y ella —la otra— nos mira reflejados en ese enorme espejo enmarcado en oro; nos mira a los dos que nos miramos a través del espejo y así nos comunicamos y nos tocamos con la mirada recordando ese rostro que también nos mira fijamente desde aquel día en que bajo la lluvia llegamos hasta la plazoleta en la que los verdugos se afanaban en torno al condenado, ahuyentando con voces ríspidas y entrecortadas a los perros que merodeaban en torno a la estaca ensangrentada. ¿Recuerdas? Desde aquel día no sabemos cuál es el sueño, no sabemos cuál es la imagen del

espejo y sólo hay una realidad: la de esa pregunta que constantemente nos hacemos y que nunca nadie ni nada ha de contestarnos.

Cuando volvíamos a la casa después de haber estado en el farallón echaste a correr por la playa de pronto, alejándote de mí. ¿Por qué te detuviste tan cerca de las ruinas de aquel castillo de arena abandonado? ¿Por qué te detuviste allí sin darte cuenta de ello? ¿Por qué corriste? ¿Por qué cuando te detuviste allí, a unos cuantos pasos de la ruina de aquel castillo de arena derruido por la marea que avanzaba como una sombra imprecisa hacia nosotros y te volviste súbitamente hacia mí, eras otra? Eras ella que había sentido la presencia de aquellas llagas, de aquel organismo apenas contenido dentro del armazón del cuerpo humano y que nos aguardaba junto al lecho en el que tú —o tal vez ella— fue o fuiste mía, tanto que el sueño en el que nos tendimos exhaustos estaba como lleno de aquel suplicio, y esperábamos la aurora para escapar de aquellos instrumentos que nos amenazaban y que disolvían nuestro abrazo ante la mirada ávida de esos perros hambrientos y asustadizos que no pudimos fotografiar, ante la mirada de todas aquellas gentes que hablaban una lengua hecha de trinos y de aspiraciones amargas y veloces, en aquella pequeña plazoleta, apenas algo más que la intersección de dos calles, en la que el viento jugaba con los pedacitos de papel plateado; esas gentes vestidas extrañamente que nos miraban sin comprender nuestros afanes...

—Acaso fuera un sueño todo esto. Un sueño del que no despertaremos hasta que alguien, o algo, nos responda a esta pregunta que noche a noche nos hacemos: ¿de quién es este cuerpo que tanto amamos?

—¿Y si sólo fuéramos la imagen reflejada en un espejo?

—Entonces nada ni nadie podría jamás contestar esta pregunta.

Desde el fondo de aquel pasillo, sumida en la penumbra —la luz no ha cambiado: está cayendo la noche—, un olor a formol invade hasta el último resquicio de esta casa abandonada y ella sigue haciendo la misma pregunta tediosa. Farabeuf, cuando viene, la encuentra siempre en la misma actitud, con la ouija o las tres monedas ante ella, tocada con la misma cofia blanca que tiene unos vuelos de lana gris que ocultan su pelo lacio y rubio y que le caen por la espalda hasta más abajo de la cintura. Farabeuf goza de ciertos privilegios. Cuando viene, tiene el derecho a entrar en ese cuarto que a nosotros nos está vedado y cruza por el pasillo con las manos enfundadas en sus guantes de hule, levantadas y asépticas en un gesto ritual, sosteniendo apenas con las puntas de sus dedos los instrumentos que brillan violentamente cuando los tocan los últimos rayos del sol que se filtran a través de los desvaídos cortinajes de terciopelo. Ella, desde el fondo del pasillo, se pregunta la misma pregunta mientras nos mira reflejados turbiamente en ese espejo. El espejo apenas nos refleja.

¿Es que somos la imagen de una fotografía que alguien, bajo la lluvia, tomó en aquella plazoleta? ¿Somos acaso nada más que una imagen borrosa sobre un trozo de vidrio? ¿Ese cuerpo infinitamente amado por alguien que nos retiene en su memoria contra nuestra voluntad de ser olvidados?

¿Somos el recuerdo de alguien que nos está olvidando?

¿O somos tal vez una mentira?

Es preciso desechar la presunción de que somos, tú y yo, una mentira que uno, en un país remoto, bajo la copa de un árbol, cuenta a otro (dos personas que no pueden más que aparecer lejanas a quien las imagina). Sí, es preciso desechar esa hipótesis porque al pasar ante mí han ocurrido dos hechos que demuestran nuestra existencia: en primer lugar, ese espejo que pende desde hace muchos años, desde aquella tarde lluviosa en que los hombres suplicaron el cuerpo, pero no los sentidos (porque le habían administrado previamente una fuerte dosis de *iapiann*, “rebanada de cuervo”, como dice Farabeuf) del magnicida; ese espejo que pende ante nuestros ojos, cuando pasabas frente a mí reflejó tu imagen y la difundió y la dispersó hasta el fondo del pasillo y ella, que aguardaba siempre la respuesta a una pregunta en el fondo de ese pasillo, pudo ver tu cuerpo cruzar esa superficie estéril de luz, justo en el momento en que a fuerza de concentrarse balbució en voz muy baja esa pregunta. Ese espejo que nada hubiera reflejado jamás sino tu rostro, pero que yo lo hubiera visto furtivamente, pero que

rosuo para que yo lo hubiera visto intuitivamente, para que Farabeuf lo vislumbrara al pasar y adivinara tu calavera detrás de tu mirada y se hiciera un esquema frenológico de tu cráneo surcado de extrañas líneas punteadas, anotado de inquietantes topografías, estudiado minuciosamente, al fin, sobre una plancha de mármol embebida de sangre a medio coagular en uno de los sótanos de la Rue Visconti en donde lo hubiera dejado olvidado para salir caminando lentamente hasta llegar, siguiendo el Boulevard Saint Germain, deteniéndose ante los aparadores de las casas que venden instrumentos de cirugía, al Carrefour, en donde hubiera dado vuelta a la derecha para tomar la rue de l'Odéon y llegar hasta el número 3 de esa calle, ante la casa donde tu cuerpo se me abrió sin dejar rastro —sí, ese cuerpo que ahora va dejando como una larga huella sobre la superficie del espejo que pende en un muro surcado de escarabajos, sobre ese espejo que es como un universo angustioso e impenetrable dentro del que tal vez vivimos, dentro del que quizá viviremos para siempre dentro de la muerte que hemos construido pacientemente a lo largo de todos los años que han transcurrido desde que él fue supliciado en Pekín. En segundo lugar, porque al pasar junto a mí al atravesar aquel salón enorme para dirigirte hacia la ventana ante la cual te has detenido, tu mano, pequeña y torpe —una mano incapaz de manipular con habilidad el complicado amigdalotomo de Chassaignac: y sin fuerza tampoco para accionar las palancas del gigantesco osteoclasto—, una mano que sólo serviría para hacer heridas diminutas, vampíricas, me ha tocado, ha rozado mi mano y, sin querer, como quien

apresa una mariposa nocturna inadvertidamente, la retuve en mi mano durante un segundo y la sensación que me produjo era tan real como ese suplicio que todos esperamos contemplar, tan real como ese cuerpo presentido que hubiéramos amado infinitamente o que tal vez hemos amado infinitamente sin darnos cuenta, inadvertidamente, como quien apresa en la noche una falena. A no ser que tú seas ella, la otra.

Sí, la experiencia de entonces era una sucesión de instantes congelados. ¿Quién congeló esos instantes? ¿En qué mente hemos quedado fijos para siempre? Empiezo a recordar algo de todo aquello y es como si todo lo que hubiera estado contenido se vaciara hacia el mundo. Alguien, una mujer vestida con un anticuado uniforme de enfermera, está sentada ante mí, en el umbral de una puerta y mira atentamente algo que pasa frente a ella. ¿Quién es ella? ¿Qué es lo que está pasando? ¿A quién mira? Soy yo que estoy sentada en el umbral de una puerta. En medio de todo esto hay un espejo enorme con un marco dorado y una mirada inexplicable —tal vez mi propia mirada—, una mirada turbadora que acecha desde el quicio sin comprender el verdadero significado de esta escena. Sin saber ni siquiera si esa mirada es el reflejo de mi propia mirada en el espejo.

Es necesario consultar a Farabeuf acerca de todo esto. Él podrá, sin duda, esclarecer este misterio. Su larga práctica, en el esclarecimiento de cuestiones confusas, será indudablemente de inestimable valor para nosotros en estas circunstancias.

Doctor Farabeuf, tenemos entendido que el 29 de enero de 1901 se encontraba usted en Pekín. ¿Podría hacernos algunas precisiones acerca de este hecho?...

Habrías de correr hacia aquella ventana que nunca nadie hubiera abierto. Hubieras pasado a mi lado agitada, temblorosa, corriendo hacia el otro extremo del salón y al llegar hasta allí te hubieras detenido bruscamente antes de llegar al reborde carcomido por la lama y por la lluvia, sin osar mirar a través de aquella vidriera turbia. Te hubieras quedado congelada porque de pronto, en tu mente, la primera sílaba de un nombre se hubiera concretado fugazmente y por retenerla hubieras cerrado los ojos y hubieras alzado tus manos para contener el latido de tus sienes agitadas ante la posibilidad de recordar un recuerdo perdido, un recuerdo que creías perdido para siempre, y hubieras balbucido esa sílaba informe, o una sucesión de sílabas apenas perceptibles sin que ninguna de ellas fuera la que había acudido a tu mente, y sin darte cuenta hubieras cruzado toda aquella angustiosa superficie y perdiéndote en el borde dorado hubieras escapado hacia ese futuro en el que ahora ya te veo a punto de abrir una ventana al tiempo que dices en voz baja unas sílabas presurosas que nada significan aquí, ahora, pero que tal vez, si te concentras, si sigues todas las instrucciones que rigen el desarrollo de este juego, comprenderás con toda claridad, en el momento preciso en que mueras.

—Será preciso entonces morir para poder recordarlo

—Sería preciso morir para recordar, primero, para poder recordarlo...

—Sería preciso morir para recordar, primero, la pregunta que has olvidado y luego proferirla nuevamente, por boca de otro o de otra, desde el fondo de ese pasillo desde el que ya fue proferida la pregunta olvidada, y entonces esperar nuevamente a obtener la respuesta tratando de no olvidar la pregunta olvidada.

Señoras y señores, trataré de ser lo más conciso que me sea posible, aunque las circunstancias dentro de las que se plantean las posibilidades que permitirían explicar el verdadero significado de este hecho imaginario son bastante complicadas a más de imprecisas...

Te has quedado mirando fijamente ese cuadro. Tratas de comprender su significado más allá de la concreción escueta que le ha dado el pintor. Es un cuadro que encierra un misterio. Muchos, antes que tú, han especulado en torno a esta alegoría sin acertar a comprenderla. Entre todos los elementos que la componen dos son particularmente inquietantes: el niño que aparece en el centro de la composición, apoyado en el borde de la fuente en una actitud como si estuviera tratando de alcanzar algo que se encuentra en el fondo, y una escena mitológica, representada como un relieve esculpido del lado derecho de la fuente o sarcófago, justo debajo del borde en el que se apoya la mujer desnuda. Esta escena escultórica que recuerda los pequeños trabajos de Pietro Lombardo que se conservan en Venecia, representa de una manera ambigua una escena de

flagelación ritual o erótica. Un fauno, con el brazo izquierdo en alto, está a punto de azotar con una rama a una ninfa que yace tendida a su lado, recostada en una postura que recuerda con bastante precisión al hermafrodita de la Villa Borghese. La factura sumaria de este pequeño detalle dentro del cuadro daría pie, sin embargo, a suponer que se trata de una escena de combate mitológico con un carácter meramente ornamental y que el significado trascendental de la alegoría debe buscarse más bien en los cánones geométricos y matemáticos que rigen la composición *interiormente*. La aplicación de estos métodos, desgraciadamente, nos es imposible, sobre todo en esta penumbra...

—Señoras y señores... —dijo Farabeuf una vez que había logrado desposeerse de los guantes de hule. Su bata estaba manchada con excrecencias mortuorias. —Señoras y señores... —dijo bajo aquella bóveda enorme decorada con las figuras de bellísimas mujeres mitológicas pintadas por la mano admirable de Puvis de Chavannes. —Señoras y señores... —dijo mientras iba envolviendo cada uno de sus complicados y afiladísimos instrumentos en los pequeños lienzos de lino, preparados especialmente para este fin por la laboriosidad de su concubina, la llamada Mme. Farabeuf, con las sábanas viejas sobre las que Farabeuf, que entonces era un personaje oscuro, frecuentador de ciertos círculos reaccionarios, había practicado en el cuerpo de la dicha Mélanie la intervención quirúrgica llamada acto carnal o *coito*. —Señoras y señores... —dijo Farabeuf antes de

disponerse a guardar cuidadosamente los atadillos de lienzo de lino que contenían, cada uno, uno de sus curiosos y complicados instrumentos, en el maletín de cuero negro que le había sido obsequiado el día en que obtuvo, con muchas menciones laudatorias, el diploma. —Señoras y señores... —dijo cerrando al fin el maletín.

—Hubieras querido regalárte me muerta, ¿no es así?

—Sí, hubiera querido regalárte me muerta. Con ello hubiera podido conocer la respuesta a aquella pregunta. Desde el fondo de aquel pasillo ella, sin embargo, parecía estar velando la quietud de un cadáver. Su interrogación era como un rito mortuario. La lentitud con que se deslizaba la pequeña tabla sobre la ouija contribuía, sin duda, a crear esta impresión. Era un cadáver admirable en su quietud. Su inmovilidad era más que la inmovilidad de un cadáver. Era más bien como la fotografía de un cadáver, una fotografía como la que me mostraste...

—Recuerdo la hora exacta en que te mostré la fotografía porque a partir de aquel momento tu mirada ha cambiado y ella o tú se ha vuelto un rostro impreciso, inidentificable, esperando para siempre, fijo en esa tabla mágica ante la cual está o estás sentada, la respuesta a una pregunta que ha sido olvidada.

—Señoras y señores... —dijo—, hemos obtenido una respuesta...

—... hemos recordado la respuesta a una pregunta que hemos

olvidado —dijo al llegar, apoyando su cuerpo en el marco de la puerta y dejando caer el maletín de cuero negro a sus pies.

Apoyaste la cabeza en el marco de aquella puerta pintada de blanco. Esto es un dato preciso, mas hubiera hecho falta escuchar ahora los mismos sonidos: el tumbo de las olas o la música que venía del gramófono, para poder precisar con exactitud la expresión de tu rostro, entregado ya a la muerte y en posesión de esa respuesta que nos hubiera salvado.

—Deberá usted hacer, entre otras muchas, las siguientes preguntas:

1) Si es que somos tan sólo la imagen en un espejo, ¿cuál es la naturaleza exacta de los seres cuyo reflejo somos?

2) Si es que somos la imagen en un espejo, ¿podemos cobrar vida matándonos?

3) ¿Es posible que podamos procrear nuevos seres autónomos, independientes de los seres cuyo reflejo somos, si es que somos la imagen en un espejo, mediante la operación quirúrgica llamada acto carnal o *coito*?

Alguien ha señalado la posibilidad de que seamos una realidad inquietante: la de que seamos nada más que las imágenes de una película cinematográfica. En tal caso, para recordarlo con precisión, haría falta la misma música, los mismos ruidos. Estas imágenes casi siempre van acompañadas de música cuando los personajes no hablan, cuando sólo es dado contemplar sus

rostros insistentemente en esa oscuridad aparentemente silenciosa, pero que, sin embargo, está llena de rumores y del sonido que hacen los cuerpos en la quietud. Hubiera sido preciso escuchar exactamente la misma música, exactamente la misma...

Has estado tratando de imaginar aquel otro instante que precedió a tu llegada. ¿Pretendes acaso hacer caber un instante dentro de otro? Has formulado algunas conjeturas tales como la que se refiere al hecho de que, en cuanto la mujer oyó pasos en la escalera, se detuvo de espaldas ante la puerta, de tal manera que llegado el momento en que Farabeuf o el hombre entrara en el salón, éste no pudiera ver su rostro y sufriera con ello una confusión momentánea respecto a la identidad de ella. Pero para reconstruir la música que se escuchaba en aquel momento viniendo del tocadiscos que se encuentra situado entre las dos ventanas es necesario ahora formular otra hipótesis. Puede pensarse entonces que, con anterioridad a la llegada del visitante, la mujer había colocado un disco en el aparato. Resta entonces saber cuál era este disco, pues para reconstruir con toda exactitud ese momento es necesario escuchar, aunque sea en la memoria, exactamente la misma música. ¿Tratábase acaso de esa composición musical, para violín y piano, en que el compositor ha intentado describir de una manera bastante gráfica, insistente y pormenorizada, los diferentes aspectos mecánicos, la respiración jadeante, el desmayo patético que siempre acompaña el desarrollo de esa intervención quirúrgica

que el hombre realiza en el cuerpo de la mujer y que llaman el acto carnal o coito? ¿Con qué fin se escuchaba esta música entonces?

Habéis hecho una pregunta: “¿Es que somos acaso una mentira?”, decís. Esta posibilidad os turba, pero es preciso que os avengáis a pertenecer a cualquiera de las partes de un esquema irrealizado. Podríais ser, por ejemplo, los personajes de un relato literario del género fantástico que de pronto han cobrado vida autónoma. Podríamos, por otra parte, ser la conjunción de sueños que están siendo soñados por seres diversos en diferentes lugares del mundo. Somos el sueño de otro. ¿Por qué no? O una mentira. O somos la concreción, en términos humanos, de una partida de ajedrez cerrada en tablas. Somos una película cinematográfica, una película cinematográfica que dura apenas un instante. O la imagen de otros, que no somos nosotros, en un espejo. Somos el pensamiento de un demente. Alguno de nosotros es real y los demás somos su alucinación. Esto también es posible. Somos una errata que ha pasado inadvertida y que hace confuso un texto por lo demás muy claro; el trastocamiento de las líneas de un texto que nos hace cobrar vida de esta manera prodigiosa; o un texto que por estar reflejado en un espejo cobra un sentido totalmente diferente del que en realidad tiene. Somos una premonición; la imagen que se forma en la mente de alguien mucho antes de que los acontecimientos mediante los cuales nosotros participamos en su vida tengan lugar; un hecho fortuito que aún no se realiza,

que apenas se está gestando en los resquicios del tiempo; un hecho futuro que aún no acontece. Somos un signo incomprensible trazado sobre un vidrio empañado en una tarde de lluvia. Somos el recuerdo, casi perdido, de un hecho remoto. Somos seres y cosas invocados mediante una fórmula de nigromancia. Somos algo que ha sido olvidado. Somos una acumulación de palabras; un hecho consignado mediante una escritura ilegible; un testimonio que nadie escucha. Somos parte de un espectáculo de magia recreativa. Una cuenta errada. Somos la imagen fugaz e involuntaria que cruza la mente de los amantes cuando se encuentran, en el instante en que se gozan, en el momento en que mueren. Somos un pensamiento secreto...

¿O es que somos acaso esa carta encontrada por casualidad entre las páginas de un viejo libro de medicina?

Sin embargo, al dirigirte hacia aquella ventana pasaste frente a la mesilla de mármol y la punta de tu pie topó contra la base de hierro de aquel mueble en el que él había depositado una bandeja con algodones ensangrentados, produciendo un ruido, metálico y pétreo a la vez, que se coló en la casa como un fantasma presuroso, llegando hasta el confín de aquel pasillo en el que ella, sentada frente a una mesa, junto a la puerta pintada de blanco, velaba el sueño de aquel que tal vez yacía exangüe sobre la cama, esperando esa noche definitiva de la anestesia que Farabeuf le aplicaría con aquella jeringuilla que nos había mostrado orgullosamente, ¿recuerdas?

Yo no recuerdo más que el rostro de un asesino... Y cuando de pronto nos quedamos quietos somos como cadáveres reflejados en un espejo, porque los espejos duplican la quietud de la quietud.

A pesar de lo que podáis pensar en contra, existe, con una realidad tangible y abrumadora, la siguiente versión de vuestro *emploi du temps* aquel día:

El día 29 de enero de 1901 habéis dado un paseo por los alrededores del Templo de los Antepasados situado cerca de la puerta Wu Men de la Ciudad Prohibida, después os dirigisteis hacia los Jardines Imperiales y os detuvisteis cerca del Nan Jai desde donde estuvisteis observando las evoluciones de un regimiento de fusileros galeses que escalaba el muro de la Ciudad Prohibida. Más tarde os dirigisteis hacia el Pabellón de los Cinco Dragones, situado al norte de los Jardines Imperiales; allí encontrasteis tirado en el suelo un ejemplar del *North China Daily News* en el que habéis podido leer, en la página de las notificaciones diversas, un decreto del Emperador que ahora es parcialmente ilegible por estar manchada la página con la humedad y el moho de los años que han transcurrido desde entonces:

Los Príncipes Mongoles exigen que el lí, culpable de homicidio en la persona del Príncipe Ao Han Wan, sea vivo, pero el Emperador considerando condena, en su misericordia, a Fú

..... muerte lenta ... por el procedimiento del
T'ché. ¡Cúmplase!

El redactor de la nota agregaba que la ejecución de esta sentencia tendría lugar esa misma tarde, en público, en la plazoleta situada frente al *ha'ang* de la sucursal Pekín de la firma Jardine Matheson and Co., en el barrio chino de la ciudad. En un tono festivo se invitaba a los residentes europeos a presenciar este suplicio que databa de la ascensión de la dinastía manchú al trono del Celeste Imperio en el siglo dieciocho y que ya no se aplicaba con frecuencia.

Ella, sentada en ese umbral, mira fijamente a Farabeuf mientras éste explica verbalmente el primer tiempo de la operación para efectuar la amputación del brazo en el hombro según el método de Larrey. La otra, la Enfermera como la llaman ellos, ha corrido hacia la ventana —¿quién lo hubiera dicho?— con su cabellera rubia flotando, incendiada por los últimos rayos del crepúsculo que se filtran a través de los desvaídos cortinajes de terciopelo, incendiada en sus oros ante el espejo enorme que no la refleja —¿por qué?—. Sí, ante ese cuadro que representa una alegoría equívoca en la que ella, en cierto modo, está representada. Ha corrido hacia la ventana por ver si aún podía desentrañar el misterio de aquel signo escrito torpemente con la punta del dedo sobre el vaho de los cristales de la ventana y al pasar frente a la mesilla en la que un antiguo inquilino dejó olvidado un pequeño libro, ilustrado con grabados cruentos, su pie roza inadvertidamente la base de hierro de esta mesilla formada por

herrajes que representan garras de grifos o de tigres mitológicos que sostienen entre las afiladas zarpas unas esferas. El ruido metálico que produce este accidente mínimo se proyecta y se prolonga hasta el fondo del pasillo. La otra, vestida con un demodado uniforme de enfermera, se distrae de su juego. Abandona durante algunos instantes al olvido esa pregunta que ha estado haciendo ante los símbolos de la tabla mágica, ante las páginas de un libro difícil de entender. No llega sin embargo hasta el gastado alféizar de la ventana. Mira, sin discernir su forma con precisión, los líquenes que corroen la piedra. Invoca el recuerdo de unas palomas que otrora se posaron en ese reborde manchado de salitre. Cierra los ojos y siente un estremecimiento; contrae los dedos apuñando la mano. Siente que va a desvanecerse ante el terror de la imagen que cruza por sus ojos cerrados: un rostro de hombre joven cuyos ojos están siendo devorados por unas babosas que van dejando la huella de su baba sobre ese rostro tumefacto, extático. Reconoce en ese momento, en la reiteración del gramófono, el arrullo de unas palomas y quisiera gritar, pero se sobrepone. Abre los ojos y vislumbra la forma de un hombre vestido de negro detrás de los cristales, aspira en la memoria la fragancia del boj bajo la lluvia. Lo presiente en el recuerdo que sólo es confuso en ella. ¡Si tan sólo pudiera arrancar una ramita y frotarla entre las yemas de sus dedos para exacerbar el olor de esa yerba! Pero no; hay algo que la retiene. Busca en el último fondo de sí misma. Teme manchar el blanquísimo delantal con el contacto de aquellas piedras. Se olvida entonces de sí. “¿Quiénes somos?”, pregunta

sin decir las palabras mientras que otra voz, rota, estriada por la ausencia, repite al infinito siempre la misma frase; una frase sin sentido y sin sabiduría: “*À l’hôtel du numéro trois... à l’hôtel du numéro trois... à l’hôtel du numéro trois...*” sin que nadie acierte a detener esa profusión de palabras que ya nada dicen. Recuerda de pronto y se detiene bruscamente. Cree recordar algo de todo lo que había olvidado; una mínima parte de todo lo que había olvidado e instantes después de que se ha congelado esa carrera emprendida al azar, se vuelve hacia mí como si estuviera diciendo: —Mira, un carácter chino —y señala hacia la ventana en la que la mirada de Farabeuf se ha quedado grabada como un garabato siniestro. Al volverse ella es la otra. Sonríe y dice:

—He recordado el clatro...

Capítulo V

¿Acaso lo habremos soñado? Aquella escena equívoca en la que aparecía un hombre joven cuya mirada extática parecía posarse, casi sonriente, en un punto infinito mientras nosotros nos afanábamos, a pesar de la gran fatiga, en torno a aquel lecho blanquísimo, estriado a veces por las pequeñas líneas crueles que formaban unas gotas de sangre diminutas, caídas sobre esas sábanas como las primeras gotas de la lluvia. Y ese cuerpo inquietante, esa carne abierta hacia la vida como un fruto inmenso y misterioso que parecía haber traspuesto todos los umbrales del dolor y que nosotros contemplábamos como se

umbrales del dolor y que nosotros contemplábamos como se contempla el curso de una estrella, o la manifestación de un portentoso o la realización de un milagro. Un sopor hipnótico nos iba invadiendo mientras veíamos aquella visión tenebrosa y bellísima sin saber qué decir, mientras afuera caía la lluvia y una mosca, exacerbada en su agonía por las emanaciones del formol, golpeaba desesperadamente contra los vidrios empañados de una ventana a través de la que veíamos la silueta imprecisa de Farabeuf alejarse vacilante bajo la lluvia, resguardado con su paraguas inútil, enfundado en su viejo abrigo oscuro, cargando un maletín de cuero negro. La mosca golpea insistentemente contra aquellos vidrios, luego revolotea por la alcoba, gira precipitadamente en torno a la lamparilla, se posa momentáneamente en esas llagas impregnadas de ácido crómico, se envenena más y más en la disolución de aquel cuerpo fascinante y luego huye zumbando hasta morir junto a los flecos del cortinaje desvaído de terciopelo. Nosotros, inmóviles, suspendidos en la contemplación de esa carroña bellísima, de ese rostro maravillado y cruel, paralizados en ese paroxismo interminable de grito contenido, muertos tal vez en la visión de esa carne irresistible y maldita, olvidamos la apremiante necesidad de salir de allí, de crear una soledad en torno a esa muerte sorprendida y congelada para siempre por la acuciosidad de Farabeuf, mientras ella, la otra, nos mira fijamente desde el quicio de esa puerta situada en el fondo del pasillo, ávida de un testimonio más tangible de nuestra presencia que el que otorga borrosamente la superficie del espejo. Es preciso —piensa—

que seamos reales, para disipar el temor que le provoca esta fantasía que Farabeuf ha creado con nuestros deseos más ocultos. Es preciso un sacrificio infinito para escapar de esta muerte que nos mira de frente desde ese rostro tumefacto y alerta, desde ese rostro en el que se retrata la muerte como en un espejo; desde ese rostro que es la materialización de nuestro deseo. Ausentes como estábamos de todo lo que nos rodeaba, en la contemplación de ese rostro apasionante, no nos dimos cuenta de que había pasado la noche, de que había llegado hasta nosotros, disfrazada con la tibieza del deseo consumado y con la luz del alba, la muerte.

“Y entonces él la tomó en sus brazos.”

(Él se incorporó. —Un día, quizá —dijo—, recordaremos este momento por el zumbido de una mosca. —Ella, mientras tanto, pensaba: “Y me abandonaré a su abrazo y le abriré mi cuerpo para que él penetre en mí como el puñal del asesino penetra en el corazón de un príncipe legendario y magnífico...”)

Es preciso hacer un esfuerzo. Debes tratar de recordarlo todo, desde el principio. El más mínimo incidente puede tener una importancia capital. El indicio más insignificante puede llevarnos al descubrimiento de un hecho fundamental. Es preciso que hagas un inventario pormenorizado, exhaustivo, de todos los objetos, de todas las sensaciones, de todas las emociones que han concurrido a esto que tal vez es un sueño. Debes recordar todas las circunstancias, aunque sea de una manera esquemática.

todas las circunstancias, aunque sea de una manera esquemática, dentro de las que se ha suscitado nuestro contacto. Es preciso, inclusive, recordar la hora del día, las condiciones atmosféricas. Una por una, haz el recuento de las visiones hasta que seas capaz de reconocer el verdadero significado de esa imagen absoluta que yo, aquella noche, te mostré y que te hizo desfallecer. Es preciso recordarlo todo, absolutamente todo, sin omitir absolutamente nada, pues todo puede tener una importancia capital, inclusive aquella mosca agónica que golpeaba insistentemente el cristal de una de las ventanas que daban hacia la calle sobre el jardincillo y a través de la cual podíamos ver a Farabeuf cuando llegaba o cuando se alejaba bajo la lluvia, caminando con dificultad, cargando su maletín de cuero negro. No lo olvides. Todo puede contribuir a darnos la clave de este misterio.

¡Cómo hubiera podido olvidarlo! Ella estaba sentada, tensamente incorporada al reluciente acero de aquella mesa de ginecólogo. Su cabeza fija en el cabezal pulido que le cruzaba la frente con las pequeñas llaves de presión en las sienes. Se había tomado la precaución de separar sus largas piernas, tostadas por el sol de aquel veraneo junto al mar, suavemente como quien separa las valvas de una ostra para contemplar las convulsiones lentas, voluptuosas de la vida en el interior. En torno a sus tobillos había ajustado las bandas metálicas recubiertas de fieltro. Sus muñecas estaban atadas al armazón de la mesa de operaciones por unos lienzos de lino, preparados quizá con los

restos de las sabanas en que Farabeuf había consumado el acto llamado carnal o *coito* con “Mme. Farabeuf”. Fijo aquel rostro retenido dentro del cabezal de acero inoxidable sólo los ojos eran capaces de seguir aquella imagen sangrienta que, tenida en sus manos temblorosas y ávidas del cuerpo de ella, se aproximaban al rostro poniendo ante sus ojos, tenidos abiertos por dos relucientes blefarostatos de Collin, aquella imagen cuya visión era ineluctable y que iba sombreando su semblante con aquella proximidad aterradora mientras afuera el tumbo de las olas asemejaba el acompasado golpe de sangre que brota intermitente de las gigantescas incisiones que con tanta maestría sabe hacer Farabeuf al practicar sus originales vivisecciones.

¿Recuerdas?... ¿Recuerdas aquella emoción llena de sangre?
¿Recuerdas aquel rostro en el paroxismo de cuya visión tu cuerpo se hizo mío?

—Mira —le dijo, mostrándole aquel cuerpo desgarrado—. Lo sé todo porque lo pude ver a través de ese espejo que era como un testigo de todos nuestros actos. El mar era una mentira garrafal. Estábamos en tierra adentro. Hubiera resultado demasiado absurdo.

—Pero entonces, ¿los pelícanos?, ¿y aquel niño que construía un castillo de arena en la playa?, ¿y la mujer vestida de negro seguida por un *caniche*...?

—Se trata en ello, o bien de la materialización de nuestro deseo, o bien de un truco de Farabeuf..

¡V al amor... ese hecho contundente preciso

—¿Y el amor... ese hecho conculiente, preciso, demostrable?...

—Se pierde en el olvido como ese mar que sólo por estar hecho de olvido puede ser recordado...

Es preciso evocarlo todo. Es necesario que tu recuerdo se inicie a partir del momento en que esa mosca golpeó por primera vez el mismo cristal en que tu dedo había trazado, inconscientemente, un ideograma chino.

—¿Recuerdas aquellas páginas manchadas y amarillentas de un diario, esparcidas por el suelo, formando un camino desde la puerta de entrada hasta el pasillo?

—Sí, las recuerdo con toda precisión; eran de un ejemplar del *North China Daily News* del 29 de enero de 1901. Tal vez habían pertenecido a Farabeuf.

El hecho es que aquella tarde nos encontrábamos allí, en esa casa enorme, abandonada. Afuera llovía. Acabábamos de regresar de hacer algo terrible, de cometer un acto innombrable. Ésa era la sensación que animaba nuestra angustia en aquellos momentos. Estoy segura de que acabábamos de contemplar una visión que nos hacía mantenernos en silencio. Ella había tomado un periódico viejo y había extendido las planas manchadas e ilegibles por el piso desde la puerta de entrada hasta el pasillo y luego, sentada en la penumbra de aquel pasadizo bordeado de puertas que nunca habíamos abierto, esperaba la llegada de Farabeuf, vestida de blanco, con ese anticuado uniforme de

enfermera que solía ponerse cada vez que aquel hombre afable y tenebroso la visitaba. Sentada en aquella penumbra que sólo rompía un haz de luz polvorienta que se filtraba a través de los desvaídos cortinajes de terciopelo, acechaba los lentos movimientos de sus manos afiladas que se deslizaban casi imperceptiblemente sobre la superficie mágica cubierta de letras y de números. Mentalmente había preguntado: “¿De quién es ese cuerpo que hubiéramos amado infinitamente?”, y en silencio aguardaba la respuesta a aquella pregunta. En la quietud de la estancia nosotros escuchábamos el chirrido de aquellas tablas que se movían, que se deslizaban unas contra otras impulsadas por una inquietud que a toda costa quería conocer la identidad de algo o alguien a quien nosotros habíamos introducido en aquella casa, alguien o algo sangriento a cuyo paso ella había dispuesto aquellos periódicos en el piso, desde la puerta de entrada hasta el pasillo y que después de nuestra llegada, en un momento que ignoramos, se habían manchado, haciendo los textos ilegibles. Esperábamos la llegada de Farabeuf y en el silencio de aquella estancia en la que apenas se discernían los objetos en la luz que en haces se filtraba por los gruesos y desvaídos cortinajes de terciopelo, veíamos flotar el polvo. De pronto comenzó a llover nuevamente. Escuchábamos claramente a través de la ventana el ruido de la lluvia que se abatía sobre aquella calle siempre desierta, sobre aquel jardín abandonado, sobre aquella casa cuya arquitectura corroída por los años era como un hospital o como una *morgue* y pensábamos que aquella lluvia interminable retardaría la llegada de Farabeuf

aquella lluvia imprevista retardaría la llegada de Farabeuf. Hubo ciertos hechos significativos, sin embargo, que se realizaron en aquel lapso que medió entre nuestra llegada y la llegada de Farabeuf. Alguien —no recuerdo si fue ella o si fui yo— puso un disco en el gramófono. Alguien, no recuerdo quién, corrió hacia la ventana y se detuvo bruscamente antes de llegar al reborde creyendo haber recordado la primera sílaba de un nombre olvidado, sílaba que fue balbucida en repetidas ocasiones sin que en ninguna de ellas tuviera un significado preciso. Dos de nosotros, un hombre y una mujer, fueron reflejados simultáneamente en un enorme espejo de marco dorado que pendía del muro frente al pasillo y que permitía a otra persona ver, desde el fondo del pasillo en el que había proferido una pregunta, lo que pasaba en la estancia. En el momento en que esa imagen, reflejo de dos seres reales, un hombre y una mujer, enamorados tal vez, se produjo en la superficie manchada del espejo, alguien —el hombre quizá— preguntó de viva voz: “¿Qué significa todo esto?” Es preciso señalar el hecho de que la persona que atravesó aquella estancia para dirigirse a la ventana y que se detuvo antes de llegar al alféizar produjo en su trayecto dos fenómenos sensibles, uno de orden auditivo y otro de orden táctil. El primero fue un ruido producido por el efecto de que al correr hacia la ventana mi pie golpeó la base de hierro de la mesilla con cubierta de mármol, adosada al muro que hace ángulo con el muro en que se abren las ventanas que dan a la calle, es decir frente al enorme espejo. Este ruido metálico, producido con frecuencia por las personas

que cruzan la estancia para dirigirse a la ventana, se perdió, con sus ecos, en la casa, distrayendo momentáneamente a la Enfermera en su interrogación de la ouija. Simultáneamente a este fenómeno de orden auditivo se produjo otro que corresponde, en el tiempo, al momento en que la Enfermera pudo ver reflejada la imagen de un hombre y de una mujer en aquel espejo. Esta imagen se grabó en la mente de la Enfermera pues había podido apreciarla con toda nitidez ya que había levantado la cabeza y vuelto su mirada hacia el espejo, distraída como estaba por el ruido metálico que ella había producido al pasar frente a la mesilla. El hecho que hacía esta imagen particularmente memorable para la Enfermera era que la mujer, que se dirigía hacia la ventana, había rozado con su mano derecha la mano del hombre que, apoyado contra el muro, cerca de la mesilla y frente al espejo, escuchaba atentamente una canción obscena que provenía del tocadiscos colocado entre las dos ventanas que dan a la calle. Al mismo tiempo el hombre miraba atentamente, o tal parecía, una inscripción hecha con la punta del dedo sobre uno de los cristales empañados de la ventana del lado derecho. La imagen que se había quedado grabada en la memoria de la Enfermera era justamente aquella que correspondía al momento en que la mano derecha de la mujer había rozado levemente una de las manos del hombre; éste la había retenido durante una fracción de segundo en la suya. Todo esto la Enfermera lo había podido ver con toda precisión reflejado en el enorme espejo, razón por la cual, al referirse mentalmente a esta imagen que había quedado grabada

para siempre en su memoria y que ella identificaba siempre con un grabado de Proud'hon, denominaba "imagen de los amantes"...

Hay algo que tu memoria persiste en mantener en el olvido — toda una serie de hechos fundamentales...

—Sí, hay algo que su memoria persiste en mantener en el olvido, todas esas cosas que están hechas de olvido: esa mosca que golpeaba contra el cristal tratando de huir. Pero eso lo ha olvidado porque él le había dicho: "Un día, tal vez, recordaremos este momento por el zumbido de una mosca golpeando contra los cristales". Y ella hubiera querido olvidar ese momento porque era un momento colmado con la presencia terrible de un hombre suplicado, surcado de gruesas estrías de sangre, atado a una estaca ante la mirada de sus verdugos, de los espectadores indiferentes que trataban de retener esa imagen terrible dentro de un meollo de sensualidad; una imagen para ser evocada en el momento del orgasmo...

... recuerdo también la llegada de Farabeuf. Habíamos presenciado su paso vacilante a lo largo de la rue de l'École de Médecine, sosteniendo con dificultad en una mano su paraguas inútil y en la otra el maletín de cuero negro. Antes de doblar la esquina de nuestra calle presentíamos su llegada; las moscas aturdidas parecían exacerbarse ante la premonición de aquella presencia impregnada de formol y luego, de pronto, a través de

los cristales empañados, bajo la lluvia tenaz, adivinábamos su figura negra cruzar la calle en dirección a nuestra puerta y nos quedábamos quietos, sólo ella, la Enfermera, sentía en su corazón el sobresalto de ese goce que se concretaba en la visión inminente de aquellas manipulaciones que hacían brotar un tenue hilo de sangre de las incisiones de aquellos procedimientos explicados pormenorizadamente, acentuados por las descripciones asistidas de un canalizador que se desliza lentamente a lo largo de aquellas comisuras, proferidas en una voz apacible que hablaba de cortes, de tajos cruentos, de muñones, de colgajos, de vísceras expuestas; ella, la Enfermera, olvidaba de pronto su pregunta y la dejaba abandonada como algo inservible sobre la superficie de la tabla mágica, y miraba hacia la puerta esperando que de pronto se abriera y que apareciera en aquel quicio la figura angustiosa del Maestro que sin dirigirnos la palabra siquiera se adentraba en el pasillo a su encuentro para explicarle, sobre la concreción de aquel ser equívoco que nuestro amor había creado, con todo detalle, la estructura y el funcionamiento de la carne humana. ... Hubiera corrido, hubiera tratado de escapar entonces hacia algo ilimitado, extenso, hacia un lugar en que nuestra presencia no fuera sino un punto infinitamente pequeño...

Al pasar frente a mí, en el momento en que tu mano tocó la mía, había algo sagrado, algo infinitamente intocable y prohibido en tu mirada; el misterio de un momento agónico contenido en la fijeza de tus ojos que se dirigían tenazmente hacia aquella ventana...

Al entrar Farabeuf en la estancia, los ojos de ella se posaron un instante en la copia del cuadro que pendía en el muro sobre la mesilla de mármol y que se reflejaba en el espejo invertido lateralmente... Farabeuf había entendido el significado de esta situación...

Himmlische und Irdische...

... y una aterradora persistencia de esa imagen, como la fotografía de un hombre en el momento de la muerte o del orgasmo, se grabó en su retina ávida del color de la sangre.

Esto, desde luego, es una conjetura:

“¿Por qué?”, dijo mirando fijamente a Farabeuf, pero éste, sin dirigirnos la palabra siquiera, se perdió en la oscuridad de aquel pasillo en el que la Enfermera lo esperaba, dispuesta ya a ayudarlo a quitarse el pesado abrigo de paño negro. Luego entraron en aquel cuarto cuya puerta nosotros jamás habíamos traspuesto y desde la estancia oíamos el tintineo de los instrumentos quirúrgicos que Farabeuf iba desliando de sus atadillos.

“¿Por qué?”, dijiste sin pensar que esa pregunta revelaba el misterio de nuestra existencia, dominada ya para siempre por la imagen de un criminal supliciado, cuya carne sangrienta y desgarrada era para nosotros el símbolo de una profanación exquisita.

“Es que en ese momento recordé el mar; aquella mujer vestida de luto, seguida por un *caniche*; aquel niño que construía un castillo de arena que la marejada hubiera abatido pocos minutos después. Entonces recordé también la sensación del metal que me hubiera ceñido en tu abrazo y las caricias olorosas a fómrol que a todo lo largo de mi cuerpo tus manos quirúrgicas, de tocólogo, me hubieran prodigado en aquella casa llena del sonido del tumbo de las olas, llena del espanto y de la delicia del cuerpo humano abierto de par en par a la mirada como la puerta de una casa magnífica y sin dueño que para siempre hubiera esperado tu caricia, como una puerta entreabierta... un cuerpo que te esperaba con toda su sangre, con todas las vísceras dispuestas al sacrificio último. ¿Hubieras huido? Sí, hubieras huido aterrado ante la imagen imaginada de esa sangre que corría presurosa por las venas; hubieras huido para siempre hacia un olvido cuya única concreción hubiera sido un signo escrito sobre la humedad de un vidrio empañado, sobre una ventana contra la que se abate la lluvia, hubieras corrido hacia un olvido hecho con la música que sale de un fonógrafo. Hubieras huido para siempre, sólo por el miedo de alterar el significado de un gesto en el que estaba contenida la esencia de un cuerpo. Hubieras huido porque *tú* nunca te hubieras atrevido a hundir *tan lentamente* esa cuchillaafiladísima en el cuerpo obeso de un príncipe magnífico; porque cada vez que tu rostro se refleja en ese espejo que siempre nos ha presentido temas la muerte, tu muerte que se esconde en esa calavera espléndida, tu muerte que es el rostro de Erebouf, tu muerte que es la contemplación de

que es el rosario de Farabeuf, tu muerte que es la contestación a la pregunta que ella hace siempre a una tabla cubierta de letras y de números, tu muerte que ni siquiera es tu muerte porque tú no eres tú ni tu cuerpo, ese patrimonio aparentemente inalienable, es tu cuerpo sino un cuerpo cualquiera, el cuerpo de un desesperado que durante una ceremonia absurda no se atreve a clavar un puñal consagrado en el costado de un hombre privilegiado, de un hombre cubierto de brocados, un cuerpo cualquiera como una calle...

—¡Oh, esta manía de recapitular las experiencias! ¿Queda algo acaso de todas aquellas cosas? ¿Por qué la persistencia de esa imagen en la mente? Una estrella de mar. Una estrella de mar recogida indiferentemente en una playa al atardecer. Si todo ello hubiera sido la concreción de un recuerdo no habría ninguna duda acerca de nuestra existencia. Seríamos demostrables...

He aquí pues la descripción exacta de los hechos: media hora antes de que llegara Farabeuf se produjeron dos acontecimientos demostrables; el primero es la lluvia que empañó los vidrios de la ventana y el segundo es que la mujer — es imposible precisar *cuál* — se dirigió de pronto, con paso presuroso, casi puede decirse que corriendo, desde un extremo del salón hacia la ventana del lado derecho. En el trayecto su pie golpeó levemente la base de hierro de la mesa produciendo un ruido metálico, perfectamente discernible a pesar del ruido que producía la lluvia que caía torrencialmente...

—Hay un hecho en su descripción, doctor Farabeuf, que usted pretende ignorar o que tal vez ha olvidado ya: que al pasar frente al hombre la mano de la mujer rozó la mano del hombre y éste la retuvo en la suya durante una fracción de segundo. *Este hecho curioso no es demostrable*, es preciso admitir, si bien el enorme espejo pudo haberlo reflejado con toda claridad...

Y sin embargo los amantes paseaban por la playa deleitándose en esa soledad que provoca la inminencia de un hecho terrible. Si en el vuelo torpe de aquellas aves que caían pesadamente sobre las olas hubieran adivinado ese encuentro en el que la entrega se hubiera convertido en algo lleno de sangre... No; no lo hubieras sentido porque tú, en tu irrealidad que aquel espejo acentuaba, hubieras querido regalárteme muerta, muerta de tanto olvido como hubiera sido preciso para amar este cuerpo desgarrado que jamás habrá de ser tuyo pero cuya imagen no te abandonará nunca... Si al menos pudiéramos recobrar aquella estrella de mar que indiferentemente arrojaste a las olas...

Capítulo VI

¿Quién es, entonces ese testigo que formuló en su imaginación la llamada “imagen de los amantes”?

—Eres, sin duda, tú misma. Eres tú misma la duda de tu propia existencia, porque hubieras corrido, hubieras corrido hasta alcanzar ese eco que se difundía por la casa como el olor a formol que Farabeuf había dejado por todos los lugares por los que había pasado. Hubieras corrido, dejando abandonado en medio del pasillo aquella tabla cuyos símbolos mágicos habías estado consultando para encontrar un nombre en cuyo

cuando volvíste para verme en el espejo en cuyo significado se concretaba la clave de este misterio. Hubieras corrido, después de conocerlo, después de haber aprendido a pronunciarlo con facilidad, hacia aquella ventana, cuyos vidrios la lluvia había empañado y sobre uno de los cuales, en el vaho, un dedo misterioso había trazado un signo incomprensible; hubieras corrido cruzando la superficie del espejo; ante los rostros estáticos, inmutables de aquellas cuatro mujeres representadas en el cuadro, cruzando la superficie de aquel enorme espejo en el que mi rostro *también* se reflejaba contemplando tu carrera azarosa entre aquel mobiliario viejo y decrépito. Hubieras corrido y tu pie hubiera topado accidentalmente la base de metal de la mesilla de mármol junto a la cual yo aguardaba tu contacto, el roce de tu cuerpo, la posesión de tu mirada y tu pie, al chocar contra aquella pieza de metal que figuraba la garra de una quimera o de un grifo que retiene entre las uñas afiladas una esfera, hubiera producido un ruido característico —un ruido que era casi siempre inevitable, frecuente, impostergable— que hubiera resonado por toda la casa. Farabeuf, que en esos momentos ascendía la empinada escalera, se hubiera turbado al escucharlo tan lejano y hubiera conjeturado la posibilidad de que ese ruido hubiera sido producido por alguno de sus instrumentos quirúrgicos, suelto dentro de su maletín de cuero negro. Y en ese momento, en ese momento en que pasaste a mi lado, rozando con tu mano mi mano (tal vez), te hubiera amado, hubiera amado infinitamente tu cuerpo aun a pesar de no saber quién eras... ¿quién eras, pues,

en ese momento en que mi amor te confundió con la imagen de un espejo, con las figuras representadas en un cuadro, con el recuerdo de una mujer que sólo en mi memoria profiere para siempre, tenazmente y para siempre, una misma pregunta...?

Hubieras corrido a lo largo de aquella playa desierta. Hubieras corrido como tratando de escapar de ese sueño en el que yo te había aprisionado y sólo te hubieras detenido para volverte hacia mí convertida en la otra, transformada en tu propia antípoda y hubieras permanecido inmóvil durante algunos instantes, descalza, cerca de los vestigios de un castillo de arena, preguntándote a ti misma por qué yo te miraba tan fijamente sin reconocerte y hubieras recogido algo, un desecho marino y me lo hubieras mostrado como para tratar de ahuyentar esa sorpresa con que mis ojos hubieran tratado en vano de reconocerte y luego hubieras arrojado ese objeto a las olas olvidando con ello el camino que habíamos recorrido unos minutos antes y hubieras corrido nuevamente, alejándote desesperadamente de mí, huyendo de esa imagen inusitada en la que habías quedado fija ante mis ojos en el recuerdo fugaz, indeleble tal vez, de tu transformación y hubieras corrido a lo largo de las olas que se rompían a tus pies hasta llegar jadeando a aquella casa —una casa situada en tierra adentro— y desfalleciente te hubieras apoyado en el marco de la puerta antes de entrar en tu recámara y mi rostro hubiera cruzado rápidamente por tu memoria y hubieras tenido un presentimiento inquietante, como si detrás de esa puerta que no te hubieras

atrevido a abrir se ocultara una visión tenebrosa, la imagen recóndita de un hecho enigmático y hubieras vacilado, tu mano temblorosa no hubiera osado tocar aquella cerradura y tu cuerpo, sostenido apenas por el miedo, apoyado inerte contra el marco de aquella puerta blanca que durante un instante hubieras imaginado manchada de sangre del otro lado, se hubiera contraído sobre sí misma negándose a obedecer tu voluntad y entregarse a la profanación de aquel arcano en el que, tal vez, una delicia dolorosa e inesperada te aguardaba para tomarte en un abrazo hecho todo de metal reluciente, en que una experiencia construida de frases cuyo sentido sólo revelaba la interioridad de una carne infinitamente ultrajada y cuya proximidad, si la hubieras intuido, si sólo la hubieras podido imaginar, te hubiera hecho estremecer antes de abrir aquella puerta. Tres veces lo hubiera intentado. Apoyada en el lado opuesto de la cerradura, tres veces hubieras alargado el brazo para alcanzar la manija de la cerradura y tres veces hubieras esperado que una voz interior te alentara en ese esfuerzo descomunal. Tres veces hubiera caído tu mano sin atreverse a hacer girar aquella manija y cerrando los ojos hubieras tratado de imaginar, tres veces fugazmente, temerosa de acertar a descubrirla, la realidad que te aguardaba más allá de aquel quicio. Hubieras cerrado los ojos tres veces mientras tu mano caía suavemente y se posaba, rozándolos apenas, entre los pliegues de tu falda y te hubieras preguntado tres veces mil veces en un sólo instante cuál era el sentido de ese temor que te había congelado allí, en ese umbral, ante ese espejo que sólo reflejaba

la composición inexplicable de un cuadro cuyo significado nunca habías logrado esclarecer; allí, donde apenas llegaban los últimos rayos de un sol lentísimo que lentísimo moría en un agua de lluvia o de océano y hubieras querido que alguien te ayudara a descifrar un enigma cuya única representación en tu mente se concretaba en la forma de un objeto oceánico, arrojado indiferentemente a las olas y que ya nunca más volvería a tus manos, porque entonces eras otra y presentías ya la existencia de esa imagen que, conservada en el interior de un sobre de color amarillo, con forros negros, un sobre de grandes dimensiones forrado de negro como los sobres en que se envían las esquelas funerarias, aguardaba el testimonio de tu cuerpo que entonces hubiera estado apoyado contra la cubierta de la cómoda y reflejado en el espejo que la remataba, pero hubieras temido penetrar en aquel cuarto imaginándote confundida en la imagen del espejo con la imagen conservada dentro de aquel sobre. Hubieras temido ver tu cuerpo sangrante en el éxtasis de aquella ceremonia, el proferimiento de cuyo nombre tan sólo hubiera bastado para hacerte morir de un goce irresistible, de un goce que hubiera trascendido todas las posibilidades de tu cuerpo y que te hubiera aniquilado con un ruido de olas que se rompen sobre la porosa y precaria erección de un castillo hecho de arena. Hubieras querido recobrar la sensación de su textura rugosa, infinitamente marina sobre la palma de la mano, en la punta de los dedos de la que tú eras antes de haberte transformado en la otra mediante el deseo que te hizo correr por la playa en dirección de aquella casa en la que tú nunca habías

la playa en dirección de aquel lugar en el que te habías movido y que sin embargo conocías, y cuyo misterio primordial te aterraba y te tenía paralizada allí, ahora, contra el marco de aquella puerta blanca que semejaba la puerta de un quirófano, una puerta tal vez manchada de sangre en su reverso que ignoras, fija en esa quietud mortuoria, a la expectativa de un hecho prodigioso que inevitablemente hubiera de realizarse silenciosamente sobre la extensión inmutable de tu cuerpo fuertemente atado a una mesa quirúrgica o sobre una plancha de mármol de un anfiteatro de disección o de una *morgue*, porque entonces, al olvidar ese acto nimio —el acto de recoger una estrella de mar que yacía sobre la arena de la playa— todo contacto con lo que hubieras sido anteriormente se hubiera disuelto en un golpe de espuma y cuando yo llegara hasta aquel quicio no sería sino un ser desconocido, pródigo de terror, que avanzaría hacia ti con las manos enfundadas en unos guantes de cirujano, blandiendo en la penumbra una afiladísima cuchilla, dejando por donde pasara un olor a hospitales, mirándote fijamente, con esa fijeza con la que sólo es dable contemplar un cadáver y en tu terror harías acopio en tu mente de todas las posibilidades que te permitieran salvarte y escapar hacia la vida. Pensarías que era yo la imagen de un espejo que, por su colocación, parecería avanzar hacia ti, pero que en realidad se alejaba. Tratarías de reconocer en el brillo de aquella cuchilla afiladísima los reflejos que produce el sol sobre el lente de la cámara con la que hacía apenas unos minutos te había fotografiado sentado entre aquellas rocas junto al mar, pensarías

tal vez que yo había recobrado la estrella de mar que tú habías arrojado indiferentemente a las olas y tratarías de descubrir en la punta amenazadora de aquel bisturí la identidad de esta conjetura improbable sin lograrlo y por escapar de ese abrazo sangriento que yo te ofrecía con los brazos levantados en un gesto ritual, abrirías aquella puerta y penetrarías silenciosa, abandonada al espanto y a la delicia de una seducción que apenas lograbas imaginar, sí, penetrarías en aquel cuarto sin decir una palabra, sin implorar clemencia, como quien se dispone a cumplir con los términos de un convenio y yo te seguiría, con las manos en alto, enfundados los dedos en el hule tenso de aquellos guantes color de ámbar, silencioso también, prefigurando lentamente en mi mente tu abandono y tu entrega, tu muerte.

—Hubieras tratado de huir al verte cara a cara con un desconocido cuya sola presencia llenaba aquella casa con el dolor intangible, incierto, pero intensísimo de una tortura que se recuerda como si se hubiera presenciado en una época remota y que de pronto asalta la memoria en el momento en que menos se espera.

—“Tenía que haberte visto. Tenía que haberme hundido en esa presencia que todo lo inundaba, tenía que haberme abandonado a esa amenaza que me aguardaba oculta en aquel umbral blanco desde el primer día que había concebido la posibilidad de la existencia de ese suplicio. En la contemplación de ese éxtasis estaba figurado mi propio destino. Era preciso entonces saber

quién era él, ese ser prodigioso que se debatía sonriente en medio de su propio aniquilamiento como en un océano de goce, como en un orgasmo interminable. Era preciso saber quién era yo misma. Era preciso inquirir. Era preciso seguir con todo detenimiento los movimientos, torpes a veces, quizá violentos, de aquel indicador que se deslizaba sobre la tabla cubierta de letras y de números. ¿Quién hubiera respondido a aquella pregunta si no yo misma, desde un pasado remoto en el que mi vida, mi entrega estaba figurada en un cuadro, en una fotografía, en el recuerdo de alguien que me hubiera olvidado, alguien que tal vez eres tú, tú o Farabeuf, esperándome como el tigre, en un quicio que, traspuesto, es la frontera entre la vida y la muerte, entre el goce y el suplicio, entre el día y la noche...?”

En cuanto oyó que se abría la puerta, la Enfermera olvidó sus pasatiempos. Haciendo de lado la ouija se puso de pie y alisándose la falda y ajustando la cofia blanca y almidonada sobre su cabellera rubia, se dirigió al encuentro de Farabeuf. Al pasar frente a la puerta pintada de blanco se detuvo apoyándose en el marco decidida a esperar a que Farabeuf llegara hasta ella. Desde allí escuchaba el tintinear de los instrumentos que Farabeuf iba desarrollando cuidadosamente ante nosotros. Desde ese quicio podía observar, reflejados en el espejo, todos nuestros movimientos. A través de la atmósfera turbia del atardecer lluvioso, los colores vibrantes de un cuadro que representaba una alegoría incomprensible destacaban particularmente. Farabeuf, situado frente al cuadro, no reparaba,

sin embargo, en él. Era más bien como si tratara de ignorarlo, temeroso de que aquellos colores vibrantes, de que aquella figuración magnífica de un acto sin sentido lo turbara y lo distrajera de ese rito particular que cuidadosamente, sin hacer ruido apenas, efectuaba en la penumbra que ahora parecía colarse, como tinta derramada, a través de los desvaídos cortinajes de terciopelo.

—Todo, absolutamente todo lo que habías imaginado en el terror que te produjo la imagen de ese hombre que avanzaba hacia ti con las manos enfundadas en unos tensos guantes de hule color ámbar, blandiendo una afiladísima cuchilla, todo, te digo, era una mentira, porque al abrir la puerta, tus ojos se posaron inmediatamente en la cubierta de la cómoda. Pudiste ver, en la fracción de un segundo, tu rostro reflejado en el espejo, y no te reconociste. Eras, para entonces, la otra; la que el deseo de aquel hombre había creado y todo lo que hubieras encontrado había desaparecido. Pensabas, ante todo, encontrar un sobre amarillo: un sobre cuyo contenido había sido imaginado por tu deseo. No había nada allí, sino tu rostro que lentamente se fundió en el de él que se aproximaba hasta confundirse las dos cabezas en una mancha inmóvil e informe. No había nada. El sobre había desaparecido igual que el tumbo de las olas se había apagado. No eras sino un cuerpo tierra adentro tratando de encontrar en aquel abrazo la sensación que te había producido en la palma de la mano la superficie rugosa de una estrella de mar putrefacta que habías imaginado recoger durante un paseo

por la playa y cuya descomposición sentías realizarse al tocarla con la punta de tus dedos y que por eso, por esa sensación imprecisa y repugnante, habías lanzado a las olas mientras yo te contemplaba como se contempla un suplicio, convertida en otra, en alguien a quien yo no conocía pero a quien hubiera amado infinitamente. Tú te reíste entonces y echaste a correr mientras las olas te tocaban los pies. ¿Cómo era posible todo esto si nunca habíamos salido de aquel cuarto y aquel cuarto pertenecía a una casa y esa casa estaba situada en una calle, conocida y precisable, de una ciudad de tierra adentro? ¿Quién eres, pues, que así te presentas hecha toda de sombras a pesar de tu traje blanco de enfermera?

Es preciso que nos hagamos de nueva cuenta la misma pregunta: ¿somos la materialización del deseo de alguien que nos ha convocado, de alguien que nos ha construido con sus recuerdos, con sombras que nada significan?

Tú, entonces, te volviste hacia el espejo para comprobar, en la imagen de tu rostro, reflejada en aquella superficie turbia, tu existencia. Mas no te reconociste. Eras la otra y llevabas un anticuado uniforme de enfermera.

Estaba claro que se trataba en todo esto de una ceremonia secreta. (Eso hubieras pensado para apaciguar el sobresalto de tu corazón aterrado.) ¿Mas cómo describirla? Sólo repitiéndola hubiéramos podido conocer su significado. Es preciso ahora

recopiar las relaciones, las hipótesis, las crónicas que a este respecto se han hecho o formulado.

Es un hecho perfectamente concreto, por ejemplo, que:

“... Una vez al mes, en día fijo, un hombre concurría a casa de su amante y le cortaba los rizos que le caían sobre la frente. Esto le provocaba el más intenso goce. Posteriormente no le exigía ninguna otra cosa a la mujer.”

Pero tú recuerdas otra imagen, una imagen más remota que todo lo que aquí nos contiene aislados, una imagen que viste, tal vez, en tu infancia. La imagen de un niño con las manos sangrantes. Alguien, un desconocido, Farabeuf tal vez, le ha cortado los pulgares de un tajo certero y el niño llora, de pie en medio de una estancia enorme, como ésta. A sus pies se van formando unos pequeños charcos de sangre. (Alguien debía haber extendido unos periódicos viejos para que no se manchara el *parquet*) y escuchas, mientras evocas esta imagen, una voz que dice “... por chuparse los dedos vino el Sastre y se los cortó con sus grandes tijeras...” y esa voz se repite como un disco rayado. Afuera llueve porque la mujer que te cuenta esta historia lleva un paraguas. Lluve y se repite algo como ahora. Lluve y se repite, se repite y llueve y se repite y llueve afuera algo, como ahora que llueve y algo se repite, se repite, se repite hasta que desfallece tu cuerpo y haces girar la manija de la cerradura y me invitas con tu mirada fatigada, abandonada, hastiada de ver tantas veces la misma cosa, a entrar contigo en aquel cuarto.

Estabas distraído. Tu mirada trataba de descifrar el significado de aquel cuadro antiguo reflejado en el espejo, por eso no te diste cuenta de lo que sucedió en realidad. Yo corrí hacia la ventana. Mi pie rozó la base de hierro de la consola junto a la que estabas, produciendo un ruido metálico que llegó hasta donde estaba la Enfermera; ella, en esos momentos, alzó la mirada de la ouija que estaba consultando y me vio, reflejada en el espejo, pasar frente a ti. Hubo algo que me hizo detenerme. Un recuerdo incompleto, provocado por un signo incomprensible trazado en el vaho del cristal de la ventana (o acaso se trataba de una mirada que, bajo la lluvia, se había fijado, como la imagen de una placa fotográfica, sobre aquella ventana); la mirada penetrante de un hombre que traza signos incomprensibles, que provoca recuerdos de experiencias que nunca hemos vivido y que, encontrada bajo la lluvia, a través de un vidrio empañado, nos inmoviliza, lo inmoviliza todo, los objetos y las máquinas. Tú estabas distraído; por eso no te diste cuenta de que la aguja del tocadiscos se había detenido en el mismo surco produciendo la repetición tediosa de una frase sin sentido.

Cuando te detuviste estabas colocada a mi derecha. La Enfermera estaba a mi izquierda. Esta colocación concordaba con la lógica del cuadro tal y como se lo veía reflejado en el espejo pero no como el pintor lo había concebido para ser visto por nosotros. Habías corrido hacia mi derecha, es decir hacia el extremo izquierdo del cuadro —en dirección puede decirse a la

lado izquierdo del cuadro — en dirección, puede decirse, a la mujer vestida—, pero en dirección a la mujer desnuda tomando como referencia la imagen reflejada del cuadro en el espejo tal y como yo la veía. Esto, sin duda, tenía un significado, sobre todo si tenemos en cuenta que la Enfermera estaba colocada a mi izquierda, es decir del lado derecho del cuadro visto de frente, del lado izquierdo del cuadro visto en el espejo y por lo tanto de frente a la mujer desnuda, ya que ella sólo podía ver el reflejo del cuadro y, no como tú, pero sí como yo, el cuadro en sí.

Hubiera sido preciso que la vida siguiera su curso. Por eso, cuando te detuviste antes de llegar a la ventana, comenzó a llover con más fuerza. Antes de ese momento no habíamos escuchado el ruido de la lluvia contra los cristales de la ventana, pero en cuanto te detuviste el ruido de la lluvia se hizo claramente perceptible y en medio de ese ruido escuchábamos también los movimientos del indicador sobre la superficie de la ouija, el ruido que hacían las monedas al caer sobre la mesa...

Ahora sé por qué te detuviste de pronto cuando corrías a la orilla del mar: una imagen que nunca hubieras podido concebir, pero que mi deseo proyectó en tu mente, te detuvo. Cerrando los ojos imaginaste una puerta. Una puerta pintada de blanco que daba acceso a un cuarto pintado también de blanco, en medio del cual se encontraba una cama cubierta con sábanas blancas. Una cama de hospital hecha de fierro pintado de blanco, aunque no hubieras podido asegurarlo pues en tu mente sólo se precisaba la puerta en cuyo quicio aguardaba un fiere.

Todo esto lo sé porque a fuerza de pensar en ello pude transmitirte, sin desearlo en realidad, esa imagen que se grabó en tu mente y es por ello, también, que al dirigirte a la ventana te detuviste bruscamente asaeteada por el recuerdo de esa imagen incongruente y supusiste, por un momento, que ese signo trazado en el cristal de la ventana representaba, de una manera esquemática, ideográfica por así decirlo, un tigre que aguarda su presa junto al quicio de una puerta que conduce a un quirófano que es el sueño. Estabas equivocada...

Una duda te turba. Has caído en la trampa que te tendió el taumaturgo. Se ha formado en tu mente la imagen de ese suplicio. Ese rostro extático se ha dibujado en tu memoria. Como un relámpago se concretó ante tus ojos esa agonía milenaria que sin haberla conocido hubieras querido olvidar. Estaba ante ti, con toda su ineluctable presencia, mutilado y exangüe, fijo en aquel crepúsculo lluvioso como una avispa traspasada por un alfiler y cuando apareció se produjo en tu memoria, con el olvido, una confusión lamentable. Te olvidaste de ti misma. Tanto que sólo hubieras deseado recordarte para recobrar tu presencia. Pero ese olvido era más tenaz que la memoria que trataba de recuperarte y una vez que habías caído en esa trampa que Farabeuf te había tendido, tu confusión era absoluta. ¿Quién eras tú ante aquella imagen agónica? ¿Cómo era posible que tu cuerpo pudiera confundirse con aquellos jirones de carne sangrienta? Te has extraviado en su mirada como en un camino inseguro y no sabes quién eres, acaso un

como en un camino inseguro y no sabes quien eres, acaso un cuerpo supliciado, unos ojos que aprenden lentamente el significado absoluto de la agonía, o acaso eres la visión que contemplan esos ojos a punto de cerrarse para siempre.

Pues bien, al fondo se había improvisado un pequeño escenario. El estrado, que se elevaba apenas unos cuantos centímetros del nivel del piso del salón, estaba colocado frente a un enorme espejo que pendía en el muro del fondo y el decorado estaba también constituido por otro espejo que reflejaba al infinito su propia imagen reflejada en el espejo del fondo del salón. Nosotros estábamos, entonces, colocados entre las superficies de los dos espejos. Estoy seguro de que esto no se te ha olvidado, pues la extraña sensación que tal espectáculo interminable producía en los espectadores era, sin duda, algo memorable. De pronto se extinguieron las luces, pero no totalmente, como sucede en el teatro minutos antes de que dé comienzo la función. Una que otra lucecilla, apenas perceptible, pero reproducida al infinito por las dos superficies de los espejos que constituían, uno el forillo de aquel escenario y el otro el fondo del salón, creaba una penumbra chispeante dentro de la que era posible discernir las siluetas de todos los objetos aunque no hubiera sido posible precisar la identidad de los espectadores. ¿Quién eras tú aquella noche? Un hombre grueso, de edad, que iba ataviado con una bata china negra, raída, subió al escenario y después de dirigirnos una mirada procedió a dar comienzo al espectáculo. Antes que nada hizo sonar un gong. Ese sonido vibrante y metálico llamó nuestra atención hacia su

ayudante, una mujer rubia vestida de enfermera, que en el momento en que el hombre hizo sonar el gong encendió una linterna mágica a nuestras espaldas. La apariencia de esta mujer era singular, especialmente por el hecho de que iba tocada con una cofia blanca de la que pendía un vuelo de lana gris. La linterna mágica al encenderse tan súbitamente produjo un destello cegador en la superficie infinita del espejo. Nuestros ojos tardaron unos instantes en asimilar la luz brillantísima. Después se fue formando lentamente en ellos la realidad de una imagen aterradora; de seguro que tú no lo habrás olvidado, pues hubo algo en la fracción de segundo que duró aquel destello que te alejó de mí. Y cuando entendí el verdadero significado de aquella imagen, te encontrabas sentada en el ángulo opuesto del salón. De ello no pude darme cuenta sino cuando la fascinación de aquella carne maldita e inmensamente bella se había desvanecido y que las luces se habían vuelto a encender. Aquel espectáculo había sido acompañado por un diálogo explicativo en que la Enfermera, que manipulaba el aparato de proyección, iba haciendo preguntas al *meneur* que con un largo puntero hacía precisiones señalando los detalles de la imagen proyectada ante nosotros. Sólo recuerdo la primera pregunta: “*Doctor Farabeuf, tenemos entendido que es usted un gran aficionado a la fotografía instantánea...*” ¿Acaso recuerdas tú las otras preguntas? En el curso de aquel espectáculo que los programas —impresos en el gusto tipográfico de Épinal— señalaban como *Teatro Instantáneo del Maestro Farabeuf*, surgía en la pantalla intempestivamente la figura de una mujer

desnuda que parecía ofrendar hacia la altura una pequeña ánfora dorada. La Enfermera entonces llamaba la atención del hombre de la bata china diciéndole: “No debe usted distraerse con la imagen de esa mujer desnuda, doctor”, y la imagen cambiaba rápidamente y volvíamos a ver, como si fuera desde otro punto de vista, la imagen de aquella escena escalofriante cuyos detalles se veían acentuados por una explicación técnica en la que se invocaban los procedimientos quirúrgicos aplicados al arte de la tortura. El *meneur* iba señalando con el puntero los detalles, en la imagen, a los que aludía su exposición. Terminada ésta, el hombre hacía una señal a la Enfermera. Las luces se encendían. El hombre se dirigía al público diciendo humildemente: “Muchas gracias, señoras y señores, se hace lo mejor que se puede”, y los espectadores aplaudían. Antes de que tuvieran tiempo de levantarse de sus asientos, la Enfermera cruzaba el salón y ofrecía en venta unos folletos impresos modestamente. En la cubierta podía leerse el siguiente título: *Aspects Médicaux de la Torture, par le Dr. H. L. Farabeuf, Chevalier de la Légion d’Honneur, etc...*

Has sido, no cabe duda de ello, la víctima de una confusión engañosa. El Teatro Instantáneo de Farabeuf es una alucinación, un sueño cuya realidad no puede dejar de ser puesta en duda. Se trata de un delirio momentáneo causado por la distorsión del espacio producida en la superficie de ese espejo manchado al que la luz del crepúsculo llega con un reflejo que todo lo vuelve confuso, inclusive aquello que somos capaces de concebir

metódicamente en nuestra imaginación. Hagamos, si no, un inventario pormenorizado de todos los objetos que hay en esta casa. ¿Piensas acaso que encontrarás entre ellos alguno que corresponda o que pertenezca al recuerdo de aquella velada en que Farabeuf hizo una demostración de su espectáculo?

Tengo otros recuerdos de aquella velada: la Enfermera, además de los pequeños folletos del Doctor Farabeuf, ofrecía también otro libro de mayor tamaño y precio diciendo: "...o este entretenido libro de imágenes para los niños". Era un libro con pastas de cartón. La Enfermera lo mostraba abierto en las páginas centrales. No he podido olvidar una de aquellas imágenes. Representaba a un niño a quien le habían sido cortados los pulgares. Las manos le sangraban y a sus pies se formaban dos pequeños charcos de sangre. Afuera de aquella casa en la que estaba el niño mutilado estaba lloviendo. Esto es una intuición inexplicable porque no había ningún indicio dentro del grabado que hiciera suponerlo con certeza. Sólo, quizá, el hecho de que en un grabado contiguo aparecía una mujer con un paraguas.

Confundes todo. Debes concentrarte.

Ese gesto es un gesto inolvidable. Pasaste ante mí con las manos enguantadas. Habías distendido los dedos dentro de aquellos guantes color de ámbar y en medio del espanto que me producía tu cercanía noté, no sé por qué, tal vez por la apariencia siniestra

que aquellos guantes le daban a tus manos, que a pesar de no estar mutilado parecía que te faltaban los pulgares.

Te equivocas garrafalmente. Hay algo en tus recuerdos que te impide traerlos a la mente con la nitidez que fuera necesario. Todo en ello es turbio y confuso. Te sientes abrumada por la presencia demasiado tangible de ese ser que has creado y que hubieras querido ser. Algo en toda tu vida se te escapa. Un instante quizá. Un instante definitivo que puede darte la clave de lo que realmente eres o de lo que has dejado de ser para turbarte tanto. Un diálogo escuchado accidentalmente, una palabra tan sólo de ese diálogo podrá darte la clave de un misterio en el que vives envuelta desde entonces. Te aturde la confusión en que yacen tantas cosas que has mantenido en silencio o en secreto. Usted estuvo enamorada, ¿no es así? Usted amó a Farabeuf, o a esa abstracción que él representa. Tiene usted un carácter demasiado imaginativo. Su viaje al Lejano Oriente ha sido un viaje de recreo. Una excursión económica, un veraneo modesto como corresponde a sus posibilidades. Usted es proclive al ensueño. Busque usted, entre todos los objetos que celosamente guarda en los desvanes de esta casa vieja, algo —esos libros, los instrumentos enmohecidos, que tanta inquietud le causan. O bien descanse usted. Trate de salir de sí misma. Adquiera nuevos intereses. Una temporada cerca del mar...

—El tumbo de las olas resuena lentamente afuera. Ha caído la

noche y nos hemos tendido en esa cama blanca de hospital en aquel cuarto todo pintado de blanco. Farabeuf hace sonar un gong. Un destello cegador se refleja en esos espejos y esa fotografía que tú dejaste abandonada sobre la almohada después de habérmela mostrado insistentemente, se interponía en aquel abrazo infinito, tenaz como el mar, como las olas que escuchábamos desde allí. Quizá todo esto sea un recuerdo. Tú me dices que nada ha pasado. Has entrado en esta estancia que ha sido el recinto en el que Farabeuf presentaba su espectáculo y yo estaba de espaldas porque no deseaba encontrarme de pronto con tu mirada. Has caminado hasta la mesilla donde has dejado tus guantes después de quitártelos muy lentamente, luego te has vuelto hacia mí, pero yo, por temor a encontrar tu mirada, he corrido hasta la ventana sobre uno de cuyos vidrios había yo trazado minutos antes, sobre el vaho, un signo. Al pasar frente a la mesilla mi pie ha rozado la base que figura una garra felina que retiene una bola. De pronto me he detenido porque desde el otro lado de la calle alguien me mira en los ojos con una mirada que provoca un recuerdo o una imagen insoportable, una sensación que transfigura el verdadero sentido de las cosas y en ese momento me detengo bruscamente y todo se suspende, menos ese sonido lento y torpe de dos tablitas que se rozan, de unas monedas que caen, en el fondo del pasillo, y un disco rayado que repite siempre la misma frase. Eso es, en realidad, lo que pasa. No puedo concebir nada más. Era una mirada capaz de infundir un terror infundado.

Capítulo VII

Fíjate bien, son cosas que de tan ciertas sólo pueden ser olvidadas. Tienes que concentrarte hasta que tu propia voz sea capaz de proferir la respuesta que buscas. No te importe la lluvia. Parece rocío sobre tu pelo. Después, cuando volvamos a la casa te cambiarás de ropa o te envolverás en esa bata de seda blanca que en la penumbra, cuando te tiendes sobre la cama, te da la apariencia de un cadáver. Pero ahora está atenta. No quieras cerrar los ojos cuando los verdugos gesticulen en torno a su cuerpo desnudo. Tienes que tomar estas cosas con toda naturalidad, después de todo se trata de una especie de rito

naturalidad, después de todo se trata de una especie de no exótico y todo es cuestión de costumbre. ¿Te sientes desfallecer? —No, el suplicio es una forma de escritura. Asistes a la dramatización de un ideograma; aquí se representa un signo y la muerte no es sino un conjunto de líneas que tú, en el olvido, trazaste sobre un vidrio empañado. Hubieras deseado descifrarlo, lo sé. Pero el significado de esa palabra es una emoción incomprensible e indescifrable. Nada más que una sensación a la que las palabras le son insuficientes. Tienes que embriagarte de vacío: estás ante un hecho extremo. Tu cuerpo se queda solo en medio de esta muchedumbre que viene a presenciar el fin de un hombre y sólo tú participarás del rito, de la purificación que el testimonio de su sangre realizará en tu mente. Recordarás entonces esa palabra única que has olvidado y de cuyo recuerdo súbito pende la realización de tu vida; conocerás el sentido de un instante dentro del que queda inscrito el significado de tu muerte que es el significado de tu goce. Aprende; la contemplación del suplicio es una disciplina y una enseñanza. Mira cómo todos acuden con humildad, cómo se van aglomerando poco a poco en torno a la estaca. Sólo los verdugos emiten sonidos agudísimos mientras se afanan disponiendo y aprestando sus instrumentos de trabajo, probando con la fuerza de sus brazos la resistencia de las ligaduras, cerciorándose con las yemas de sus dedos del filo de las cuchillas, flexionando las hojas de las pequeñas sierras para conocer el grado de su temple. Guardan junto a la estaca una jaula con palomas. Cada una de ellas lleva sobre el lomo un

chao-tsé. Cuando vuelan este instrumento produce un silbido extremadamente agudo. Llegado el momento las soltarán para ahuyentar a los buitres y salvaguardar la carroña del supliciado para que sirva de espectáculo a quienes han participado en el sacrificio presenciando la ceremonia. Esas palomas son carnívoras y se nutren de babosas. Mira a ese hombre que ahora las está alimentando. Las devoran con gran avidez. La civilización milenaria de este pueblo ha sabido aunar a la perfección las manifestaciones de su religión y de su justicia con la utilidad práctica. Las babosas infestan los arrozales devorando los brotes tiernos. Estas gentes han enseñado a las palomas a devorarlas. ¿Piensas acaso que eres la víctima de una alucinación? Tal vez. Pero ten en cuenta que se trata de una alucinación cuyo contenido, cuyas imágenes pueden matarte. Si no fuera por eso no estaríamos aquí. Cuántas veces lo repites: “¡una imagen fotográfica!” ¿Basta con repetirlo sin llegar jamás a creerlo? “Las mujeres no somos capaces de comprender la esencia del suplicio.” Estas palabras no sirven para escapar. La vida de las mujeres es una sucesión de instantes congelados. “¿Me amas?” ¿Es ésta la pregunta que en tu mente me dirigías cuando de pronto te detuviste después de alejarte de mí corriendo junto a las olas? ¿Cómo saberlo si cuando me lo preguntabas eras otra! Y tenías en la mano una estrella de mar que te dio asco. La arrojaste a las olas cuando tuviste ese presentimiento de la imagen que ahora se realiza. Hélo allí. Poco a poco lo despojan de sus ropas y su cuerpo se yergue en una desnudez de carne infinitamente bella e infinitamente virgen.

¿Acaso hubieras sido capaz de imaginar esta escena tal y como está sucediendo ahora? ¿Cómo retenerla para siempre ante los ojos? Todo se vacía. No queda nada de nosotros mismos y esa ausencia de todo nos embriaga. No va quedando más que esa forma, concretándose lentamente contra la estaca, haciéndose cada vez más rígida en su actitud de desafío y de entrega a la vez, con los hombros doblados hacia atrás por la tensión de las ligaduras y el cuello alargado hacia adelante; con los ojos abiertos, abiertos más allá del dolor y de la muerte. Una mirada que nada puede apagar; como pudiera mirarse uno mismo en el momento del orgasmo. Pero esa luz todo lo oculta. Es como mira el tigre o la mirada del opiómano. Sí, acaso una fuerte dosis de opio antes de esta muerte, antes de esta fascinación definitiva de todos los sentidos, y la sangre se vuelve más cálida y fluye más lentamente, tan lentamente que el filo de la cuchilla es incapaz de hacer brotar un borbotón violento sino que el torso distendido contra el cielo nublado se va cebreando lentamente y las estrías negras sólo convergen, por el pálido cauce de las ingles, en las comisuras del sexo y de allí gotean como clepsidras, más lentas que su corazón cuyos latidos se pueden escuchar desde lejos, saliendo de la herida. Así sangran los cadáveres: por gravedad, con esa lentitud se va deletreando la palabra que la tortura escribió sobre el rostro que has imaginado ser el tuyo en el momento de tu muerte: con esa lentitud torpe de ouija. Y tú estás fija allí y yo te miro mirarme fijamente. Pretendes descubrir mi significado y te horroriza la sangre que mana de mi cuerno y a la vez te fascina porque en su

mano de mi cuerpo y a la vez te rasca porque en su contemplación crees redimirte. No alcanza la distancia que hay entre tú y yo para contener este grito diminuto de la muerte...



Es posible que te hayas confundido. Excluyes la posibilidad de que ese hombre que pende mutilado de una estaca manchada con su sangre seas tú misma. ¿Acaso no había un enorme espejo allí, en aquel salón en el que decidiste entregármeme muerta?

No has sabido leer en ese libro que encontraste sobre la mesilla:

AVISO

Cuando se lea en este libro: Incídase de izquierda a derecha...; atáquese el borde izquierdo del pie...; prosígase hasta la cara derecha del miembro...; adviértase que los términos *izquierda* y *derecha* se refieren al operador y no al operado.

Por consiguiente, incídase de izquierda a derecha, quiere decir: de la izquierda del operador a su derecha; —atáquese el borde izquierdo del pie, significa: atáquese, sobre cualquiera de los pies, el borde situado a la izquierda del operador; —prosígase hasta la cara derecha del miembro, quiere decir: prosígase hasta la cara del miembro que queda ante la mano derecha del operador.

Este aviso es una sabia precaución del Maestro, sobre todo si se tiene en cuenta la existencia de ese espejo, ¿no crees?

¿Espejo o puerta? —¿Pretendes acaso imaginar un artificio que borre de mi mente esa imagen? pero yo lo recuerdo todo.

—Cuéntamelo pues; ¿cómo empieza la ceremonia? ¿El paciente ofrece resistencia a sus médicos?

—No; el paciente se abandona al suplicio. Él sabe cuál es su destino. En su entrega está su significado.

—Dime, dímelo ahora: ¿sonríe cuando le aplican por primera vez la cuchilla en la carne?

—Sí, en cierto modo sonríe... sonríe de dolor.

—Cuéntame todo. ¿Cómo se inicia el tratamiento?

—Con palabras.

—¿Qué palabras?

—Palabras lentas, como las que profiere la ouija. Primero le hacen dos tajos horizontales sobre las tetillas...

—¿Y luego?

—Y luego, jalando hacia abajo los bordes de esas incisiones, el verdugo le arranca la piel hasta dejar descubiertas las costillas.

—¿Gritó entonces el supliciado?

—No; me miraba en silencio.

—¿La visión de ese cuerpo desgarrado te conmovió?, ¿sentiste compasión?, ¿sobresalto?, ¿náusea?

Excitación. Excitación y deseo

—FASCINACION. FASCINACION y deseo.

—¿Te hubieras entregado?

—¿Acaso no me estaba poseyendo con su mirada...?

—Amas confundir las cosas; desvarías.

—¿Qué hacen luego?

—Dejan que sangre y lo miran.

—¿Cómo lo miran?

—¿Cómo lo miran? Como se mira el cielo en la noche o simplemente como se mira un cuerpo desnudo; quizá con horror. Luego aprietan lentamente las ligaduras.

—¿Para qué?

—Para facilitar el desmembramiento.

—¿Así es el rito?

—No; así es el procedimiento. El rito es nada más mirarlo...

—Mirarlo fijamente, ¿verdad?

—Sí, muy fijamente, para poder recordarlo después.

—Luego que han apretado las ligaduras...

—Primero le cortan las manos.

—¿Sentiste miedo?

—Sentí placer. A cada nueva etapa de la intervención, su mirada se iba aguzando como la punta de una daga.

—Creíste entonces que él te pertenecía.

—Sí; y comprendí que el dolor, de tan intenso, se convierte de pronto en orgasmo.

—¿Ese hombre estaba totalmente desnudo?

—No lo sé. Alguien se interponía.

—¿Quién?

- Un hombre que se cubría el rostro con un trapo negro.
- ¿Era un verdugo?
- No; era un testigo.
- ¿Cómo lo sabes?
- Yo soy su testimonio.
- Pero, ¿qué pasa luego?
- Luego las piernas...
- ¿Es entonces cuando emplean las sierras?
- Sí; hacen un ruido peculiar.
- ¿Y la gente, qué dice?
- Todos callan.
- Cuéntame otra vez cómo se inicia la ceremonia.
- Lo llevan hasta la estaca con las manos atadas por la espalda.
- ¿El condenado mira al frente o al suelo?
- A veces mira a sus verdugos.
- ¿Opone resistencia?
- No; no opone ninguna resistencia...
- ¿Y luego qué le hacen?
- Le arrancan la ropa. Queda completamente desnudo.
- La desnudez y la muerte son la misma cosa.
- Sí, el mismo rito.
- ¿Cuándo alimentan a las palomas con las babosas?
- Más tarde, cuando acuden los buitres atraídos por el olor de la sangre.



Pon atención. Trataré de contártelo todo; sin omitir un sólo detalle. Las gentes no aguardaban con anticipación. Iban llegando poco a poco cuando la ceremonia ya había empezado. Pero él estaba allí. No sé desde cuándo; el hecho es que él ya estaba allí, como si siempre hubiera estado allí. No se percata uno a ciencia cierta de lo que pasa. De pronto surge de entre los curiosos con las manos atadas a la espalda. Todo en él, todo lo que lo rodea, está tenso, como si fuera a romperse la realidad de un momento a otro, pero él no tropieza, camina con dificultad, pero no tropieza. La estaca ya está fija en el suelo desde antes. Quizá la han puesto allí desde el día anterior. Los mecanismos materiales de la justicia son, pudiéramos decir, imperceptibles. ¿Quién construye los cadalsos? ¿Quién temple la hoja de esas cuchillas? ¿Quién cuida de que el mecanismo de la guillotina funcione con toda perfección? ¿Quién aceita los goznes del garrote? La identidad de los verdugos es inasible como el mérito de sus funciones. Es difícil relatar estas cosas porque son cosas que pasan sin que nos demos cuenta cabal de cómo pasan. De pronto ese cuerpo se cubre de sangre sin que hayamos podido darnos cuenta del instante preciso en que los verdugos le hacen el primer tajo. La fascinación de esa experiencia es total; esto sí es innegable. Cuando terminó el suplicio estábamos empapados.

No nos dábamos cuenta de que estaba lloviendo. De pronto, ya estaba él allí, pero nosotros no lo mirábamos a él, mirábamos las cuchillas que los verdugos blandían orgullosos, que los verdugos blandían con esa sabiduría y con esa destreza que da el hábito manual. Las cuchillas en manos de otros hombres serían manipuladas torpemente, con precaución, tratando de evitar el contacto de las hojas, huyendo de su filo hiriente al menor contacto. Es posible que el supliciado no se dé cuenta cabal de lo que está sucediendo. Así pasan las cosas. Uno mira de frente y sin embargo, cuando súbitamente brotan los goterones de sangre de la herida, no sabríamos decir en qué momento se produjo el tajo. Las cosas pasaban así. Desde el primer momento en que se ve la sangre escurriendo lentamente a lo largo de las comisuras de su cuerpo, cebreando lentamente la piel lampiña, distendida, arrollándose en tenues hilos de púrpura que gravitan formando estrías hacia el sexo del santo que en esas condiciones se vuelve la única parte invulnerable de su cuerpo, y luego, esa sangre se acumula en el pubis hasta que rezumando cae sobre el pavimento y queda tal como era unos instantes, luego se vuelve negra como carbón. Pero eso no es lo más inquietante. El Dignatario, el que aparece en la fotografía contemplando apaciblemente la escena desde atrás, al lado derecho, se adelanta hacia el hombre e introduciendo las puntas de los dedos entre las comisuras de los primeros tajos que han hecho los verdugos, apresa el borde inferior de la herida y tira hacia abajo, primero del lado izquierdo y luego del lado derecho. Es curioso ver cuán resistente es la carne de nuestro

cuerpo; es preciso ver la magnitud del esfuerzo que desarrolla el Dignatario antes de poner al descubierto las costillas del hombre, para comprender cuál es exactamente la capacidad y la resistencia de la carne. El supliciado nunca grita. Los sentidos quizá se vuelven sordos a tanto dolor. El Dignatario se aleja y se coloca en el lugar en el que aparece en la fotografía. Desde allí ordena a los demás verdugos, mientras se enjuga las manos manchadas de sangre, que procedan al descuartizamiento. Cuatro de ellos ejercen una función pasiva aplicando la tensión de las ligaduras, mediante palancas y tórculos improvisados, en los puntos en los que la distensión de los tejidos, de los tegumentos, de las masas musculares, faciliten los tajos de la cuchilla. La tarea de estos hombres, que en la jerga de los verdugos se llama el *hsiao kuung* o pequeño trabajo, no carece, ni remotamente, de una gran importancia. La perfección del *Len Tch'é* depende casi siempre de la correcta aplicación de las tensiones. No es de extrañar por ello que existieran en China, en la época de la dinastía Ch'in, funcionarios imperiales dedicados exclusivamente a recorrer todos los confines del Reino para reclutar a los mejores *hsiao kuun de ren*, hombres del pequeño trabajo, como se les llamaba. La práctica inmemorial de la acupuntura que ha sabido diferenciar espacialmente cada una de las partes de nuestro cuerpo seguramente contribuía, mediante la perfecta localización de los "meridianos", a dar a estos hombres un conocimiento cabal de los puntos y los grados de resistencia de sus miembros. Mira la fotografía. Analiza sus actitudes. El del extremo izquierdo de la foto muestra el brazo en alto

extremo izquierdo de la foto mantiene el brazo en alto ejerciendo, con un esfuerzo mínimo, una simple presión o torsión digital en alguna de las ligaduras o torniquetes situados a espaldas del paciente. Esta ligadura, aquí invisible, seguramente se sustenta en la estaca misma como punto de apoyo para producir una presión que aproxima y mantiene rígidos los brazos en torno a la estaca. Se ve de inmediato que ese hombre tiene la sabiduría de su oficio. La eficiencia absoluta de sus actos se retrata en la mirada serena dirigida hacia las manipulaciones del verdugo que aparece del lado izquierdo de la fotografía, en primer término de espaldas a nosotros. Una ligerísima torsión aplicada por sus dedos a una ligadura situada a la altura de la espalda del sujeto propicia o facilita en alto grado el desmembramiento de sus piernas a la altura de la rodilla. Hay otro verdugo situado a la izquierda del anterior —hacia la derecha en la fotografía— cuyo rostro no nos es posible ver. Es visible, sin embargo, un rasgo distintivo de su personalidad. Este hombre sostiene una estaca que por su posición, por su inclinación característica, es seguro que cumple la función de ejercer la fuerza mayor de todas cuantas se utilizan en esta operación. Se trata pues de un torniquete de grandes dimensiones. Esto no sería de mayor importancia si no fuera por el hecho de que la mano derecha del verdugo que maneja este torniquete no se crispa en torno a esta palanca como las proporciones y el peso probable de ella lo harían suponer, dada, sobre todo, la gran fuerza que ha de ejercer, sino que por el contrario se posa, tal parece, delicadamente sobre el madero, en

una posición semejante a como se toma el arco de un violín, plegando delicadamente, además, el dedo meñique hacia adentro y manteniéndolo sin tocar la palanca. Ese gesto indica, qué duda cabe de ello, que si bien la mano izquierda de este verdugo sirve para mantener el torniquete a la altura requerida, pues así lo demuestra el gesto firme con que la mano retiene la estaca desde abajo, la mano derecha sirve para producir levísimas modificaciones, aumentos apenas perceptibles, disminuciones infinitesimales, relajamientos instantáneos y localizados de la presión general aplicada al cuerpo del enfermo, modulaciones que sirven para frenar hasta su posibilidad más exasperante ese desmembramiento implacable, modulaciones como las que el arco produce sobre las cuerdas en la cadenza que precede y hace retroceder la coda de un trozo musical. Hay otro verdugo detrás del supliciado. Apenas son visibles su mano derecha y su frente. Seguramente cumple una función similar a la del verdugo del extremo izquierdo de la fotografía. Como el otro, no tiene sino que hacer aumentar y disminuir la presión de un torniquete hecho de cáñamo. Atrás, a espaldas del supliciado, es posible ver parte del rostro y el borde de la gorra de un verdugo que ocupa una posición absolutamente simétrica a la del verdugo que manipula el torniquete de cáñamo e inmediatamente en seguida vemos a otro verdugo, con el pelo cortado a la usanza de los manchúes, que al igual que el del extremo izquierdo de la fotografía ejerce presión a la espalda del condenado al mismo tiempo que sigue con gran atención las manipulaciones de los otros dos que en primer término, en la

fotografía, ejecutan lo que es el desmembramiento propiamente dicho. Éstos se encuentran ambos de espaldas a la cámara. Cada uno de ellos trabaja sobre una de las piernas del paciente, desmembrándolas en las coyunturas de la rodilla mediante sus sierras. Es indudable que proceden de la misma manera con los brazos si no es que lo han hecho ya. Esto es de suponerse porque habiendo empezado por amputar las manos y luego los antebrazos a la altura del codo, se requeriría una gran tensión de las ligaduras sobre los muñones del brazo para que en ellos se sustente todo el peso del cuerpo, lo que así justifica la función del verdugo que opera el gran torniquete. Es preciso tomar en cuenta la simetría de esta imagen. La colocación absolutamente racional, geométrica, de todos los verdugos. Aunque la identidad del verdugo situado a espaldas del supliciado no puede ser precisada, su existencia es indudable. Fíjate en las diferentes actitudes de los espectadores. Es un hecho curioso que en toda esta escena sólo el supliciado mira hacia arriba; todos los demás, los verdugos y los curiosos miran hacia abajo. Hay un hombre, el penúltimo hacia el extremo derecho de la fotografía, que mira al frente. Su mirada está llena de terror. Nota también la actitud de ese hombre situado en el centro de la fotografía entre el verdugo manchú y el Dignatario; trata de seguir todas las etapas del procedimiento y para ello tiene necesidad de inclinarse sobre el hombro del espectador que está a la derecha. El supliciado es un hombre bellísimo. En su rostro se refleja un delirio misterioso y exquisito. Su mirada justifica una hipótesis inquietante: la de que ese torturado sea una mujer. Si la fotografía no estuviera

que ese torturado sea una mujer. Si la fotografía no estuviera retocada a la altura del sexo, si las heridas que aparecen en el pecho de ese individuo fueran debidas a la ablación cruenta de los senos no cabría duda de ello. Ese hombre parece estar absorto por un goce supremo, como el de la contemplación de un dios pánico. Las sensaciones forman en torno a él un círculo que siempre, donde termina, empieza, por eso hay un punto en el que el dolor y el placer se confunden. No cabe duda de que la civilización china es una civilización exclusivamente técnica. De esta imagen se puede deducir toda la historia. Se trata de un símbolo, un símbolo más apasionante que cualquiera otro. Cada vez que lo miro siento el estremecimiento de todos los instintos mesiánicos. Sólo puede torturar quien ha resistido la tortura. Hipótesis inquietante: el supliciado eres tú. El rostro de este ser se vuelve luminoso, irradia una luz ajena a la fotografía. En esta imagen yace oculta la clave que nos libra de la condenación eterna. Es preciso estudiar ese diagrama, ese dodecaedro cuyas cúspides son las manos y las axilas de todos los hombres que se afanan en torno al condenado. Ese hombre, visto en la penumbra, el hombre que se apoya sobre el hombro de su vecino para poder seguir con la mirada cada una de las fases del trabajo de los verdugos, ese hombre parece no creer lo que está viendo. Los chinos nos son ajenos. Es imposible entenderse con ellos...

Conocemos su hipótesis, doctor Farabeuf; una hipótesis que podríamos llamar, *stricto sensu*, escatológica. Afirma usted, maestro, que el rostro, que ese rostro que usted fotografió, es el

maestro, que el rostro, que ese rostro que usted fotografio, es el rostro de un hombre en el instante mismo de su muerte. Afirma usted, por otra parte, en su interesantísimo trabajo acerca de la fisiología del suplicado que, por lo general en estos casos, debido a la concatenación del terror psíquico con el paroxismo de las sensaciones se produce una súbita secreción de adrenalina, la que actúa sobre ciertas células nerviosas... determina por el cambio repentino de polaridades una levísima vibración de la capa superficial del tejido conjuntivo... “una descarga...” —así la llama usted—, ¿o no?... Por lo que se refiere al desangramiento su descripción no carece de lirismo... “ello se traduce en una manifestación característica de la fisiología de los órganos masculinos... asimismo de la mujer... en el mismo caso”, dice usted. ¿A dónde nos lleva todo esto?

Se trata de un hombre que ha sido emasculado previamente.

Es una mujer. Eres tú. Tú. Ese rostro contiene todos los rostros. Ese rostro es el mío. Nos hemos equivocado radicalmente, maestro. Nos engañan las sensaciones. Somos víctimas de un malentendido que rebasa los límites de nuestro conocimiento. Hemos confundido una tarjeta postal con un espejo. Es preciso saber quién tomó esa fotografía.

La fotografía no representa sino una parte mínima del horror.





Esa cara... ese rostro es soñado... no existe... ese rostro... es el amor... la muerte... es el rostro del Cristo... el Cristo chino... ¡Señor Abate!... ¡Su Santidad!... ¡Monseñor!... ¡Monseñor!... ¡Eminencia!... ¡Su Santidad!... ¡Su Santidad!... ¡es el Cristo!... ¡es el Cristo, maestro!... ¡es el Cristo!... olvidado entre las páginas de un libro.

Comienzo a creer esta historia... y la Enfermera, ¿qué hacía mientras tanto?

—Dejaba caer las monedas... dos *yang* y un *yin*... dos *yang* y un *yin*... dos *yin* y un *yang*...

—No podrás recordarlo...

—Sí; sí lo recuerdo... tres *yang*... un *yang* y un *yin*... tres *yin*...

—¿Podrás recordarlo? Es importante. Han salido dos líneas mutantes en esa disposición... Es preciso estudiar la configuración de los verdugos... es importantísimo... forman un dodecaedro con seis cúspides visibles... son seis los verdugos que actúan sobre el cuerpo del supliciado, seis... como las líneas del hexagrama... *yin-yang*... como el *t'ai ki* también: la conjunción de dos seises... Ese hombre está drogado, pero entonces ¿por qué irradia tanta luz de su rostro?... Eres tú... fuiste tú... la simetría perfecta de la disposición de los

verdugos... Ese hombre de la derecha, el Dignatario... ese hombre no es un verdugo, es un testigo, es evidente. Maestro, es preciso que nos conteste usted una pregunta: ¿retocó usted la fotografía?

—Un buen fotógrafo nunca retoca.

—¡Cómo puede alguien atreverse a contemplar tal escena!

Por primera vez... por primera vez... es posible sentir toda la belleza que encierra un rostro... sí, por supuesto... es una mujer... una mujer bellísima... la mujer-cristo...

¡Pasen, señores, pasen! ¡Véan las maravillas del mundo! ¡Los monstruos que asombran! ¡La beldad que enloquece! ¡El Mal que hiela! ¡Pasen, señores, pasen! ¡Pasen a ver a la mujer-cristo!”

Mira ese rostro. En ese rostro está escrita tu verdad. Es el rostro de una mujer porque sólo las mujeres resisten el dolor a tal extremo.

¿Quiénes son?

Si entrecierras los ojos pensarás que son turistas, pero luego aparece su verdadero rostro, su rostro de chinos, chinos que quieren ver...

Sí, es el instante de su muerte: he ahí otra conjetura. Trata de imaginar lo que se siente...

Una circunstancia que permitiría demostrar que el supliciado es una mujer es la localización por demás irracional de las incisiones practicadas en el tórax. Se trata en esencia, en el *Leng Tch'e*, de un procedimiento de amputación por descoyuntamiento de los miembros en las articulaciones y viceversa; ¿por qué, entonces, esos tajos por encima de las tetillas? Esas incisiones sólo se explican por el hecho de que en el lugar en que se encuentran existieran volúmenes o masas musculares suficientemente prominentes como para ser considerados como miembros, extremidades o protuberancias del cuerpo, lo cual según la tradición y el pensamiento chino relativo a la descripción del cuerpo humano, o sea la anatomía, sería bastante factible ya que la concepción china de la anatomía se funda en el concepto de espacio, mientras que la nuestra se funda en el de tiempo, de allí la fisiología que no es otra cosa que el estudio del comportamiento de las partes del cuerpo en el tiempo...

Esa mujer no es ni rubia ni morena; es *esa* mujer. ¿La reconocería usted, doctor, si un día encontrara ese rostro detrás del cristal de un frasco para preparaciones anatómicas, como esas cabezas singulares que se conservan en el Museo Dupuytren, eh? ¿Reconocería usted a Méline Dessaignes en tales circunstancias? Sus ojos no son negros ni claros; esa boca no es de nadie. Mire usted esa fotografía con gran cuidado: ¿no reconoce usted a Méline Dessaignes?

La disposición de los verdugos es la de un hexágono que se

desarrolla en el espacio en torno a un eje que es el supliciado. Es también la representación equívoca de un ideograma chino, un carácter que alguien ha dibujado sobre el vaho de los vidrios de la ventana, de eso no cabe duda. Puede ser cualquiera de las dos cosas: un ideograma o bien un símbolo geométrico. La ambigüedad de la escritura china es maravillosa y de esa forma que se concreta allí, en la imagen del supliciado, podemos deducir todo el pensamiento que es capaz de convertir esta tortura en un acto inolvidable. Si aprendes a decir ese nombre comprenderás el significado final del suplicio. Mira este signo:



Es el número seis y se pronuncia *liú*. La disposición de los trazos que lo forman recuerda la actitud del supliciado y también la forma de una estrella de mar, ¿verdad?

Capítulo VIII

Tratas de comprender la esencia de ese símbolo. ¡Quién hubiera pensado que Farabeuf se valdría de ese objeto cuya sola concepción, estudiada metódicamente, es capaz de romper la mente en mil pedazos! Pero por encima de esa realidad turbadora, la memoria del maestro ha sabido recoger los fragmentos de esa vida que se te escapa en el olvido; mediante la disciplina del clatro ha reconstruido, como se hace con un rompecabezas, la imagen de un momento único: el momento en que tú fuiste el supliciado.

“... la imagen de un hombre y una mujer que caminaban por la playa. De pronto la mujer echó a correr dejando atrás al hombre que no intentó darle alcance sino unos instantes después. Pero luego la mujer se detuvo bruscamente y se volvió hacia el hombre. Éste se turbó, como si no la hubiera reconocido. Yo sin embargo reconocí ese nuevo rostro. Sus ojos se habían posado en mí y tal vez la mujer me reconoció también. Esta hipótesis explica su intempestiva carrera para alejarse de aquel lugar ya que nuestra presencia allí hubiera bastado para poner en peligro el plan. Os comunico este incidente para explicar mi partida. Los intereses de nuestra causa lo exigen ahora...”

La primera parte del ejercicio está concebida para hacerte comprender todas las posibilidades de la multiplicidad del mundo: trata de concebir este clatro reflejado en el espejo.

... simplemente un objeto adquirido por capricho en un *chinatown* banal...

“... Imagen de tu vida”, dijo Farabeuf haciendo girar el clatro lentamente entre sus dedos afilados, manteniéndolo muy cerca de sus ojos, regocijándose en el ruido diminuto que producían las esferas al tocarse sus superficies...

Te has detenido frente a la ventana bruscamente. Temes el roce de mi mano. Empieza la noche y la lluvia sigue cayendo tenuemente a pesar de que ya no se escucha el golpe de las

gotas contra los cristales. Te has detenido y miras a través de esos vidrios empañados en los que alguien —tú quizá— trazó con la punta del dedo un signo ambiguo, tal vez el carácter que significa seis en chino. Tratas de discernir con claridad lo que está pasando allá fuera. Una silueta turbia se vislumbra a través del vaho y tratas de adivinar la identidad de esa sombra cuya mirada se clava en tus ojos fijamente sin que tú lo sepas. Pero has aprendido, mediante todas estas disciplinas, a reconocer esas sensaciones indefinibles. Has aprendido ya a definir las como algo que escapa al conocimiento. Te volverás acaso hacia donde yo estoy y tratarás de descubrir quién soy porque ahora tú eres otra, la Enfermera, que surgida de las sombras del pasillo se dirigió rápidamente hacia la ventana cuando presintió la presencia de Farabeuf cruzando lentamente la calle, agobiado por el peso de su maletín de cuero negro, bajo el paraguas empapado. Corriste hacia la ventana profiriendo a la vez una sílaba fracta, el comienzo de un nombre que nunca has podido recordar por entero. Hubieras huido, marchándote bajo la lluvia, por escapar de aquella mirada, de aquella presencia que siempre te imaginaba muerta, tendida sobre la plancha del enorme anfiteatro, desnuda en tu aceptación del suplicio, abierta por entero hacia aquellas imágenes que ahora te serían borrosas y tu desnudez se confundiría en la mente del maestro con la desnudez de aquellas mujeres que la mano de un pintor inquietante había trazado sobre la bóveda de ese depósito de cadáveres mutilados. Tu desnudez misma sería como la confirmación de un acto definitivo. Acaso estás muerta, allí, ante mí. No faltarán sino

unos minutos para que tu cuerpo se recubra de esas estrías lentas que la sangre traza, por gravedad, en las comisuras del cuerpo después de que el bisturí recorre la piel como una caricia apenas perceptible, pero inequívoca en el florecimiento de las vísceras que brotan a través de las incisiones como los retoños de una primavera tenebrosa. No; no hables. Guarda silencio, tienes que escuchar todo lo que yo digo antes de tu desfallecimiento. Has querido entregárteme muerta. Supón por un momento que la hora de tu entrega ha llegado. No temas. Después de todo este objeto es inofensivo. El cuerpo le es ajeno y sólo sirve para hacer la disección de la mente, un acto indoloro pero que lleva aparejado un riesgo mortal. Más tarde Farabeuf traerá las cuchillas, pero para entonces habrás sucumbido a la fascinación de estas pequeñas esferas. ¿Temes que te engañe? ¿Sufres? ¿Acaso no te he reconfortado en todas las ocasiones en que pensaste ser la Enfermera y te imaginaste sucumbir a la caricia de ese hombre, a esa caricia hecha de tintineos de acero sobre una plancha de mármol? No temas; es cuestión de un instante... después de todo yo estoy aquí porque tú me llamaste. ¿Crees acaso que ha llegado el momento en que conforme a tus deseos habrás de entregárteme muerta, un cuerpo yerto sobre la plancha de mármol? Tu desnudez será para entonces más fascinante y más aterradora que el clatro. Deseas, sin embargo, asistir por última vez a la representación. Quizá encontrarás en los juegos de luces del *Teatro Instantáneo del Maestro Farabeuf* la clave del misterio. ¿Quién eres tú que así te olvidas de ti misma? Un cuerno atado a una estaca sanguiolenta. Un

de ti misma: Un cuerpo atado a una estaca sangrienta. Un grito en la mitad de la noche que despeja los cielos, un cuerpo inmóvil que espera la llegada de la muerte junto al quicio de una puerta pintada de blanco. No te distraigas. Debes concentrar todo tu pensamiento en estas esferas de marfil. Sin una gran concentración mental es imposible obtener un resultado satisfactorio. Yo iré anotando los valores numéricos equivalentes de cada jugada. ¿Sientes ya que el indicador se desplaza sobre la tabla? Es fácil equivocarse. Estás pensando en otra cosa. Cierra los ojos. Olvida la imagen de esas cuchillas brillando sobre la mesilla de hierro con cubierta de mármol. Alguien que por ahora no tiene ninguna importancia para nosotros las ha dejado olvidadas con la intención de que esa imagen se repita en tu mente en el momento justo en que estés a punto de recordar ese nombre. Tal vez lo descubras mediante un método adivinatorio, pero para ello es preciso que te concentres, o que te abandones por completo a los designios de la casualidad. Sí; debes abandonarte por entero a esta experiencia. Llegado el momento te tomaré en mis brazos y mientras miras tu rostro reflejado en ese enorme espejo susurraré en tu oído la palabra que tanto deseas escuchar. No temas. Yo te amo. Por eso he venido. He comprendido a través de tus palabras toda la angustia de tu cuerpo que aspira ya, por el deseo, a una muerte tibia y apenas perceptible. No temas. ¿Es preciso que te repita esta indicación un millón de veces hasta que comprendas que lo que yo te tengo deparado es más lento y más exquisito que esa tortura en la que tu piel y todos tus sentidos se recrean cuando

por las tardes te pones a contemplar insistentemente esa fotografía que alguien dejó olvidada en esta casa para que tú un día la encontraras? ¿Es preciso que te lo diga tantas veces?

“... doscientos millones de infieles. La posibilidad de atraer al seno de nuestra Santa Madre... la instauración de una Iglesia Católica China comprometida secretamente con Roma... disyuntiva a la que los núcleos revolucionarios que funcionan en Tokio no se muestran del todo reacios ya que son sus propios dirigentes los que han sugerido esta posibilidad a nuestro agente como un medio para romper el poderío de la dinastía reinante... consideraciones que habrán de ser comunicadas *sub sigillum* al Rev. P. Friedman a la mayor brevedad posible con el fin de que me sea posible conocer la acogida que en la Cancillería Secreta tengan estas proposiciones antes de mi retorno a Europa y así poder establecer los contactos necesarios para proseguir las pláticas con los representantes de los clubes republicanos en Barcelona...”

Se trata, para qué negarlo, de una especulación carente de todo fundamento, ¿verdad, señor abate? Habéis incurrido en el pecado de simonía.

—Y luego, hermana, ¿qué pasó?

—Mi cuerpo flaqueó...

“Él, entonces, la tomó en sus brazos...” o bien: *induxit monacam ad copula.*

—¿Estabais al tanto de la índole de la misión que había llevado al llamado Paul Belcour a China?

—

—¿Estaba el llamado Paul Belcour al tanto de la verdadera naturaleza de vuestro estado religioso?

—

—Concebís la posibilidad de que el llamado Paul Belcour conociera vuestra identidad secreta por otros conductos?

—

—Si aquella mujer os había reconocido, ¿por qué, entonces, se detuvo de pronto volviéndose hacia donde estabais, padre?

—Esa mujer había sufrido una confusión momentánea acerca de mi identidad, Monseñor.

—Ello quiere decir que os conocía.

—Sí, tal vez...

Te equivocas; toda tu confusión se debe a la ausencia de tu cuerpo aquí, ante el recuerdo de lo que hemos sido y que ahora podemos contemplar gracias a todas las posibilidades que se han concretado en estas esferas, gracias a un azar que nunca habíamos concebido. En realidad todo no es tan complicado como parece. Basta que los orificios tallados en los seis niveles que componen el clatro coincidan. Es un juego muy sencillo. Los chinos lo llaman el juego de *hsiang ya ch'iu*. Toma el clatro entre tus dedos por la base y hazlo girar. Después de cada movimiento mira a ver cuántos orificios han coincidido y cuáles

de ellos. Cada una de las esferas tiene seis orificios y cada orificio tiene un valor numérico y un significado específico y cada esfera asimismo tiene un significado que engloba los seis orificios que la componen. Advierte que por una disposición que sólo una habilidad demoniaca pudo concebir los orificios de los diferentes niveles no se continúan siempre desde la periferia hacia el centro, es decir que si una serie de seis orificios coinciden desde el primer nivel hasta el centro del clatro, no necesariamente coinciden de la misma manera los otros seis orificios de cada uno de los niveles. Así pues, si los orificios 2, 3 y 5 de la esfera exterior constituyen una serie ininterrumpida con los orificios de los otros cinco niveles hacia el centro, los orificios 1, 4 y 6 del nivel periférico pueden coincidir con orificios semejantes del tercero y sexto niveles, pero no del segundo y quinto. Ello da por resultado que a cada movimiento del clatro se produzcan series continuas y discontinuas de orificios desde la periferia, o sea desde el nivel de la primera esfera hacia el centro, o sea la última esfera desde el centro. Si consideras cada una de las esferas como la conjunción de dos hemisferios divididos por un ecuador habrás de tener en cuenta que el valor ordinal y numérico de cada serie de orificios está determinado por la localización de los orificios del primer nivel con respecto al ecuador de la esfera exterior que por ser inmóvil sobre la base que lo sustenta es invariable de la misma manera que el meridiano virtual, representado por una pequeña hendedura tallada sobre la base, que representa la referencia longitudinal, a lo largo del ecuador de la misma manera que los meridianos

lo largo del ecuador de la misma manera que los meridianos cartográficos que sirven para localizar un punto sobre un mapa o su sistema de coordenadas esféricas y que se polarizan sobre lo que sería el eje vertical de rotación, no de todas —ya que los niveles interiores pueden girar sobre un eje colocado en cualquier posición—, sino sólo de la esfera exterior que está fija sobre el vástago que la retiene sobre la base y cuya proyección en el interior de la esfera exterior constituiría dicho eje. De esta manera la superficie de la esfera periférica queda dividida en seis husos de esfera cada uno de los cuales corresponde y está determinado por los orificios abiertos en ella, sólo que estos orificios están alternadamente colocados ya sea arriba o abajo del ecuador que divide los husos en dos partes. Así, de los seis medios husos boreales sólo el primero, el tercero y el quinto están horadados, de la misma manera que de los seis medios husos australes están horadados el segundo, el cuarto y el sexto. Ahora bien, la disposición alterna superior e inferior de estos orificios circulares sobre la superficie de la esfera exterior es tal que entre ellos se establece una relación axial de tal suerte que si nos fuera dado extraer las cinco esferas interiores restantes o si hiciéramos abstracción de ellas y mediante ejes estableciéramos una relación entre los orificios situados en los medios husos del hemisferio austral o inferior mediante ejes que pasaran por el centro de la esfera a partir del centro de los orificios circulares situados en los medios husos alternados superiores e inferiores hacia sus antípodas, o sea el centro exacto de los orificios circulares situados en los medios husos boreal o australmente

correlativos, encontraríamos que los orificios primero, tercero y quinto del hemisferio superior corresponden con los orificios segundo, cuarto y sexto del hemisferio inferior. Si además de esto consideramos que el meridiano de referencia indicado por la pequeña hendidura tallada sobre la base del clatro es la línea que delimita el primer huso en su extremo derecho para el observador o sea el huso situado a la izquierda de la marca de referencia desde el punto de vista del observador, si asimismo concedemos al orificio situado en la parte superior de dicho huso el valor ordinal 1, y si además damos la denominación de “norte” y “sur” a cada uno de los orificios según sea que estén colocados arriba o abajo del ecuador, resultará que los orificios de la esfera exterior del clatro corresponden entre sí, mediante los ejes imaginarios, de la siguiente manera: 1 norte con 4 sur, 2 sur con 5 norte, 3 norte con 6 sur, 4 sur con 1 norte, 5 norte con 2 sur, y 6 sur con 3 norte. Si entonces concedes nuevamente un valor ordinal a los orificios del de la esfera exterior pero no en sentido positivo sino en sentido negativo, es decir el valor 1 para el orificio 6 sur, el valor 2 para el orificio 5 norte, el valor 3 para el orificio 4 sur, y así sucesivamente hasta llegar al valor 6 para el orificio 1 norte, conseguirás una serie ordinal numérica correspondiente a la sucesión, en sentido negativo, como es la tradición concebirla al emplear el método adivinatorio del *Ching*, de las líneas que forman los hexagramas. Si entonces haces girar el clatro e introduces una varita a través de los seis diferentes orificios de la esfera externa, todas las veces que esta varita atraviese el clatro para salir por el orificio antípoda

considerarás que se trata de una línea continua mutante, todas las veces que la punta de la varita llegue al centro del clatro considerarás que se trata de una línea rota mutante y en los demás casos las líneas serán inmutables, continuas o rotas según que el número de superficies de esfera que la varita atraviere, rotas si par, continuas si impar, ¿has comprendido los fundamentos de este procedimiento? Ahora toma el clatro en tus manos, recuerda aquella imagen, concentra tus pensamientos, y hazlo girar mientras repites para ti misma, mil veces si posible, esa misma pregunta: ¿De quién es esa carne que hubiéramos amado infinitamente?

Buscas en vano. Tu cuerpo será tal vez una pregunta sin respuesta. Huyes de mí. De pronto te detienes y escuchas el tumbo de las olas. Desmayas. Es una sensación que trasciende los límites estrechos de todas las miradas. Vas a caer, pero no, te yergues ante ese horizonte que lentamente se va volviendo turbio. Es preciso recordar las palabras que has dicho: "...aquel farallón", y señalas un promontorio en torno al que los pelícanos revolotean tratando de cazar su presa. ¿Te refieres a eso? ¿Por qué trataste de huir? ¿Encontraron tus ojos un rostro imprevisto? ¿Pudieron discernir a través del vaho de ese ventanal un signo tenebroso, la línea de la vida en una mano cortada, un miembro amputado gratuitamente, conservado en formol a lo largo de los años, olvidado en el desván de una casa deshabitada, para que tú, tú que creíste olvidarlo todo ante la amenaza de aquella cuchilla que relucía como un astro filiforme en la luz del

crepúsculo, lo encontraras un día? “Una preparación de academia” —un memento de los días de estudiante—, el accesorio sangrante de la iniciación en una sociedad estudiantil de amputadores: *Gaudeamus igitur: juvenis dum sumus.* — Pero no; tu cuerpo no estaba destinado a los placeres del desmembramiento de cadáveres en los rincones de una casa vieja. ¿Qué es lo que te ha hecho volcar el destino de tu vida anodina —tu vida de mujer— hacia ese cauce en el que el conocimiento es una cifra, un signo trazado indiferentemente pero cuyo significado encierra la clave de tu entrega, la definición absoluta de tu muerte? Usted está gravemente enferma como consecuencia de los excesos cometidos durante su viaje al Oriente. Sométase al tratamiento. He aquí el último cuestionario. Los grandes clínicos han contribuido a confeccionarlo. Procure contestarlo con franqueza. No tema revelar sus secretos más íntimos. La palpación, los tactos digitales, las biopsias cruentas, no serán necesarios si a todas las preguntas responde usted con la verdad que le dicta su cuerpo.

Ahora ya eres mía. Yaces sobre la plancha y todo mi placer se anega en tu mirada sorda. Ya no eres sino una palabra. ¿Osaría proferir tu nombre bajo esta bóveda?

La primera pregunta: ¿Deseó acaso sentir entre sus manos el peso muerto de un miembro amputado?

La segunda pregunta: ¿Hubiera deseado disfrazarse de

enfermera con el fin de aumentar su atractivo sexual?

Tercera pregunta: ¿Ante la posibilidad de un embarazo, especuló usted acerca de la función a la que está destinado el instrumento conocido en los manuales clásicos de obstetricia como “basiotribo de Tarnier”?

Cuarta pregunta: Subraye usted, de las disposiciones enunciadas en seguida, la que preferiría obtener:

- a) .- *Yin, yang* mutante, *yin*.
- b) .- *Yin* mutante, *yang, yin*.
- c) .- *Yang, yin, yin*.
- d) .- *Yin, yang, yang*.
- e) .- *Yang, yin, yin* mutante.

Quinta pregunta: ¿Concibe que su muerte sería más su muerte si al morir se viera reflejada en un espejo?

Existe una conjetura fatal, señor abate, que habéis pasado por alto: el *tractat* redactado bajo vuestra dirección, en posesión de los miembros de las organizaciones facciosas, serviría, no sólo como fundamento para la instauración de una iglesia autónoma, sino como cimiento canónico de una doctrina herética; habéis sido, sin daros cuenta, el sistematizador de un testimonio que atenta contra las bases de nuestra Santa Religión, el autor de un evangelio que niega al Cristo Redentor para afirmar un cristo chino, un mesías borroso, un asesino simplemente, fotografiado en el momento de su eiecución. en el momento de su muerte.

¡Bah!, tu cuerpo es más que eso; es la extensión del mundo vista desde una altura suprema. Nadie escapa a tu huida que todo lo congela y lo vuelve inolvidable. Tu carne, cuando yo la acaricio, sabe acoger en sí misma toda la crueldad del olvido. Por eso yo no sé cómo se llama ese hombre desnudo que atado a una estaca se somete a la vida para siempre. ¿Acaso no lo adivinas en su mirada? ¡Qué importa su nombre, si, ciega, sabré toda mi vida reconocer su carne, reconocer tu cuerpo que es el suyo!

Ahora ya tu cuerpo es un hecho absoluto: ¿Qué exige tu carne más allá de este abrazo definitivo? ¿Cómo poder alcanzar el absoluto de esta quietud que ahora sólo es tuya? El goce es infinito y sin embargo en tu inmovilidad lo has agotado. Quisieras reflejarte en el espejo. ¿Quisieras reflejarte en el espejo? No bastan todas las sombras que te ciñen para concretar un punto de luz en tu mirada. Ahora estás aquí. Me perteneces en la medida en que tu muerte es la desnudez de mi cuerpo tendido al lado de tu cuerpo. La desnudez no es sino un signo de tu disolución. El amor con que mis ojos habrán de mirarte tendida en esa plancha de mármol hará que tu significado —el significado de tu lentitud infinita— se vuelva comprensible, y las palabras que hubieras querido pronunciar sólo serán audibles para mí. He tratado de entregarte, para que tú lo retuvieras en tu puño, para que lo acogieras en tu pecho, junto a tu corazón desfalleciente, el significado de un instante: el instante en el que por la amplitud de mi deseo, supe que eras mía. Tú no te

percataste de ello. Corrías hacia una ventana a través de cuyos vidrios empañados creíste descubrir una silueta inquietante, la silueta del asesino. Pero yo tuve buena cuenta de ello. Corriste entre un espejo y mi mirada, y ese espejo reflejaba la imagen de un cuadro en el que estaban representadas dos figuras de mujer: *El Amor Sagrado y El Amor Profano*; una composición célebre de un gran maestro veneciano. Pero tú no quisiste conocer mi ansiedad. Temías la llegada del cirujano. Tu cuerpo, en un estremecimiento de horror ante la posibilidad de ciertas experiencias, huyó ante mí hasta convertirse en un garabato informe, un signo incomprensible trazado con la punta del dedo sobre el vaho de la vidriera. No hubieras osado volver la mirada y sin embargo ahora eres una estatua de sal. ¿Quién te impulsó a llamarme? ¿Quién dibujó en la noche esa figura en la que se concentra el último significado de una cifra inquietante: el número seis? ¿Fuiste tú quien lanzó esas monedas cuyo tintineo, viniendo desde el fondo del pasillo te hizo estremecer mientras tratabas de descubrir la identidad de una sombra? ¿Creíste acaso ser tú la Enfermera que eternamente espera en la penumbra la llegada de aquel que habrá de realizar un acto quirúrgico capaz de trastocar la sucesión de los hechos? ¿Estuviste acaso tú en Pekín el veintinueve de enero de mil novecientos uno? ¿Presenciaste ese acto radiante —terrible de tan luminoso— cuyo testimonio pretendes ser? ¿Eres tú quien recogió esa estrella de mar? Eres una equivocación radical. Rechaza ahora ya el engaño de todos estos años, el engaño de este instante en que creíste convertirte en algo inolvidable. ¿Por qué quisiste regalártelo, muerte?

en algo inolvidable. ¿Por qué quisiste regalarmente muerte? Cuando mil veces mil instantes como éste se repitan en la sombría dimensión de tu vida, tu cuerpo ante el espejo, de par en par abierto como una puerta por la que se cuele el airón de la muerte, se quebrará mil veces como un trozo de hielo bajo el sol, y la mosca que creíste ver morir junto a los flecos del desvaído cortinaje de terciopelo revivirá animada de su lujuria de carroña y se posará en tu rostro para devorar la carne congelada de tus pupilas. Un hilillo de sangre surcará la comisura del quicio y por debajo de la puerta pintada de blanco que no quisiste abrir, penetrará en el pasillo y correrá hasta el salón en el que yo contemplo la lenta podredumbre de tu carne inaccesible. Desnudez y silencio. ¿Qué más puedes exigir de este instante? ¿Temes acaso la llegada de ese hombre que bajo el hemisferio llagado de un paraguas absurdo ha clavado su mirada turbia en la adivinanza de tu cuerpo visto a través de un vidrio empañado? ¿Pretendes escapar hacia mi olvido, perderte en esa soledad hecha de sombras? ¿Quieres ahora ser la Enfermera, ser el testigo y no ya el testimonio? Lanzarás las tres monedas entonces preguntando mentalmente si tu muerte bastaba para calmar mi deseo y un hexagrama único e inesperado, la sexagesimoquinta combinación de seis líneas quebradas o continuas se concretará para decirte que yo, igual que tú, no soy sino un cadáver sin nombre, tendido hacia la amplitud de una bóveda surcada de imágenes —mujeres que a la orilla del mar esperan la llegada de una barca—, un cadáver que aguarda la llegada de esa enfermera inquietante que aprendió, en los

sótanos de la rue Visconti, a blandir los escalpelos, a conocer el verdadero significado del suplicio mediante un rito, mediante la repetición de un acto que, aunque nada significa, convulsiona el sentido aparentemente inmutable de la carne. ¿Quién soy?, preguntas. Mi identidad te inquieta porque en tu entrega confundí tu vida con tu muerte y pensé que ambas eran la misma cosa. ¿Crees acaso que yo soy ese cuerpo que se yergue hacia ti, hacia el recuerdo de tu carne mientras esa máquina hexagonal compuesta de verdugos se afana en torno a él para revelarte el significado del amor, de la vida? ¡Cuántas veces, al pasar las páginas de ese libro que describe la mutilación del cuerpo en términos de una disciplina metafísica habrás pensado que yo soy Farabeuf! ¿Por qué entonces quisiste morir para entregármelo en el momento en que viste girar la perilla de bronce de la puerta creyendo que quien la hacía girar era el Maestro? Pero no, por el contrario, era un saltimbanqui bizarro que venía a ofrecernos un espectáculo aparentemente ingenioso pero en realidad deplorable. No sabes fijar las ideas. El instructivo era bastante claro en este sentido: “*Concentre su atención...*”, decía, pero tu pensamiento oscilaba como un péndulo errático. Quisiste conocer todos los significados de la vida sin darte cuenta que el último significado, el significado en el que estaban contenidos todos los enigmas, la realidad que hubiera permitido conocer nuestra existencia en su grado absoluto, no era sino una gota de sangre, la gota que rezuma cada milenio y cae sobre tu pecho marcando con su caída el transcurso de un instante infinito. Tú la viste traspasar ese umbral, su bata de enfermera estaba

manchada de excrecencias mortuorias, mas tú no lo quisiste creer. Quisieras ser ella, ¿verdad? No pensaste jamás que tú — cuántas veces habrá que repetirlo para creerlo—, que tú *y yo* no éramos más que el reflejo de esos seres turbios que amaban contemplar sus rostros en este espejo, que deseaban ser nosotros, su reflejo. No pensaste jamás que ese espejo eran mis ojos, que esa puerta que el viento abate era mi corazón, latiendo, puesto al desnudo por la habilidad de un cirujano que llega en la noche a ejercitar su destreza en la carroña ansiosa de nuestros cuerpos, un corazón que late ante un espejo, imagen de una puerta que golpea contra el quicio mientras afuera, más allá de sí misma, la lluvia incesante golpea en la noche contra la ventana como tratando de impedir que tu última mirada escape, para que nuestro sueño no huya de nosotros, y se quede, para siempre, fijo en la actitud de esos personajes representados en el cuadro: un cuadro que por la ebriedad de nuestro deseo creímos que era real y que sólo ahora sabemos que no era un cuadro, sino un espejo, en cuya superficie nos estamos viendo morir.

Capítulo IX

Como una prueba de amor he decidido regalarte hoy un rato de esparcimiento. Celebramos, tú y yo, un aniversario secreto. No lo habrás olvidado, ¿verdad? He cambiado la disposición de los muebles. He colocado un pequeño estrado en el fondo del salón. No es muy alto pero sirve para el fin al que está destinado. Al fondo de ese pequeño escenario improvisado he colocado el espejo y un cartón blanco de regulares proporciones sobre el que serán proyectadas las imágenes de la linterna mágica. A un lado del escenario he colocado, sobre un pequeño caballete, otro cartón, de color amarillo, sobre el que está inscrito un signo, reminiscente en todo de un ideograma chino. Hubiera sido preciso tener otro espejo, pero esta deficiencia la he suplido con un poco de ingenio. He dirigido todas las luces disponibles hacia la ventana que da a la calle del lado derecho del salón. Toda esa luz, reflejada sobre los vidrios, convierte la ventana, en cierto modo, en un espejo que, si bien es bastante opaco, sirve, como quiera que sea, para los fines a los que está destinado. Al encender las luces. la parte del escenario queda más o menos en

la penumbra, tal y como lo requiere el espectáculo que deseo ofrecerte en este día. Al mismo tiempo, la imagen del salón se multiplica al infinito sobre la superficie del espejo. La ventana que hace las veces de espejo posterior, con la disposición que he ideado, cobra un carácter especial ya que en ella se ve reflejado el cartón amarillo con el ideograma chino. Esto, sin duda, tendrá un significado particular para ti, pues debe recordarte, aunque sólo sea de una manera sumaria, la ventana tal y como estaba *entonces*, o ¿no es así? Por otra parte, esa imagen, cuyo contenido es tan valioso para nosotros, presidirá el espectáculo que deseo ofrecerte en esa fecha significativa, pues siempre estará reflejada en el espejo del escenario. Hay algo que tú no debes dudar. Ese hombre que te mira bajo la lluvia, que sólo logra barruntar tu silueta a través de los vidrios empañados y que sostiene en su mano un pesado maletín de cuero negro, habrá de revelarte su verdadera identidad cuando yo lo desee. A una señal convenida que yo le haré, en un momento especial de la representación y mediante un juego de óptica que sólo él sabe conducir eficazmente, se producirá en tu mente un esclarecimiento radical. Es posible que esta súbita revelación te resulte insoportable. Irás tal vez corriendo hacia la ventana y con la palma de tu mano tratarás de borrar ese signo que para entonces será ya indeleble. Pero yo he puesto toda mi confianza en la habilidad del Maestro. Él sabrá, sin duda, minimizar las consecuencias de ese paroxismo súbito que mediante sus imágenes provocará en todos tus sentidos. He traído también, para darte gusto, este fñetro de utilería alquilado en un teatro. No pretendo sino sugerir la magnificencia de un sarcófago clásico y creo que bastará para representar la alegoría. Tú debes comprender lo que esto significa para mí. Hoy es un día especial, una hora especial, un instante, aunque sólo eso, en que espero ver colmado mi deseo. Debes prepararte con toda conciencia, no sin cierta humildad, a pasar por esta prueba, por esta ceremonia capital. No turbes ya las cosas que nos rodean. Todo es sólo un instante. Mantén tu mirada fija en ese signo que has

Yo solo un instante. Mantén tu mirada fija en los cigarrillos que has
ideado. Yo hago lo posible por ayudarte. Es preciso que estés
dispuesta, que aceptes este sacrificio con todas sus
consecuencias; no debes dudar un solo momento de mis buenas
intenciones. Quiero, en cierta forma, revelarte un misterio
inaccesible; quiero dilucidar, para que tú lo sientas con toda su
inexplicable verdad, el misterio que te mantiene inmóvil ante mí.
Comprenderás, cuando llegue el momento de hacer la señal al
meneur, cuál ha sido la verdadera significación de este instante.
No temas. Considera este ejercicio como una disciplina interior,
como una meditación que conduce al éxtasis. Te darás cuenta,
estoy seguro de ello, de que tu cuerpo desfallecerá huyendo de ti
misma y sólo su significado, su esencia última, se concretará en
las palabras que tú digas. No tardará en llegar. Debe haberse
detenido en el Carrefour a tomar una copa de calvados para
vencer el frío. Esto te da el tiempo necesario para disponerte a
recibir esta pequeña ofrenda que yo te hago con el fin de
perpetuar una fecha. Es bueno siempre conocer la cifra de los
días. Es más fácil recordar las cosas cuando sabemos, al menos,
en qué día acontecieron. Recuerda pues, una a una, las cosas
que no deseas olvidar. Dentro de poco tiempo dará comienzo la
función y desfilarán ante tus ojos esas imágenes cuya secuencia
ha sido minuciosamente estudiada por Farabeuf a lo largo de los
años. Su método sigue siendo un secreto, pero no puede
dudarse de su efectividad. Vas a iniciarte en un misterio del que
sólo tú, entre todos los seres humanos, vas a ser partícipe y yo
te lo ofrezco, humildemente, en este día, porque te amo.
Comprendo que es un regalo modesto, unos cuantos minutos de
un esparcimiento singular. ¿Hubieras preferido que hubiéramos
dado un paseo?, ¿a la orilla del mar, quizá? Sí, si no se tienen en
cuenta las consecuencias ulteriores, aparentemente resulta más
divertido pasar unos días a la orilla del mar, en un hotel de lujo o
en una pequeña casa con todas las comodidades... pasear
descalzos junto a las olas al atardecer, escalar los farallones
donde las olas se rompen con un tumbo violento, caminar
tomados de la mano sin decir nada. Todo ello es mejor

comparado con el torpe espectáculo del maestro, que apenas dura un instante. Pero debes tener en cuenta que si todo se realiza conforme a las previsiones que hemos hecho, si te concentras y admites, un solo instante de tu vida, esa suspensión de la voluntad y de los sentidos que pueden llegar a provocar las imágenes del teatro óptico de Farabeuf, tu vida se verá colmada. Esa identidad que te ha paralizado con su mirada fija y el significado de ese amor que no comprendes se te revelarán de pronto. Creo que diciéndote estas cosas te estoy atemorizando. No; es preciso que confíes en mí. Yo te amo, tú lo sabes, ¿no es así? Debe usted considerar esta experiencia como un tratamiento. ¿Acaso no lo es? Usted se encuentra enferma de olvido, por decirlo con un lenguaje sencillo. Nosotros deseamos ayudarle. Déjese conducir. La aplicación del tratamiento no dura sino un instante después del cual la vida sigue el mismo curso de siempre. Se muestra usted desconfiada. ¿Teme usted acaso las imágenes que puede reflejar un espejo? Recuerde que la fe salva. No le pedimos sino que tenga fe. Admita usted que en el fondo de estas cosas que le mostraremos existe una sabiduría secular; que todas ellas contienen una esencia que redime del mal. Su caso nos apasiona. Por ello hemos tomado un interés especial en usted y tenemos la mejor intención de ayudarle a salir de esa confusión de la que es presa. Afortunadamente contamos con los medios para lograr una cura radical. Manténgase inmóvil. Abandónese a nosotros. No desconfíe usted. Estamos aquí para su bien y sólo se trata de un instante; en un abrir y cerrar de ojos la vida habrá cobrado un nuevo significado para usted. Porque te amo has de permitir que te haga este regalo. Se trata de un pequeño divertimento debido a la ingeniosidad de Farabeuf. Prepárate con humildad; no debe tardar en llegar. Si se retrasa es porque a veces le falta el aliento y se detiene a descansar. Mira cómo se multiplican nuestros rostros confrontados con el precario sistema de espejos infinitos que he ideado. Conforme cae la noche las imágenes cobran mayor precisión. Es por ello necesario que se haga de noche cada vez más de noche para

necesario que se haga de noche, cada vez más de noche para poder entender esto. Estoy seguro de que te gustará la forma en que habrá de desarrollarse el espectáculo. He tratado de cuidar cada uno de los detalles. *J'ai fait de mon mieux*, como dice el Maestro siempre después de la función. Me he permitido, inclusive, un pequeño golpe de teatro. Algo, digamos, espectacular. He traído esta noche unos cuantos libritos viejos, todos iguales, comprados por peso en un depósito de papel viejo. He pegado en la cubierta de cada uno de ellos una etiqueta que dice *Aspects Médicaux de la Torture*. Al final de la función hemos dispuesto, Farabeuf y yo, que se siga el procedimiento tradicional de la primera época del Teatro Instantáneo. ¿Te gusta la idea? Lo hago tan sólo para ti, porque te amo. En este día en que habrás de redimirte para siempre de ese recuerdo que te aleja de mí, te amo más que nunca, ¿comprendes? Procura no gritar. Guarda silencio. Piensa, si puedes, que se trata de una ceremonia secreta en realidad. Vas a iniciarte en un misterio cuyo arcano te ha obsesionado sin que nunca lo hayas entendido. Es necesario que vayas a la contemplación de ese secreto humildemente. Debes inspirar compasión porque en esa ternura que provoques estará la realización de tu amor. Debes abandonarte en sus manos para poder comprender el significado de tu vida, para que puedas entender todo lo que hasta hoy no has entendido. Debes pensar que te sacrificas, pero que ese sacrificio no es sino un paso hacia la identificación de un rostro cuya mirada te sigue a cada paso, cuyo éxtasis todo lo que tú haces lo tiñe de sangre. Sacrificas tu pudor y tu cuerpo al contacto de esas manos cubiertas de hule para lograr aprisionar lo que siempre se te ha fugado. ¿Crees tú que será doloroso? No; no debes ver las cosas bajo esa luz. Se trata de un sacrificio y todo, absolutamente todo lo que suceda en esta noche, será para bien.

Debo explicarte, antes de que empiece el espectáculo, cuáles son las etapas fundamentales de su desarrollo. Te parecerá, cuando lo haga, que se trata de algo así como una ceremonia secreta, un acto equívoco o delictivo, pero no es

ceremonia secreta, un acto equivoco o delirioso, pero no es tal. Es simplemente un espectáculo cuya contemplación tiene ciertas virtudes que, si bien se pueden explicar en términos de una iniciación religiosa, es mejor considerar como un tratamiento terapéutico. Es así como lo consideraremos nosotros. Esto también lo hago por tu bien. El darle un carácter religioso a esta pequeña ofrenda tal vez te haría pensar en la muerte. Yo no quiero atemorizarte. Deseo que seas feliz. Sobre todo hoy. Ya verás que en realidad no es nada complicado todo esto. Farabeuf ama la pompa de las palabras y los gestos. Se deja, con frecuencia, llevar por el entusiasmo que le produce la aplicación de su método curativo. Es un hombre que ama su oficio con desinterés. Cada vez que introduce una mejora en el procedimiento quiere acentuarla, quiere ponerla de manifiesto a los espectadores mediante un golpe espectacular, mediante una frase que parece tener un contenido oculto. Esto satisface su vanidad de taumaturgo pero en el fondo todo lo que puede suceder durante sus intervenciones es de una simplicidad extrema. Es por todo esto necesario no dejarse engañar por la fingida solemnidad que reviste esta reconstrucción esquemática de un hecho lejano. Esas imágenes que verás proyectadas ante ti tal vez te turbarán. Un escalofrío recorrerá tu cuerpo como la caricia de una mano gélida. Querrás cerrar los ojos. Sí, entre todas, es ésta la sensación más terrible. Querrás enceger. Pero no. Valor y humildad. Ésa es la consigna de esta noche espléndida. Debes hacer acopio de fuerzas para resistir la contemplación de esas imágenes. Ya verás que pasado el primer momento todo se vuelve plácido y amable, como si ese jardincito abandonado floreciera, de pronto, después de la lluvia. Ahora te daré las últimas instrucciones. Debes seguirlas concienzudamente. De tu preparación y de tu aquiescencia a someterte a las disposiciones de Farabeuf depende el éxito de esta velada. Fíjate bien en lo que voy a decirte. Ante todo es necesario un esfuerzo supremo de concentración mental. Es así como se puede obtener la respuesta que tanto deseas conocer. Queda poco tiempo antes de que llegue el Maestro. Habrá sin

Queda poco tiempo antes de que llegue el maestro. Ahora sin duda muchas cosas que impedirán que te concentres; la música, sobre todo. Pero esto está calculado. Debes sobreponerte a ella. Se trata en realidad de un pequeño capricho del Maestro. Cree que con ello le da un carácter más teatral a su espectáculo. No trates de determinar qué es lo que esa música te recuerda. El Maestro es afecto a un tipo de música en extremo banal y muchas veces hasta obscena. Ama las viejas canciones de cabaret de su época de estudiante cuando solía frecuentar el *Chat Noir*. Es preciso desentenderse de este complemento del espectáculo. Concéntrate tan sólo en tu cuerpo. Es él, más que tu memoria, el que sufre esta prueba exquisita y cruenta. ¿Estás dispuesta? ¿Te arredra el posible dolor que te cause esta experiencia? Recuerda que sólo se trata de un instante y que la clave de tu vida se encuentra encerrada en esa fracción de segundo. Desvístete. La desnudez de tu cuerpo propiciará la curación definitiva de este mal. Cúbrete sólo con un lienzo blanco de lino. Pareces envuelta en un sudario. ¡Cómo resalta tu cabellera sobre los pliegues blanquísimos de esa túnica! Ahora ven; descansa un instante apoyada en este fèretro. Posa tu mano derecha sobre el borde de modo que tu peso caiga sobre ella. Quiero hacer un apunte sumario de esta imagen. Levanta tu brazo izquierdo como si estuvieras haciendo una ofrenda al cielo. No te muevas. Quédate así un momento. Estás fatigada. Lo sé. ¡Ya está! He captado con unos cuantos trazos el sentido esencial de la actitud. En otra ocasión tomaremos una fotografía para compararla con el original. Reposa. No debes fatigarte. La prueba será ardua pero yo tengo confianza en ti. Ha sido una buena idea traer este fèretro de utilería. Sirvió tal vez para la representación de una obra fantástica en que los muertos cobran vida en el escenario. Hoy cumplirá perfectamente la función a la que lo he destinado. No negarás que tengo cierto talento de empresario o de director de escena. Más tarde, cuando llegue Farabeuf, deberás colocarte en la misma actitud del apunte. La Enfermera se colocará en una pose determinada de antemano,

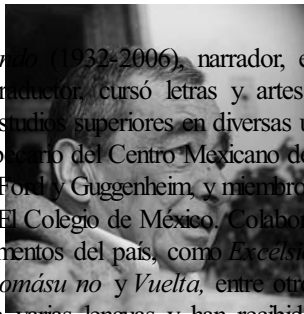
en el otro extremo del ieretro. vestida con su anudado uniforme gris representará a la otra figura de la alegoría incomprensible. A Farabeuf seguramente le gustará este cuadro plástico que evoca otros tiempos, ¿no crees? Tú también amas representar este papel. Descúbrete un poco. Muestra la carne suave y blanquísima de tus hombros. Deja que tu pelo negro caiga sobre tu espalda desnuda; deja que ondee en la ráfaga como las cabelleras de esas mujeres que están figuradas en la bóveda del anfiteatro en el que Farabeuf solía hacer sus prodigiosas disecciones. Así también, tal vez, tu presencia estará más de acuerdo con el verdadero carácter de la figura representada en este cuadro. Cobras con ello una significación que hace tu existencia más apropiada a la naturaleza de los acontecimientos que habrán de tener lugar esta noche. Llegado el momento, estas actitudes, estas representaciones de un hecho figurado, cobrarán un sentido diverso. Seremos quizá capaces de descubrir en su forma el significado que han tenido en nuestra imaginación. Pero la verdadera prueba será otra, Éstos no son sino los detalles de la ceremonia o del espectáculo. Cuando llegue Farabeuf no debes turbarte. Su presencia es, en realidad, un factor secundario. La importancia real está en lo que él significa. Todo está preparado. No es preciso ni siquiera hacer un último ensayo. He dispuesto las cosas de tal modo que todo resulte perfecto. Escucharás su voz en un diálogo tedioso con la Enfermera. Ella le hará preguntas mientras tú te abandonas lentamente, mediante un esfuerzo supremo de concentración mental, a ti misma, pensando siempre en una misma cosa, imaginando siempre, en la penumbra, una misma escena. Debes tener presente, por lo tanto, hasta el más mínimo detalle de ese documento inquietante que crees haber visto. Esos ojos que te siguen en la noche; que te siguen siempre a pesar del olvido; esos miembros tensos, mutilados, esas estrías de sangre que surcan un cuerpo anónimo, bello como el de una avispa traspasada por un alfiler. Farabeuf hará las cosas con su habilidad usual. Abandónate en sus manos. No mires los

preparativos si crees que esto te inquietara. De pronto, casi sin que tú te des cuenta, te ceñirá con sus manos enguantadas. Colocará en tu cuerpo los diferentes aparatos que servirán para mantenerte inmóvil. Recuéstate. Apoya tu cabeza en este cabezal mullido pero firme. Déjalo que rodee tu frente con esas correas, que apriete lentamente las llavecillas de presión en tus sienes, que introduzca en tus párpados, con toda la rapidez que le permite su extremada destreza, los relucientes *clamps* que aíslan los ojos dentro de sus órbitas y los mantienen inmóviles y abiertos contra toda voluntad de cerrarlos. No temas. Piensa que yo estoy cerca de ti y que te amo. Al principio tomaré tu mano en la mía. Podré decirte alguna que otra palabra de consuelo, pero luego te abandonaré a los cuidados del Maestro que te irá preparando para mostrarte, en un momento único, en un instante supremo, esa imagen memorable. Farabeuf poblará tu memoria con el recuerdo de esa cosa que sólo en tus sueños has vislumbrado y que has olvidado o que crees que has olvidado. La imagen de esa cosa que deleita y aterroriza. Luego un breve interludio. Luces. La Enfermera tal vez cantará una canción obscena y festiva y tú sabrás entonces que has perdido la voluntad sobre tu cuerpo. Desnuda te descubrirás aprisionada entre los instrumentos acerados. Con un gesto de su mano enguantada Farabeuf hará que todo vuelva a la penumbra. Proseguirá el espectáculo. Ahora serás *tú* el espectáculo. Ese juego de espejos hábilmente dispuestos reflejará tu rostro surcado de aparatos y mascarillas que sirven para mantenerte inmóvil y abierta hacia la contemplación de esa imagen que tanto ansías contemplar. No desfallecerás. Tu cuerpo está bien dispuesto al contacto frío de los instrumentos. Por eso no me importa prevenirte de antemano. Imagínate a ti misma como serás entonces. Los párpados inmóviles, dilatados al máximo hacia la frente y hacia las mejillas de tal manera que tus ojos parezcan desprenderse de tu cara. Tu boca abierta en un grito hecho de tensos alambres y de potentísimos resortes descubrirá hacia el techo de este cuarto las encías lívidas y la dentadura

avida de morder la noche en una convulsion de bestia fuertemente bridada. ¿Acaso no era ésta la menos inquietante de tus premoniciones? Es una forma de entregarte como tú hubieras querido. ¿O acaso no hubieras querido regalárteme muerta? Farabeuf no vacila. Cada uno de los tiempos de esta curiosa intervención está de acuerdo con un plan perfectamente establecido. ¿Con qué fin? Con el fin de encontrar una respuesta: con el fin de encontrar en tu imagen, en la imagen de tu cuerpo abierto mil veces reflejado en el espejo, la clave de este signo que nos turba. Y él la encontrará. Esto te lo aseguro. Bastará que en medio de esa pesadilla de tu cuerpo te mires reflejada en el espejo. “¿Quién soy?”, dirás, pero en ti misma descubrirás al fin el significado de esas sílabas que siempre habías creído sin sentido.

Escucha. No digas nada. Sus pasos en la escalera habrán de confundirse con los latidos de tu corazón aterrado. Ahora tiéndete aquí. Contempla unos instantes esta fotografía borrosa. Mírala bien. No desfallezcas. Te tomaré en mis brazos. Así. Él llegará dentro de algunos instantes. Hará girar la perilla de bronce de la puerta produciendo un rechinado característico. Me perteneces ahora como la muerte pertenece a la vida, ¿no? Afuera no cesa la lluvia. Déjame descubrir la blancura de tu cuerpo. Déjame adivinar la sangre bajo la piel. Entrégame esa carne cuyo único destino es la mutilación. Cierra los ojos. Ha llegado. Está aquí. Ahora, empieza a contar. Yo me quedaré viendo cómo la lluvia golpea contra ese ventanal bordeado de un desvaído cortinaje de terciopelo. Sigue contando. No te detengas. En tu mente van surgiendo poco a poco las imágenes ansiadas. Un paseo a la orilla del mar. El rostro de un hombre que mira hacia la altura. Un niño que construye un castillo de arena. Tres monedas que caen. El roce de otra mano. Una estrella de mar... una estrella de mar... una estrella de mar... ¿recuerdas?...





Salvador Elizondo (1932-2006), narrador, ensayista, poeta, dramaturgo y traductor, cursó letras y artes plásticas en la UNAM. Hizo estudios superiores en diversas universidades del extranjero, fue becario del Centro Mexicano de Escritores y de las fundaciones Ford y Guggenheim, y miembro de la Academia Mexicana y de El Colegio de México. Colaboró en periódicos, revistas y suplementos del país, como *Excelsior*, *Universidad de México*, *Unomásu no* y *Vuelta*, entre otros. Sus libros se han traducido a varias lenguas y han recibido el elogio y el estudio de autores tanto nacionales como extranjeros. En 1965 recibió el Premio Xavier Villaurrutia por *Farabeuf*, y en 1990 el Premio Nacional de Letras por el conjunto de su obra. Entre las obras del autor publicadas por el FCE destacan: *Narda o el verano*, *El retrato de Zoe y otras mentiras*, *El grafógrafo*, *Camera lucida* y *Pasado anterior*.

Notas

[1] Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit. Morbi commodo, ipsum sed pharetra gravida, orci magna rhoncus neque, id pulvinar odio lorem non turpis. Nullam sit amet enim. Suspendisse id velit vitae ligula volutpat condimentum. Aliquam erat volutpat. Sed quis velit. <<

[2] Nulla facilisi. Nulla libero. Vivamus pharetra posuere sapien. Nam consectetur. Sed aliquam, nunc eget euismod ullamcorper, lectus nunc ullamcorper orci, fermentum bibendum enim nibh eget ipsum. Donec porttitor ligula eu dolor. Maecenas vitae nulla consequat libero cursus venenatis. Nam magna enim, accumsan eu, blandit sed, blandit a, eros. <<